



Moruenaa
Estríngana
Huyendo.
de ti
Los Bianchi 2

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Click Ediciones](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

HUYENDO DE TI

Los Bianchi 2

Moruená Estríngana



Prólogo



—Tu hijo es mucho más importante que todo el dinero que esperas conseguir de su padre.

El pequeño Massimo había vuelto antes de la escuela y escuchó a su abuela hablar con su madre; una mujer egoísta y fría que solo vivía por y para ella. Era por eso por lo que la abuela del pequeño pasaba más tiempo tratando de encaminar a su hija que cuidando al hijo de esta.

Massimo había recibido muy poco amor desde que nació. Tristemente, su abuela solo le daba las migajas que le sobraban mientras intentaba que su hija no le acarreará más dolores de cabeza.

—¡No! ¡Ese niño me ha amargado la vida!

Massimo tiró las flores que había cogido para su madre de camino a casa. Tenía seis años, pero era edad suficiente para sentir como un pequeño corazón se rompía en cientos de pedazos.

—Ese niño es lo más bonito que te ha dado la vida y, cuando yo me vaya, te tocará cuidarlo —dijo su abuela.

Massimo miró la escena con los ojos llenos de lágrimas y juró no llorar más en toda su vida.

—No, solo lo tuve para tener a su padre y, como ves, eso no ha pasado. Ese niño no es más que una molestia que ojalá no hubiera tenido nunca.

—Qué tonta eres, hija.

—¡Déjame en paz! Os odio a todos.

Massimo echó a correr lejos de su casa. Se perdió entre las ruinas de su ciudad y lloró, jurando que nunca amaría a nadie. Solo de esa forma nadie más le destrozaría el corazón.

* * *

Massimo regresó del instituto y entró en la casa. Su madre estaba en su habitación, encerrada. Solo salía de allí para gastar un dinero que no tenían.

Su abuela había muerto hacía dos años. Había tenido tres hijos y su madre llegó cuando nadie

la esperaba, casi cerca de los cincuenta años. Fue la que más quebraderos de cabeza le dio. Sobre todo cuando nació Massimo.

El joven llevó la comida a su madre y esta le dijo que se fuera, que la dejara en paz.

Llamaron a la puerta y Massimo abrió.

Era un notario que le contó la triste noticia de su padre.

Su madre, al oírlo, estalló en cólera, porque en el fondo guardaba la esperanza de que aquel hombre regresara y le diera una vida de lujos y fiestas.

—Si es cierto lo de la casa y la paga, por todo lo que he hecho por ti, no puedes negarte — espetó a su hijo de malas formas.

Massimo aceptó, porque esperaba que eso le diera la oportunidad de vivir lejos de su madre, de todo lo que había tenido que hacer por ella y de como, por su culpa, se había perdido por el camino.

Tal vez, si hacía eso, su madre lo dejaría en paz y podría ser libre.

Solo tendría que soportar a un par de hermanos... ¿Qué podía salir mal?

* * *

Su madre era peor que cien hermanos juntos.

Cuando Massimo pensaba que podría ser libre para vivir su vida, llevando ya más de un año en la universidad, con una vida casi idílica, una llamada de su madre y un regreso a Roma le recordaron que, aunque quisiera, aunque lo deseara, no podría huir de ella.

Por un momento había creído que al fin podría ser feliz, pero ahora sabía que no y, por culpa de eso, había olvidado cómo sonreír, cómo disfrutar de la vida, porque nada de lo que hiciera cambiaría su destino.

Algo se había roto en él y tal vez ya no habría arreglo para su destrozado corazón.

Capítulo 1



Candy

—Te lo he dado todo. ¿Por qué eso no fue suficiente para ti?

—Solo tengo diecisiete años. ¿De verdad esperabas que esto durara para siempre? Eres más tonta que tu prima.

Me despierto sobresaltada por ese recuerdo. Joder..., han pasado dos meses y sigue doliendo. No sé cómo olvidarme de todo eso. De lo tonta que me sentí cuando me enteré de que tenía una infección sexual, transmitida por mi pareja, y que en el barrio no era la única.

No me hizo falta ser muy lista para saber que mi novio me era infiel.

Le di todo de mí a alguien que no merecía ni un segundo de mi tiempo.

No sé cómo perdonarme por ser tan tonta y cómo seguir adelante creyendo que el mundo es un lugar maravilloso, lleno de color.

No sé respirar sin que duela el pecho.

—Buenos días —me dice Lead, tirándose encima de mí en la cama.

—Pesas.

Se ríe y me abraza.

—Hoy es tu primer día de universidad. Tenemos que prepararlo todo. Va a ser superemocionante, ya lo verás.

—Te recuerdo que en tu primer día te quedaste congelada en la puerta.

—Eso es porque no te tenía a mi lado, pero tú me tienes a mí... y a Giò.

Mi prima pone esa cara de tonta que le sale cada vez que piensa en su novio. Claro que su novio la adora y no es como mi ex, que me hacía sentir siempre fatal por todo. Mendigué como una idiota su amor. ¿Por qué no me di cuenta?

Cuando me enteré de lo ocurrido, fue como si todo lo que estaba ahí siempre lo viera por primera vez. Todos los recuerdos ya no eran rosas, con purpurina y superfelices. Había palabras y actos que me pregunté cómo los pude soportar. Me denigró de mil formas diferentes y siempre

me decía que aguantara, porque al final se daría cuenta de que lo quería y de ese modo cambiaría.

¿Por qué me quería tan poco para darme ese consejo de mierda?

Desde entonces me siento ridícula, tonta y una persona frágil que, cuando se enamora, se vuelve estúpida.

No me gusta la imagen que he visto de mí.

No me gusta nada y me hace preguntarme quién narices soy ahora, quién quiero ser y si merece la pena todo.

Mi prima tira de mí y salgo de la cama.

Tras darme una ducha rápida, me pongo un pantalón corto, un top y un chaleco.

Lead me tiende mis pinturas. Siempre me gustó maquillarme, porque mi cara era un lienzo en blanco para mí.

Me pongo lo justo de maquillaje y me miro al espejo.

Hemos decorado la habitación con algunas cosas del rastrillo de segunda mano.

Es mucho más bonita que la de mi prima del año pasado. Claro que ella tenía que soportar a Dacia, que, por lo que sé, ha dejado la universidad por no aprobar nada.

Cosa que no me extraña.

Tomo aire y trato de que las palabras de mi exnovio no me sigan doliendo. Odiaba que se me viera la piel, que fuera con la ropa que tanto me gusta.

La dejé en un cajón para que viera que, si me lo pedía, podía ser una novia modelo.

Subo las manos hasta mis pequeños senos. Tengo poco pecho y él me sugirió varias veces ahorrar para pagarme una operación de aumento.

Hasta ese momento no fui consciente de que mis pechos eran tan pequeños, porque siempre me habían encantado, ya que así pocas veces iba con sujetador.

Ahora no sé si me gusta quién soy. Lo que veo.

Llevaba muchos meses mirándome solo con sus ojos.

—¡Qué guapa es mi prima! —exclama Lead, abrazándome por detrás.

No le digo nada. Se está esforzando mucho para que sea feliz y no me gusta verla mal por mi culpa. Por eso, finjo una sonrisa.

Cojo mis gafas de sol estilo aviador y me las pongo.

No tengo ganas de fingir más sonrisas por hoy.

Al salir, Dante nos espera apoyado en la pared.

Ayer vino para ver cómo estaba Lead y le pedí perdón por lo que pasó.

Me respondió que no tenía que pedir perdón por nada, que odiaba que la gente se pusiera moñas y eso.

Lead ya me había contado lo que pasó cuando le confesó que le quería.

—Vais a llegar tarde —nos informa.

—Buenas días, Dante. —Lead le pasa el brazo y él pone cara de asco, pero la deja ahí.

Salimos de la residencia y Dante mira a Lead como si quisiera decirle algo.

—¿Vas a volver a la cafetería a trabajar?

—Sí, iré esta tarde para hablar con el encargado, y mi prima va a pedir trabajo allí.

Dante la mira.

—Yo también iré.

—Ya tienes el dinero —le recuerda Lead.

—Estoy ahorrando, porque dudo que durante estos tres años soporte todavía más a mis hermanos hasta el punto de recuperar mi herencia. Antes prefiero que me metan un palo por el culo que tener que rebajarme a jugar a las casitas juntos.

—Los acabas de ver...

—Y ya no los soporto —le dice a Lead—. Antes prefiero ahorrar —pone cara de asco— y hacer cafés. —Exagera la cara de asco—. ¡Vaya mierda de vida! ¡Me salto las clases! Nos vemos esta tarde.

Lo vemos subirse a su cochazo rojo y largarse de aquí.

—¿Sabes si le han hecho alguna putada nada más llegar? —indago, y mi prima alza los hombros.

Llamamos a Giò de camino a la universidad.

Cuelga y al poco aparece tras nosotras. Agarra a Lead en volandas y la besa.

Aparto la mirada, porque ahora mismo ver tanto amor me recuerda que estoy sanando un corazón roto.

—¿Qué le habéis hecho a Dante? —le pregunta Lead, y Giò se ríe.

—Solo le hemos dicho lo gran mariscal de campo que es. Que, sin él, no somos nadie en el equipo, y no sé qué más cosas le dijeron los del equipo...

—¡Sabes que Dante no sabe lidiar con los piropos! —le recrimina.

—Por eso —dice alegre Giò—. Es para que no se aburra.

—Sois lo peor.

Giò se ríe y besa a su novia.

—¿Ha vuelto Massimo?

—No, llegará el viernes.

No puedo evitar estar más atenta a este tramo de la conversación. Desde que vi a Massimo en redes, llamó mi atención. Sus ojos dorados hablaban de dolor y de miles de cosas en las que me quise perder mientras lo dibujaba. Para mí, es el más sexi de los tres, con esa medio sonrisa y esos tatuajes que cuentan una historia.

No sé qué pasará cuando lo vea. Si la artista que hay en mí recordará al muso que inspiró varios de mis dibujos.

Dibujos que nunca enseñé a mi exnovio, como si no pudiera pintar lo que deseara.

Claro que mi expareja odiaba mis dibujos. Decía que eran patéticos e infantiles.

Me gusta dibujar mundos fantásticos. Perderme en ellos y vivir otra realidad que solo veo yo.

Ahora ya no sé dibujar nada, y eso que voy a estudiar Bellas Artes.

No sé cómo lo haré.

Claro que me he centrado en la restauración. Me gusta mucho eso de coger un cuadro viejo, desgastado, sucio, y darle vida de nuevo. Comprender, mientras lo estudias y lo limpias, las trazas del autor.

Siempre me ha fascinado todo lo relacionado con eso.

Cada vez que voy a un museo me pierdo en los trazos del artista.

Me despido de mi prima y su novio y voy a mi clase. No quiero que nadie note que no soy feliz, pero aquí la gente va a lo suyo la mayor parte del tiempo.

Entro en mi primera aula y no me va tan mal, porque todo de lo que hablan me fascina.

Es como estar en casa.

Este sitio habla de cómo soy y de lo que quiero. De lo que espero ser.

Por primera vez en muchas semanas, siento paz rodeada de personas que, como yo, entienden mi mundo.

Por un segundo me olvido de las tiritas de mi corazón hecho pedazos.

* * *

Al salir de la última clase, Lead me espera en la puerta y me abraza al verme.

—¿Todo bien? —me pregunta cariñosa.

—La verdad, mucho mejor de lo que esperaba. —Sonríe feliz y entrelaza su brazo con el mío para irnos juntas a comer a la cafetería—. No sé si estoy lista para pintar de nuevo, pero las clases han sido una pasada.

—Al menos tú has tenido un primer día mejor que el mío. Yo quería morirme con tanta información. Por suerte, ahora lo llevo mejor, y que Giò estudie lo mismo que yo viene bien, porque nos ayudamos mutuamente.

—Eso sí.

—Por cierto, me han llamado del equipo de animadoras para hablar de algo importante. Esta tarde no podré ir a la cafetería.

—No te preocupes. Puedo ir sola. —Sonríe.

Llegamos a la cafetería y pedimos algo para comer antes de sentarnos a la mesa con nuestras bandejas.

Como algo, pero no hay nada como la comida de mi madre.

—Creo que lo que peor voy a llevar será la comida.

Se ríe y asiente.

—Deja mucho que desear, cuando nuestras madres son tan buenas cocineras, pero al final te acostumbras y dejas de añorarla.

—Eso espero.

Comiendo, hablamos de las clases.

Tengo suerte de tenerla aquí en mi primer día, porque hace que me sienta menos sola en este sitio.

Al acabar, nos vamos a nuestro cuarto para prepararnos para la tarde.

No sé si estoy preparada para ir a buscar trabajo, cuando lo que más deseo ahora mismo es tirarme la tarde viendo series y desaparecer un rato del mundo.

Capítulo 2



Massimo

Llego a mi cuarto y, al poco, entra Lead y me abraza por detrás, feliz de verme.

La miro y parece de verdad contenta de tenerme aquí.

Ella ha sido la primera persona en toda mi vida que me dio cariño de forma desinteresada. Sin esperar nada a cambio.

Mi abuela estaba muy centrada en su hija en demasiadas ocasiones y me tocó madurar de golpe, por lo que tomé muy malas decisiones.

Cuando llegué a Los Ángeles, creí que podría ser la persona que siempre había soñado: despreocupado, alegre... Por eso dejé entrar a Lead en mi mundo, hasta que me tocó regresar a Roma y ahora no sé cómo sacar la oscuridad de mi pecho. Cómo ser esa persona feliz que se cree con derecho a poder serlo.

A veces me pregunto si todo eso fue real o un sueño de lo que nunca podré tener en mi vida.

He llegado más tarde porque tenía que resolver unas cosas en mi casa, como siempre por culpa de mi madre.

Ahora, aquí, quiero centrarme en la carrera y en el deporte. No quiero pensar en nada más. Es lo mejor, porque un día me tocará volver y de nada servirá todo lo que deseé de verdad.

—Ya temí que no volvieras —me dice Lead, como si supiera que me costó hacerlo.

Me costó porque mi madre no se merece todo esto, pero yo sí me merezco vivir lejos de ella.

Por eso regresé, porque no estoy listo para aceptar mi destino.

Por cómo me mira Lead, sé que no entiende mi cambio tan radical.

Yo no sé cómo expresar lo que siento, porque nunca he hablado de mis emociones con nadie. De lo que me atormenta. Me cuesta abrirme al mundo porque, tristemente, desde muy pequeño aprendí que todo debía hacerlo solo. Por eso, seguro que la gente no entenderá mi cambio de forma de ser en tan poco tiempo. Cuesta explicar que aquello solo fue un espejismo de la vida que desearía tener.

—¿Y dejarte sin el mejor de los tres Bianchi? Ni de coña, *mia piccola*. —Le revuelvo el pelo. Se tira en mi cama mientras coloco mis cosas. Al poco, entra Giò.

—No eres capaz de vivir sin mí —me dice chulo.

—Alguien tiene que cuidar de tu culo en el campo.

Miro hacia la puerta y veo a Dante, que me observa con frialdad.

Lo saludo, solo por joder, y gruñe.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunto, sabiendo que algo habrán tramado para él.

—Le han dicho lo bueno que es como capitán —me responde Lead, mientras Giò se ríe al recordarlo.

—¿Y yo me perdí su cara de horror?!

—Está grabado —informa Lead.

—Lo veré.

Los miro justo cuando Giò besa a Lead, y les tiro un cojín a la cara.

—¡Largo de aquí! ¡Tenéis un cuarto para hacer guarradas!

Giò coge en brazos a su novia con facilidad y salen de aquí.

Miro mis cosas y sigo ordenándolas sin querer pensar en nada más.

Estamos de vuelta. A ver cómo se da este año. Ya solo quedan tres y luego cada uno seguirá con su vida. Es mejor no olvidar que esta gente solo está de paso en mi vida, por mucho que sean mis hermanos.

* * *

Nada más entrar en la universidad, la gente me saluda como si fuera un dios, y todo porque se me da muy bien jugar al fútbol.

El año pasado ganamos y esta temporada no esperan menos.

Soy muy rápido, por eso soy corredor.

Varias mujeres se me acercan y les sonrío a todas.

Aunque ninguna llama mi atención de forma especial.

Me gusta el sexo. Joder..., me encanta follar, pero hace tiempo que a mis encuentros sexuales les falta algo, pero eso no quiere decir que busque el amor. No. Es solo que tengo que esperar que se me pase esta pájara mental para volver a ser el de siempre en la cama. El que solo espera pasar un buen rato y nada más. Solo es una etapa. Tal vez por eso cojo todos los números que me dan o las direcciones de Instagram que me anotan.

A media mañana, he perdido la cuenta de la gente que ha dicho mi nombre.

—Massimo... —Y aquí va una más—. Sí... Eres tú...

Noto nerviosismo en su voz y eso hace que me gire curioso.

Impongo. Mido casi un metro noventa, pero las mujeres nunca se han sentido tímidas a mi lado. Al menos, las que se me acercan.

Nunca he ido a por nadie. No me ha hecho falta, la verdad. Desde pequeño mi cara me ha abierto muchas puertas.

Al volverme, veo a una joven muy bonita a unos metros de mí. Sus ojos verdes me miran mientras se muerde nerviosa el labio. Noto un leve sonrojo en sus mejillas que acentúa sus pecas y que me pilló por sorpresa. No es muy alta, pero tiene unas curvas de escándalo.

Sus ojos están fijos en los tatuajes de mis brazos.

Su mirada cambia y parece como si estuviera ante un cuadro.

Observo como se carga de emoción mientras analiza los trazos de mis tatuajes. Algo brilla en su mirada.

Pero... ¡qué coño! Nunca nadie ha admirado más mis pinturas que a mí.

Se acerca y, curioso, me quedo quieto.

Es lo más raro que me ha pasado en la vida.

Sonríe y se muerde esa boca jugosa y roja que debe de ser increíble besar. Entonces, se da cuenta de cómo mira mi brazo y se sonroja.

—Te debo de parecer idiota ahora mismo. —Sonríe con timidez y esa sonrisa no llega a sus bonitos ojos.

Tiene matices dorados, verdes y marrones en ellos. Son fascinantes.

—Soy Candy Wilson, prima de Lead, y, bueno, te conozco por ella... Lo siento. No debí mirarte así, pero los trazos de tus tatuajes son maravillosos. Ya me fascinaron en redes, pero en persona me gustan más.

La miro, primero asimilando que esta joven es la prima de Lead; segundo, asimilando que no quiere ligar conmigo, y tercero, que me está mirando como si fuera un puto cuadro con patas.

Ahora recuerdo que Lead me dijo que su prima iba a estudiar Bellas Artes y que pintaba a todas horas, salvo ahora, tras lo que le pasó con su novio. El capullo que me encantaría hacer pedacitos.

Esta es la chica de los unicornios dorados, me recuerdo, aunque ahora su mundo está en tonos grises. Es mejor no olvidar que dentro de toda esa tristeza se esconde confeti y purpurina a raudales.

Aun así, no voy a ser un capullo con ella, porque me den urticaria los unicornios.

—En ese caso, encantado de conocerte al fin, Candy. —Sonríe y mira mi brazo izquierdo de reojo.

Se lo tiendo y la artista que hay en ella casi hace una fiesta.

Se acerca y pone sus manos sobre él, estudiando mis tatuajes.

Esto es muy *heavy*. Nunca imaginé algo así. Ni que una caricia tan inocente me hiciera latir.

La miro mover los dedos maravillada por mis dibujos. Sus ojos relucen de emoción mientras trata de desentrañar qué esconden mis tatuajes.

Al mirarme, veo que sonríe tímida, pero con algo más que parece admiración por mi obra de arte.

—¿Conoces a la artista? Bueno, sí, supongo que sí. —Se ríe y luego se muerde el labio.

—No temas decir lo que se te pase por la cabeza conmigo, Candy. Soy amigo de tu prima. Me ha contado todo de ti.

—No sé si eso es bueno, pero yo de ti también sé mucho, aunque soy consciente de que hay partes de uno mismo que nunca contamos a nadie por miedo. —Asiento, perdido en sus palabras. En que haya descrito tan bien lo que pienso—. Son muy buenos.

—Gracias —digo, sin saber cómo tomarme su cumplido—. Son casi todos míos.

Agranda los ojos impresionada.

Nadie sabe que me gusta pintar o dibujar tatuajes. No entiendo por qué a ella le he confesado esto. Tal vez porque he sentido que no se reiría de mi afición, como tantas veces hizo mi madre, o que no le importaría que hablen de cosas tristes. Candy entiende que el arte habla de la pasión, en todas y cada una de sus emociones.

—¿Te tatúas a ti mismo? —Asiento—. Joder..., eres increíble, y no solo por estar más bueno en persona... ¿Acabo de decir eso? —Me río y suena raro en mí, cuando hace tanto tiempo que no lo hago. Ella me hace olvidar por un segundo que no quiero ser feliz—. En verdad, está hablando la artista. La mujer lleva muerta unos meses y supongo que sabes por qué. —Se mete un mechón de pelo tras la oreja.

Joder, es preciosa. Mucho más de lo que imaginé cuando Lead la describía. Hay algo en ella que te hace querer protegerla contra todos, y saber lo que le hizo ese desgraciado me da ganas de ir hasta donde esté y partirle la cara sin tregua.

—Me di cuenta por la forma de mirarme. Parecía el *David* de Miguel Ángel ante tus ojos.

Se ríe y me pregunto cuántas veces se ha reído así durante los últimos tiempos.

Luego, la tristeza vuelve a sus ojos

—Mejor me marchó. Me ha encantado conocerte en persona. Nos vemos, Massimo. Espero que esta loca no te haya espantado. —Noto timidez en su voz al pensar en nuestro atípico encuentro.

No digo nada porque no sé cómo explicarle que este momento, que ha salido de lo normal, me ha hecho sentir algo desde que regresé de Roma.

La veo alejarse.

Lleva unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta. Su pelo castaño no llega más allá del hombro.

Nadie la mira. Nadie se percata de ella, mientras que yo siento que no puedo apartar los ojos hasta que la pierdo de vista.

No esperaba que Candy fuera así. La imagen que tenía de ella era otra.

No sé si alegrarme o no.

Lead ya trastocó mi vida el año pasado y no sé si estoy preparado para dos Wilson. Esto puede ser una puta locura, y más teniendo en cuenta cómo nos hemos conocido.

Si se lo cuento a alguien, no me creería.

Ha sido la presentación más loca de toda mi vida, pero tal vez eso la haga ser especial.

Soy de esas personas que siempre han apreciado lo atípico en un mundo de gente que se empeña en ser como el resto.

Capítulo 3



Candy

Entro en mi habitación tras comer algo de una máquina en el campus, después de un día intenso.

Lead se iba con Giò a su cuarto en la fraternidad. Ayer pasamos el día juntas viendo películas y comiendo palomitas.

Dejo mis cosas y pienso en mi encuentro con Massimo. Sabía que era sexi, pero, cuando lo tuve delante, esos andares de chulo, de alguien que camina con seguridad, me hicieron mirarlo embelesada, atraída por su magnetismo.

Cuando se giró, me impresionaron sus ojos dorados. Son de un color intenso que no he visto en mucha gente.

Su atractivo no le hace justicia en las fotos. En persona es mucho más de todo. Por eso me centré en la parte de él que controlo y que no me hace desear plasmar su belleza en el papel: sus tatuajes.

Eran increíbles y cuentan una historia que no sé leer. Es como un cuadro antiguo en el que, conforme lo restauras, vas descubriendo cientos de secretos.

Me fascinaron.

Massimo es mucho más de lo que creía, pero no me atrae sexualmente. Es algo más artístico. Algo más allá de placer o sexualidad.

Es con lo único que puedo lidiar ahora.

Busco mis cuadernos de notas y trato de dibujar algo. Lo que sea.

No lo consigo.

Al final, me pongo a leer sobre temas de restauración hasta la hora de ir a trabajar.

Hoy es mi primer día de trabajo. ¿Qué puede salir mal?

* * *

Que no esté centrada. Eso puede salir mal.

Dante me cubre varias veces, eso sí, mientras deja claro que no lo hace para que se lo agradezca.

Mi prima ha aceptado ser la entrenadora de las animadoras y ayudarlas con sus ideas. Eso era lo que querían hablar con ella el otro día.

Ha dudado, pero al final ha aceptado y sé que lo hará genial.

Yo me presentaré para ver si paso las pruebas. Espero que mi forma de bailar esté a la altura.

—Te vas a quemar. —Dante me quita de la mano un café y no le doy las gracias—. ¿Y si te largas a llorar y así evito estar pendiente de ti?

—No voy a llorar.

—Mejor, porque llorar es una mierda.

Se marcha e intento hacerlo mejor.

El encargado me sonrío y me dice que no me agobie.

Dante lo imita por detrás poniendo caritas. ¿Y este de qué va ahora?

—Gracias, Matías —le digo al encargado y me toca el brazo más de lo estrictamente necesario. Es un poco mano larga.

Intenta acercarse más, pero mi idea es poner mucha distancia entre los dos, cuando da un salto y veo a Dante con un paño en la mano.

«¿No habrá sido capaz de darle con él?».

—Lo siento. Se me ha escapado —le dice sin molestarse en querer parecer inocente.

«Sí ha sido capaz».

El encargado le dice que no pasa nada y se marcha.

Por lo que me ha dicho mi prima, este es otro encargado. El del año pasado terminó la carrera y se ha ido. Este, Matías, es un poco mano larga.

Dante no para de vigilar que no me queme ni me corte, mientras controla que Matías no me meta mano.

Se acaba el turno y entro para cambiarme.

Cuando salgo, Dante está en la puerta en plan matón.

—¿Qué haces?

—No me gusta ese capullo. —Mira hacia la barra—. Y eso que yo soy lo puto peor, pero ese cerdo no me gusta.

Dante parece tenso.

—¿Me acompañas a mi habitación? No quiero ir sola.

Me mira, clavando sus fascinantes ojos violetas en mí.

—¿Temes que me lo cargue si me dejas sola con él?

—Un poco, sí, la verdad.

Me parece que sonrío y entra al cuarto de empleados.

Al poco, sale y nos marchamos juntos.

—Sé que has dicho que está todo bien...

—Si me vas a volver a pedir perdón, me marchó, y así me libras de tu presencia.

En cuanto lo vi, le pedí perdón por lo que pasó en mi casa. Él me respondió que estaba todo olvidado y que estaba ciega por un amor de mierda.

—Es que no sé cómo pude ser así... No sé cómo alguien te puede cambiar tanto.

—Bueno, hay gente que saca de ti lo mejor, y otros tu peor versión.

—¿Te ha pasado?

—No, ser capullo me viene de serie. —Siento que bromea—. Dejará de doler —dice cuando llegamos a la puerta de mi residencia—. Y, por favor, deja de culparte por todo. Yo soy un gilipollas y soy feliz.

Me río sin poder evitarlo.

—Ya, pero yo no era así.

—Pues sé como quieras ser y no le des tanta importancia a alguien que se burló de ti y de tu amor. Esa gente solo merece lo peor.

—Ya, es una mierda sentirme así por alguien que solo merece mi desprecio, lo sé. Soy idiota.

—Bastante —sonríó—, y ahora, por favor, dame permiso para irme y así librarme de esta conversación que me pone los pelos de punta.

—Tonto —bromeo—. Nos vemos mañana en el trabajo.

—¡Qué remedio!

Se marcha y varias mujeres le salen al paso, pero las ignora a todas. Se pone los cascos y se mete en su mundo.

Subo a mi habitación.

Lead me ha dicho que dormirá con Giò. Aun así, la llamo mientras me cambio.

—He conocido a Massimo y creo que he hecho el mayor de los ridículos con él.

—¿Y cómo ha sido eso posible? —Se lo cuento y la jodida se ríe.

—Lo siento, pero me imagino a Massimo ahí quieto, mientras tú lo diseccionabas mentalmente.

—No me lo recuerdes. No sé cómo me he olvidado de ser normal...

—Bueno, eso no es malo. Así ha sabido cómo eres desde el principio.

—Debe de pensar que tu prima está loca.

—Bueno, los hermanos Bianchi no es que sean un ejemplo de cordura. —Asiento, porque eso es cierto—. ¿Y te ha parecido guapo?

—La palabra guapo se queda corta para describirlo. Es impresionante. Increíble.

—Lo es, sí. —escucho que dice Giò con voz cansada.

—Te dejo. Llámame si necesitas contarme más cagadas.

—¡Qué graciosa! —Se ríe y cuelgo con una sonrisa.

Tras cambiarme, ceno algo que tengo por el cuarto y miro el móvil.

Reviso las historias de Massimo y le doy a seguir. Siempre lo miraba sin darle a seguir, por mi exnovio, que me controlaba todo lo que hacía en redes.

Al poco, Massimo me devuelve el seguimiento.

Miro sus historias y en una de ellas hay una canción en italiano: *Caramello*.

La busco. Es muy animada. Es de esas que te dan ganas de comerte el mundo.

Me la pongo en los cascos y me saltan varias en italiano tras ella.

Las escucho mientras leo.

El italiano es un idioma que siempre me ha gustado mucho. Quiero viajar a Italia y pasearme por todo el arte que hay entre sus calles.

Mi prima estudió italiano y yo con ella, para que poder ayudarla con las lecciones.

Ahora pienso que, si un día viajo a Italia, me servirá.

Estoy a punto de acostarme cuando me llega un mensaje de Massimo por Instagram.

Lo abro y veo que es un dibujo. Son solo trazos, pero sé que son para un nuevo tatuaje.

Massimo:

Por si la entendida en arte tiene alguna sugerencia.

Lo miro y es muy bonito, pero, aun así, siento que le falta algo.

Lo dibujo en mi libreta y le hago algunos trazos nuevos.

Cuando lo acabo, me gusta mucho y siento que habla mejor de lo que quería transmitir Massimo.

Hago una foto y se lo mando.

Massimo:

Joder, qué pasada, Candy.

Gracias, ahora solo necesito que alguien me ayude a hacerlo.

¿Te apetece hacerme sangrar?

Me manda una foto de su equipo de tatuaje.

Candy:

Nunca he tatuado a nadie.

Massimo:

Yo te enseño.

Dime que lo intentarás.

Candy:

Tienes dinero.

Puedes pedir que te lo hagan.

Massimo:

Hace tiempo que no me gusta que me tatúe nadie que no sea de confianza.

Vamos, hazlo.
Eres increíble.

Miro el dibujo y entonces reparo en algo...

¡He dibujado!

No he pensado. Solo ha pasado, porque no pensaba en que tenía que dibujar.

Lo hice y me salió solo. Me dejé llevar sin pensar en todas las razones por las que no quería volver a pintar.

Candy:

Lo pensaré.

Lo de provocar dolor a alguien me tienta mucho.

Me manda un gif de una risa diabólica.

Dejo el móvil y miro lo que hice, y pruebo a hacer más dibujos de ese estilo. No es lo que antes dibujaba, pero me siento cómoda dando vida a cosas abstractas, hasta que, cerca del amanecer, creo un unicornio. Es elegante, fiero e imbatible, y lo he hecho en la pared.

Esto no le gustará a la dueña del cuarto, pero ya lo pintaremos.

Pongo el resto de los dibujos a su alrededor.

Siempre me han gustado los unicornios, porque son perseguidos por su rareza y admirados precisamente por eso mismo.

Me gustaba mirarlos, recordando que lo que nos hace ser especiales es aquello que nos convierte en únicos.

Paso los dedos por él y me hago una foto con él de fondo, la camiseta de tirantes, y cara y pelos de no haber dormido.

Tras editarla un poco con los tonos de luz, pongo bajo la foto:

Un día dejé que me jodieran. Hoy soy yo la que elige con quién quiero joder.

* * *

Tras darme una ducha, me marcho a las clases.

De camino, mi prima me llama.

—¡Has vuelto a pintar!

—Sí, y sin darme cuenta. Creo que me costaba dejar salir todo lo que llevaba dentro, porque temía romperme. Pero lo hice sin más... y, bueno, creo que luego nos tocará pintar la pared.

—Sí, pero yo creo que falta dorado.

—Sí... La verdad es que sí.

—Yo sé dónde venden. Luego te lo llevo en el intermedio de clase. Estoy muy orgullosa de ti. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Cuelgo y entro en clase sintiéndome diferente. He dejado salir el dolor y ahí seguía mi unicornio. Esa parte que me hace única.

No ha conseguido destruirme.

Es tiempo de secarse las lágrimas y vivir. Dejar de estar anclada en el punto donde vi lo tonta que había sido.

Toca sanar heridas, y esta vez de verdad.

Capítulo 4



Massimo

Entro en clase y tomo apuntes de varias cosas, hasta que una rubia se sienta cerca y trata de distraerme.

Intenta tocarme la pierna y quiero dejarme llevar. Joder..., deseo follar con algo más que mi puta mano, pero no me atrae. No me excita. No me apetece besarla o quitarle la ropa como si fuera un regalo.

Hace unos meses esto no era así.

Me sentía en la ola de mi vida. Tenía sexo libre con unas y con otras, y no pensaba en nada.

Vale que el sexo no siempre fuera increíble y que tras el calentón solo quedara la nada, pero, al menos, mi vida me parecía por primera vez perfecta.

Entonces, me fui a Roma, regresé... y soy incapaz de sentir nada por nadie. Es como si recordar a qué estoy atado allí me hiciera perder toda esa magia.

—Nos vemos —le digo, y me marcho a la siguiente clase.

A la hora del almuerzo voy a la cafetería.

En cuanto entro, varias personas me saludan y tratan de llamar mi atención, pero voy al fondo, donde están Giò y Lead. Aunque no lo reconozco, no solo lo hago por Lead, quien, al verme, sonríe dejando claro lo mucho que le gusta tenerme aquí.

—Estamos esperando a mi prima —dice cuando me siento.

Parece más emocionada de lo normal.

—¿Ha pasado algo? —pregunto a Giò.

—¡Ha vuelto a pintar! —Me mira como si lo supiera—. Mi prima.

—Ah, sí, me hizo un diseño de tatuaje —le indico y le robo el café sin que se dé cuenta.

—Ahh..., ¿sí? Eso no lo sabía. —Saca su móvil y muestra una foto de su prima en las redes sociales.

No las miro desde ayer y por eso no la había visto.

Me fijo bien y escupo el café al ver el pedazo unicornio que hay tras ella.

—¡No me jodas! ¿Ha vuelto con los putos unicornios?

—Pues sí —me dice y me enseña pintura dorada con brillo y purpurina—. ¡Y esto es para su cuerno!

—Aleja eso de mí. ¡Joder, qué urticaria tanto brillo! —Giò se ríe y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunta Candy, que se acerca por mi lado.

La miro y está preciosa. O más, porque, cuando ve la purpurina dorada, sus ojos relucen de una forma que juro parecen mágicos.

—¡Es la mía! ¡La de casa! —Agarra el bote.

—Tu madre me dijo que sabía que estabas a punto de volver y me la dio para cuando llegara ese momento.

Candy abraza el bote feliz.

Está tan feliz que me olvido de lo mucho que odio los mundos de fantasía y todas esas cosas.

Luego se muerde el labio y nos mira.

—Voy a hacer pellas. Tengo que pintar. —Se marcha corriendo con su bote de pintura y Lead la sigue. Se van juntas del brazo.

—Ya sé tu punto débil —me dice mi hermano, divertido.

—Ni se te ocurra decírselo a nadie.

—No lo haré, pero Dante está cerca. Seguro que lo ha escuchado. —Mira a la izquierda y veo a nuestro hermano observarme de una forma que deja claro que me piensa putear.

Dante se aleja y Giò me sigue, mirando de esa forma que me da escalofríos. El muy cabrón es tan feliz que todo se la suda.

Decido que he tenido suficiente por hoy de mis hermanos y me marchó a la siguiente clase, donde, por suerte, nadie hablará de mundos mágicos.

Al salir de la universidad me llega un aviso de que uno de mis amigos ha subido algo.

Tengo pocos amigos a los que sigo, la verdad.

Saco el móvil y es Candy. Ha subido una foto con el unicornio acabado. El cuerno dorado brilla con intensidad.

Las manos de Candy están doradas y brillan mientras toca la punta.

El unicornio es precioso, irreal y brilla... mucho.

Mi mente me trae amargos recuerdos de mi infancia y, mientras me recuerdo de niño, se cuelan amargas palabras de mi madre que me asfixian.

Alejo la vista del unicornio y endurezco mi corazón, como llevo haciendo toda la vida.

Hacía tiempo que tenía mis recuerdos a raya.

Es una puta señal de que debo correr lo más lejos posible de Candy.

Candy

Miro la foto en redes.

No he puesto nada. No hacía falta.

A veces, una imagen vale más que mil palabras.

Termino de limpiarme y me tiro sobre la cama para mirar el unicornio, como tantas veces hice de niña en mi casa.

El móvil me vibra.

Lo cojo y veo que es mi madre.

—Hola, pequeña —me saluda con cariño—. Estoy orgullosa de ti.

—Sigue doliendo.

—Lo sé, hija. Me han roto el corazón muchas veces. —Noto dolor en su voz.

—¿Todo bien, mamá?

—Las cosas no han salido bien con Pol...

—Oh, vaya. Lo siento.

—No te preocupes. Estoy bien.

—No lo estás, y no me importa, mamá. Tú me enseñaste desde niña que llorar era de valientes y yo nunca te vi como alguien débil por tener narices por mostrar tu dolor al mundo.

—Lo sé. Es solo que esperaba que todo fuera diferente.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha buscado otra más joven.

—Él se lo pierde, porque eres increíble. Tengas la edad que tengas. Ya se dará cuenta y entonces verá que se perdió a una gran mujer.

—Lo mismo digo. Somos las dos increíbles, ¿verdad?

—Lo somos. —Nos quedamos en silencio—. ¿Sigue doliendo cuando quien te rompe el corazón no es tu primer amor?

—Siempre duele, pero, si tuviera la oportunidad de amar de nuevo, lo haría. A pesar de todo.

Sonrío, porque mi madre es una enamorada del amor. Lo que ella llevó mal de mi historia fue que mi exnovio le pareció un capullo integral desde siempre. No le gustaba cómo era yo a su lado.

Discutí muchas veces con ella sin motivo, y actualmente me pregunto por qué le rebatía tantas cosas en las que ahora sé que tenía razón.

Tenía tanto miedo de perder a mi exnovio que me enfrenté a quien más quería por alguien que nunca lo mereció.

—¿Vemos una serie juntas?

—¿Has comido?

—No, ahora cojo algo de la máquina.

—No me digas el qué, que seguro es horrible. Intenta comer en la cafetería más a menudo.

—Vale, tranquila. ¿Comida y serie juntas en videollamada?

—Vale. Me apunto.

Cuelgo y la llamo cuando he comido y estoy en la cama, lista para la serie.

Mi prima Lead no tarda en venir y, al ver el plan, se cambia y se apunta con nosotras.

Vemos la serie y, cuando mi madre llora en silencio, lloro por ella, porque es la mujer más maravillosa que conozco y ha sufrido mucho por amor.

Aunque ella siempre me dice que yo soy el amor de su vida.

Mi tía se apunta más tarde y acabamos las cuatro comentando la serie.

Esto anima a mi madre y, a pesar de la distancia, estamos unidas, porque el amor de verdad solo se estira, pero nunca se rompe.

Capítulo 5



Candy

Pinto el atardecer en la playa de Santa Mónica.

Me encanta jugar con los colores del atardecer. Llevo tres semanas en la universidad y poco a poco me estoy haciendo a ella.

Aunque aún no me he permitido una fiesta.

Algo que cambiará mañana tras el partido.

Hice una prueba de animadoras y estoy a la espera de que puedan necesitarme para el puesto. Hasta entonces, estoy recuperando mi vida.

Aunque no paro de pensar en todo lo que no le dije a mi exnovio. En todas las palabras que, por dolor, callé.

Me gustaría tenerlo delante y soltarle cuatro cosas. Al menos, quiero decirle que hay personas que ojalá nunca tuvieran la suerte de conocerlo.

Acabo el dibujo y lo dejo en la arena.

Luego le hago una foto para las redes.

La subo y la primera en comentar es mi madre. Me dice que es precioso.

Mi tía da «me gusta» y Lead, igual.

Voy a guardar el móvil cuando veo que Massimo le ha dado un «me gusta».

No he sabido nada de él desde que nos vimos en la cafetería, pero, cada vez que subo algo a mis redes, le da «me gusta» y yo hago lo mismo con él.

Aun así, sé de su vida no solo por Lead, sino también por las mujeres de mi clase.

Al parecer, este año Massimo no se deja seducir, como ha ocurrido en el pasado, y eso está haciendo que aumenten las ganas de conseguir una de sus miradas o algo más.

Como siempre, lo difícil parece más tentador.

Me llega un mensaje privado de Massimo.

Lo abro y es una foto.

Pulso y soy yo de espaldas, sentada en la arena.

Me giro y lo veo acercarse con ropa deportiva. Está tan impresionante como siempre.

Lo miro notando, a mi pesar, que su presencia me hace temblar.

Cuando centro la atención en sus ojos dorados, no parece feliz de estar aquí, pero se acerca y se sienta a mi lado.

—Hola —le digo.

—Hola.

Me mira de reojo y luego coge mi cuaderno de dibujo.

Noto, por su mirada, que le gusta mucho lo que ve, hasta que llega a un retrato suyo.

¡Mierda! Había olvidado que uno de los dibujos que le hice estaba ahí.

—Vaya, es increíble. Casi parece una foto —me dice, y pasa la página. Ahí hay uno de su brazo tatuado—. Soy un museo con patas para ti.

Me entra la risa por cómo lo dice.

—Me fascina tu obra de arte. —Sonríe y sigue pasando las páginas.

Hasta que llega a un unicornio y pone cara de horror.

Pasa la página, y hay otro y otro...

Me da el cuaderno, como si tuviera empacho de dulce.

—¿Algún problema con los unicornios?

—Los odio —me informa con simpleza.

—Pues yo los amo...

—Lo sé, *bambina unicornio*.¹

Sus palabras en italiano me encantan.

—No soy un bebé —me defiende.

—*Sei piccola*.²

—Tonto.

Se levanta viento y Massimo se sube la cremallera de la chaqueta.

Veó como asoman algunos tatuajes y me molesta la poca luz que hay.

Se da cuenta de qué es lo que miro, pero no dice nada. Deja que trate de entender su historia.

Cuando el viento se hace insoportable, recojo mis cosas y nos marchamos.

Al andar hasta donde está mi coche, Massimo pone mala cara al ver su color rosa.

—Dime que, además de ser un atentado para la vista, funciona bien.

Me río.

—Pues últimamente está dando problemas, pero nada grave... Espero.

—Eso es que se está quejando de tanta purpurina.

—Pues porque no has visto el techo interior del coche. —Abro y le hago señas para que entre y lo mire. Se está abombando y tal vez sea por la pintura. Un día me tocará cortar la tela que se ha despegado y llevarme el dibujo para que no se caiga.

Duda, pero al final entra y, al mirar el techo, pone cara de horror.

Cuando sale del coche está pálido. Parece haber visto un fantasma y no un mundo pintado de fantasía y color.

—¡Dios! Es horrible.

—Sabes que no.

—Voy a vomitar purpurina por estar a tu lado. —Me río por cómo lo dice—. No es gracioso.

—Tú eres gracioso. —Alza una ceja—. Me voy. Nos vemos.

—Tal vez, *bambina*.³ —Pongo los ojos en blanco y me guiña un ojo.

Lo veo alejarse, sabiendo que cada vez que lo tengo cerca me fascina más. No sé qué tiene y no sé por qué. Si es por cada dibujo que habla de él. De su dolor, de una historia contada entre el sufrimiento y la sangre.

No lo sé.

Solo sé que me atrae desde que lo vi la primera vez.

Massimo

Llego a casa y veo a Giò en la cocina. Es raro que no esté Lead cerca. No se separan ni con agua caliente.

Al verme, sonrío y, por su cara de tontito, sé que ella está en su cuarto.

No le pienso decir que me alegra lo feliz que es con ella y cómo le ha cambiado la vida por estar con la persona correcta. No se me da bien decir esas cosas.

Aunque la gente crea que de los tres hermanos soy el más amigable, siempre supe ver que Giò era el más sociable. Tal vez porque, en su vida, su madre ha sido todo luz para él, y no una desgraciada como la mía.

—¿Has visto el techo del coche de Candy? —le pregunto robándole parte de su cena.

—Es muy llamativo —sonríe—, pero su coche no me gusta. Hace un ruido raro. Candy dice que lo tiene controlado, pero no lo creo.

—Ese ruido es de protesta por ese dibujo que hace llorar a la vista. —Se ríe—. Nunca vi tanta purpurina y rosa en mi vida. De hecho, se está cayendo por el peso.

—Admito que es un poco recargado —sonríe—, pero al menos está volviendo y ese capullo no sigue teniendo efecto en ella.

—El amor es una mierda. —Alza una ceja—. Que tú estés feliz no hace que piense lo contrario.

—Y yo que creía que no estabas con nadie porque querías sentar la cabeza.

—En mis pesadillas siento yo la cabeza. —Se ríe—. Lo único que quiero para siempre son mis tatuajes.

—Hasta que el amor te atrape.

—Vas a conseguir que tus palabras me hagan vomitar. Demasiado azúcar por hoy —le indico y, tras cogerle uno de los sándwiches que ha preparado, subo a mi cuarto.

Me lo como de camino.

Entro y me cambio de ropa.

Me miro al espejo y veo varios tatuajes, entre ellos uno de un pequeño unicornio con el cuerno roto. Está triste. Fue mi primer tatuaje, para no olvidar nunca adónde te llevan los sueños.

Capítulo 6



Candy

Mi exnovio sigue con su vida, como si nunca hubiera destrozado la mía. Quiero no mirar sus historias o dejar de seguirlo, pero no lo hago.

Tal vez para ver que, como yo, necesitó tiempo para poder seguir adelante; que su vida no se detuvo en el instante en que até cabos y supe que, si tenía una enfermedad sexual, como medio barrio, era porque él me había engañado con otras.

Pero no.

Él sigue como si nada. Sin que sepa todo lo que me callé, porque estaba demasiado ahogada por mis propias lágrimas.

Tal vez por eso no pienso lo que hago antes de coger mis cosas e ir hacia mi coche.

Todo va bien.

Estoy nerviosa, pero decidida, hasta que mi dichoso coche, a una hora de viaje, empieza con su ruido raro y noto que pierde velocidad.

Me detengo en una zona de estacionamiento, tras varios kilómetros, y al bajar veo salir humo del capó.

Asustada, pido ayuda.

El de la gasolinera llega con un pequeño extintor, justo cuando las llamas hacen su aparición.

Horrorizada, veo como mi coche se llena de espuma.

—¿Está bien, señorita?

—Yo, sí, pero mi coche dudo que pueda seguir funcionando.

—Hay un taller ahí. —Lo señala—. Puede ir a hablar con los dueños.

Hablo con el mecánico y dice que mi automóvil tiene poco arreglo. El motor se ha quemado.

Me da presupuesto para venderlo como chatarra.

Le digo que lo pensaré, mientras le pido un cuchillo.

Entro en el coche y rajo el techo.

No sale como esperaba, pero el hombre me ayuda a desprender mi obra de arte y me proporciona una bolsa para guardarla.

Saco el móvil y llamo a mi prima, que no me lo coge.

Su novio tampoco.

Al final, escribo a Massimo por Instagram.

La otra opción es Dante y no sé si me ayudaría o no. La mayor parte del tiempo está gruñendo mientras la cago en el trabajo. Aunque cuida de que no me quemé y que el encargado no me meta mano.

Massimo:

¿Cómo es eso de que te ha dejado el coche en la estacada?

Le mando una foto de mi coche calcinado.

Massimo:

Dime dónde estás y te recojo.

Se lo digo, además de indicarle que avise cuando llegue, porque entraré en la cafetería para tomar algo mientras espero.

Me escribe su número móvil, para que lo pueda llamar si necesito algo.

Miro el coche destrozado y sé que debo venderlo como chatarra.

Relleno los papeles y me pagan por él una miseria.

Entro en la cafetería y me pido tortitas con chocolate. Necesito un buen aporte de azúcar ahora mismo para no deprimirme.

Sabía que no tardaría mucho en romperse, pero hizo el viaje desde casa bien y no esperaba que ahora me dejara tirada.

Disfruto de las tortitas y cuando escucho el ruido de la puerta, al cabo de una hora esperando, sé que es Massimo. Lo siento en cada poro de mi piel antes de girarme y confirmar mis sospechas.

Giro la cabeza justo cuando llega a mi mesa y se sienta frente a mí.

—Hola.

—Hola —respondo.

—¿Se pude saber adónde ibas con ese cacharro?

—No es... Bueno, ahora sí, pero antes no... Solo quería ir a ver a mi expareja y decirle todo lo que me callé por idiota. Hay tantas cosas que no le dije... y él sigue con su vida como si nada en la universidad. Es como si nunca me hubiera destrozado y paralizado mi mundo. Se merece al menos saber todo lo que me hizo.

—Se lo merece, sí. ¿Dónde está?

—¿Para qué?

—Para llevarte. No tengo nada mejor que hacer.

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí, mi *bambina*. —Pongo los ojos en blanco y se ríe. Le digo dónde está. Saca su móvil y lo programa en el GPS—. Vale, vamos.

Salimos de la cafetería y arrastro mi techo.

Massimo me lo quita y lo mete en el maletero de su cochazo. Es negro y de alta gama.

Entro y compruebo que el interior es de cuero negro.

—Este coche tiene pinta de ser muy rápido.

—Mucho. —Sonríe de medio lado.

—¿Me dejarás conducirlo?

—En tus sueños. Acabas de calcinar uno.

—¡No ha sido mi culpa!

—Ya, pregúntale a tu pobre coche.

—Tonto, no quiero hablar de él... Era mi coche. —Miro por la ventana—. A ver ahora dónde encuentro otro de segunda o tercera mano rosa.

—Sí, a ver dónde encuentras otra atrocidad igual.

Lo miro y parece divertido.

—Eres un capullo.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé, pero no me importa ser un capullo.

—No se nota. Lead dice que eres el simpático de los tres.

—Eso cree la gente. Es fácil fingir ante ellos, que nunca te ven de verdad, ¿no crees?

—¿Por qué lo dices como si yo ocultara algo?

—Bueno, siempre ocultamos quiénes somos en realidad. Por miedo, porque nos la suda el resto... Por lo que sea, una parte de nosotros es solo nuestra.

En verdad, tiene razón, porque yo también soy todas las palabras que callo por miedo.

El resto del viaje lo hacemos en silencio, escuchando canciones en italiano.

Algunas las busco con Shazam y las dejo ahí para escucharlas luego.

Cuando llegamos a la universidad de mi exnovio, vamos derechos a la fraternidad de los jugadores de fútbol.

Entramos y algunas reconocen a Massimo.

Lo veo sonreír a una pelirroja preciosa y lo dejo atrás. Seguro que hará algo con ella y saberlo no me gusta tanto como debería. No me es indiferente a quién regale sus besos, a pesar de que sé de sobra lo ligón que es.

Ando por el sitio buscando a Bruno.

Estoy nerviosa y temo que, cuando lo tenga delante, no sepa decirle todas las cosas que se merece por destrozarme así. No por no sentir nada por mí, sino por abusar de mi confianza mientras me era infiel.

Cuando lo veo, está riendo al mismo tiempo que juega al billar.

No voy hacia él enseguida. Lo observo primero, porque quiero comprobar cómo lo miro, ahora que sé quién es en realidad. Olvidar así el recuerdo que tengo de él en mi mente, cuando estaba enamorada de alguien que no existía; que yo idealicé, porque era bonito tener una historia de amor en el instituto.

Se ríe y hasta su forma de hacerlo me da asco. No sé dónde lo veía guapo. No me atrae.

Claro que, ahora, a todos los tíos los comparo con Massimo.

—¿Quién es? —me pregunta este al oído y noto que me recorre un escalofrío.

—El de la chaqueta roja con cara de cromañón. —Se ríe.

—Sí la tiene.

—Estaba ciega.

—Del todo. ¿No había otro peor? —Mi exnovio se ríe de forma ridícula y se choca con varios compañeros.

—No, se ve que no.

—Vamos, tú puedes. Échale en cara todo lo que no le dijiste en su momento. Que vea todo lo que se ha perdido.

Observo mi ropa sencilla. Llevo un pantalón corto y una camiseta.

Massimo me mira y ve las dudas en mi mirada.

Luego, tira de mí hacia una zona menos concurrida.

Lo primero que me quita es el chaleco, ante mi atenta mirada. Luego saca la camiseta blanca de mi pantalón y, sin tocarme, hace un nudo.

Su mirada dorada es intensa mientras transforma mi ropa.

Acaricia mi estómago desnudo y doy un respingo.

El jodido sonríe. Sabe lo que produce en mí y lo disfruta.

Suelta mi pelo y lo mueve con sus grandes manos.

—Falta algo. —Toca mis labios y noto como mi corazón se dispara—. Voy a hacer algo, pero solo para que sienta celos... No por nada.

—¿El qué?

—Besarte para enrojecer tus labios y que, cuando te mire, recuerde lo que era verte en su cama recién follada. Así se morirá de celos.

Puedo negarme, lo sé, pero la idea de besar a Massimo ahora mismo es demasiado atractiva para negarme. Quiero sentir su boca sobre la mía. Quiero morir de placer, porque sé que lo haré. Deseo a este hombre sin pretenderlo desde que lo vi la primera vez.

Trago con dificultad, sintiendo sus ojos dorados mirar mi boca.

—Vale. Un beso de amigos.

Asiente y se acerca a mí.

La música se cuela de fondo, pero me olvido de todo cuando su boca toca la mía. Solo soy capaz de escuchar los frenéticos latidos de mi corazón.

Lame mi labio antes de besarlo y chuparlo.

Joder..., acaba de empezar a besarme y ya estoy ardiendo.

Entreabro la boca y eso permite que meta su lengua dentro de ella.

El beso deja de ser inocente y siento como bebe de mí. Devora cada parte de mi boca mientras una de sus manos está en mi cintura para acercarme más a él. La otra está en mi pelo.

Lo beso demasiado perdida en cada una de las sensaciones que me provoca.

Tira de mis labios y los muerde.

Gimo en su boca. ¡Joder! Acabo de gemir solo por un beso. Nunca me ha pasado, aunque he leído mucho sobre ello. Sobre el placer desatado en un beso que te hace sentir que tu cuerpo muere y revive a cada instante.

Se separa y me mira jadeante.

—Preciosa. Ahora ve y dile cuatro cosas.

Sus palabras me recuerdan que todo esto no es más que un favor de un amigo. De alguien que no tiene reparos en besarse cada noche con cualquiera.

Para él solo ha sido un beso más, y para mí..., el BESO. Ese beso con el que sé que compararé todos a partir de ahora para sentir una mínima parte de este placer.

Le sonrío y ando hacia donde está mi expareja, decidida a decirle cuatro cosas. Más segura que nunca, porque ahora mismo mi cabeza está en Massimo y Bruno me importa bien poco.

Me pongo delante de él.

Me mira y su cara es un poema.

Recorre mi cuerpo y luego centra su atención en mi boca.

—¿Candy? —Me observa incrédulo—. ¿Qué haces aquí?

«Vamos, Candy, es tu momento», me digo tomando aire para decirle a este capullo todo lo que pienso.

Capítulo 7



Candy

—¿Candy? —Me observa incrédulo—. ¿Qué haces aquí?

—Se me olvidó decirte algo importante.

—¿Y no podías mandarme un mensaje?

—No, no podía, porque son todas las cosas que no te dije porque estaba demasiado herida recomponiendo mi corazón roto.

Se tensa y mira a su alrededor.

—Mejor vamos a un sitio calmado... —Trata de tocarme, pero me aparto.

—No, nuestra historia no fue solo nuestra por tu culpa. Es por ello por lo que no veo por qué ahora tengo que buscar intimidad cuando nunca la tuvimos. Cuando fuiste un cerdo que me engañaste con otras.

Bruno se pone tenso y viene enfadado hacia mí.

—Candy...

—Yo que tú la dejaba acabar —dice Massimo a mi lado, apoyado en la mesa de billar.

Su mirada es intimidatoria, como si no le importara liarse a palos con quien se ponga por delante.

Por la mirada de mi expareja sé que lo reconoce, y algunos del equipo también.

—Bueno, ahora que tengo toda tu atención, te diré que eres un cerdo, un capullo y un desgraciado que se aprovechó de mi amor para rebajarme dejando que buscara todas tus atenciones mientras me olvidaba de mí misma, y todo por unos besos de mierda y un sexo en el que nunca te tomaste la molestia de que yo tuviera un puto orgasmo. —Se pone rojo de ira—. Pero, eso sí, luego te quedaban fuerzas para acostarte con otras. Sí que dan de sí los tres minutos de rigor...

La gente se ríe y mi exnovio se enfada.

¡Que se joda! A mí me humilló en el barrio. Fui la tonta cornuda que no se daba cuenta de

nada, mientras todos lo sabían.

En el instituto me decían que cómo podía ser tan tonta de no ver la verdad.

Claro que, de todo eso, me enteré posteriormente, ya que nadie se me acercó a contarme nada, porque querían ver como Bruno me destrozaba. Se ve que para la gente es más emocionante observar tu historia que ser parte de ella y avisarte de los cambios de guion.

—Mejor detén esto...

—No, porque fui muy tonta. Me obligué a pensar que un capullo como tú podía cambiar cuando se diera cuenta de todo lo bueno que hacía por ti. Que un día serías consciente del pedazo de mujer que tenías al lado y cambiarías. ¡Y una mierda! La gente como tú no cambia y, por tu culpa, mujeres como yo, que está mal decirlo, pero valemos mucho, tenemos miedo al amor. ¡Por un mierda como tú! ¿Te das cuenta de cómo eres?

Me mira cada vez más rojo.

Una chica se acerca y escucha atenta todo lo que suelto.

—En verdad, estoy feliz de que lo nuestro acabara, porque nunca debí perder mi tiempo con alguien como tú, que se burló de todos y cada uno de mis te amos, porque le gustaba el morbo de tener una novia y engañarla con otras. Te hacía sentir más hombre, ¿no? Pues lo siento, porque eso te convierte, en realidad, en un capullo que un día se quedará solo. —Tomo aire y sé que me he quitado un peso de encima. Lo mejor es que, cuando lo miro, no siento nada—. Y ahora disfrutaremos de tu fiesta, porque tengo que celebrar que no estás en mi vida y eso es lo mejor que me ha podido pasar.

Giro sobre mis talones y voy a la mesa de bebidas.

Cuando me vuelvo para comprobar si me sigue Massimo, veo que mi exnovio está discutiendo con una tía.

Espero que ella sea más lista que yo y no se crea todas y cada una de sus mentiras.

Cojo un vaso y me lo bebo de un trago.

Luego pongo cara de asco.

—Has estado increíble —afirma Massimo a mi oído, y eso me recuerda su boca sobre la mía.

Joder, la quiero por todas partes.

Noto un fuerte escalofrío que va de mi espalda a mi sexo, que me hace temblar...

«Mejor centrarse y pensar en otra cosa que no sea su boca».

—Lo sé.

Cojo otro vaso y tiro de Massimo hacia el jardín, donde hay mejor ambiente. O eso parece desde la ventana.

Al llegar, algunas personas lo reconocen y le dicen que piensan ganarle en el campo.

Massimo les responde que está deseando hacerles morder el césped.

Bailo disfrutando de la noche y del peso que me he quitado de encima.

Tenía todas las cosas que no le dije encalladas. Haciéndome daño, no dejándome respirar porque él se rio de esta tonta.

Pero nunca más.

Un amor que existe solo si te rebajas no es amor. Es una puta mierda.

Me río por mi pensamiento y Massimo me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Se me está subiendo un poco —confieso, señalando mi vaso.

Me lo quita y lo deja en una mesa.

—No lo necesitas para disfrutar.

—No, no lo necesito.

Ponen la canción de Ana Mena en italiano, *Mezzanotte*, y Massimo sonrío de medio lado.

Joder..., está muy bueno. Es supersexi y quiero su boca. La quiero de nuevo sobre la mía.

Me sé la canción y pongo mis manos en su cuello para bailar, atrevida por el alcohol que llevo en el cuerpo y el subidón por mandar a mi exnovio a la mierda.

Canto a pleno pulmón el estribillo:

—*Balliamo solo io e te. Ancora un bacio al buio, solo io e te. E quel sguardo che mi conosce, conosce. Meglio della luna di mezzanotte, baby.*¹

Massimo mira mi boca cuando digo esa parte de la letra donde dice «un beso más».

Noto como los latidos de mi corazón se disparan. Muero por el deseo de volver a saborear su boca.

No hace nada. No se mueve mientras bailo perdida en él, sin que esta noche nada me importe salvo ser feliz.

La canción termina y sigo bailando, pero esta vez sola, porque Massimo se marcha. No sé si a buscar distancia conmigo y evitar cometer el error de besarme de nuevo, pero esta vez sin excusa. Como si dos personas que se desean necesitaran más razones para besarse.

Hoy no quiero pensar en nada. Solo deseo dejarme llevar, porque, tras varios meses angustiada, veo la luz y me doy cuenta de que mi exnovio nunca mereció mis lágrimas.

Veó al fondo a Bruno, que me observa enfadado.

Le levanto un dedo corazón, con la mejor de mis sonrisas, y recuerdo que un día creí que, si me dejaba, me moriría. Esa persona nunca mereció que creyera que se podía morir de amor.

Un chico se me acerca y bailamos juntos.

No me gusta, pero me dejo llevar. Baila muy bien.

Bailo con él hasta que se me acerca para besarme y le pongo la mano en la boca.

—No es a ti a quien deseo. —Se pone tonto y, con mucha facilidad, Massimo lo aparta de mi lado.

—Piérdete —le ordena con tono amenazante.

Sonrío, por cómo se acojona y se va casi corriendo.

Pongo las manos en el cuello de Massimo y bailo para él, con sus ojos dorados puestos en los míos. Sus manos se posan en mi cintura.

—Candy...

—Solo esta noche no quiero pensar en nada. Quiero besarte una vez más... Bésame.

—Joder, Candy, que uno no es de piedra...

—Solo un beso más. —Muerdo mi boca y gruñe.

—¿Estás borracha?

—¿Estar borracha de ti cuenta? —Su cara hace que me entre la risa—. No estoy borracha. Creo que te deseo desde que te vi.

—Eso suena muy serio...

—No quiero nada serio ahora. Solo busco una noche de descontrol... y seguir con mi vida. —Me alzo para quedar cerca de su boca—. Tú te besarías con cualquiera. ¿Por qué no puedo ser yo esta noche?

No dice nada. Parece tenso y su respiración se agita.

—Solo un beso.

—Solo uno más y mañana no hablaremos de esto.

Lamo mi boca y ruge.

Lo atraigo. Al menos, sexualmente, y me siento poderosa. Por eso acerco mi boca a la de él.

—Bésame.

Sube su mano hasta mi cuello y me toca marcando mi piel. Luego la enreda en mi pelo y tira de mi boca hacia atrás.

—Besaría a cualquiera. No lo olvides, *bambina*.

Dejando eso claro, que no quiero que duela, acerca su boca a la mía de nuevo y ahí está esa explosión de placer que hace que todo a mi alrededor desaparezca.

Su beso es tan arrollador como un huracán y me recorre de pies a cabeza.

Muerde mi boca, gimo en ella y saco mi lengua para lamer sus labios.

Tiro de ellos y, por cómo gruñe, sé que le gusta.

Introduce su lengua en mi boca y nos comemos los morros delante de todos. Sin que nos importe quién lo vea, como que la distancia entre los dos es cada vez más corta.

Noto los pechos pesados, los pezones duros y el sexo latir con fuerza.

Nunca me ha pasado esto. Este deseo que me calienta como lava líquida.

Quiero a Massimo por todas partes. Quiero su boca en cada parte de mi cuerpo.

Me alzo y me coge en brazos.

Nuestros cuerpos se juntan y noto su dureza crecer entre mis piernas.

—Joder, quiero todo de ti —le confieso en su boca y lo muerdo—. Quiero lo que nunca he tenido con mi exnovio: un orgasmo con otra persona que no sea yo misma.

—Candy..., me estás matando. —Beso su cuello. Lo muerdo. Aprieta sus manos en mi trasero—. Joder, Candy... Me matas.

—Te deseo, Mass. —Lamo su cuello hasta la clavícula—. Te quiero en todas partes.

—¡Joder!

Gruñe y entra conmigo en la casa sin bajarme.

Nos colamos en una habitación y cierra la puerta.

Apoya mi espalda en la pared y sigue besándome con fuerza.

—No quiero tener sexo en un cuarto de mala muerte contigo —me dice, besando mi cuello. Me muerde—, pero te daré algo que nunca te ha dado nadie.

Lleva su mano a mi cintura y la cuela dentro de mi camiseta.

Toca mis pezones sobre el top y noto como se endurecen.

A Massimo no parece importarle que mis pechos no sean enormes, a diferencia de mi exnovio.

Muerde mi cuello. Lo chupa.

Joder..., estoy ardiendo.

Sus dedos hacen magia sobre mis pezones.

Tira del top, hasta que quedan libres, y juega con ellos, dándoles la presión justa.

Gimo, jadeo... Ardo por él.

Lleva su mano a mi pantalón y mete los dedos dentro.

Encuentra mi tanga y tira de la tela, haciendo que esta se meta entre mis pliegues, y así acaricie mi zona más sensible.

—Joder... —exclamo, presa de sus atenciones.

—Eres muy receptiva... Me encanta tu cuerpo, Candy.

Tira una vez más del elástico y lo mueve haciendo que la tela se frote contra mi sexo.

Estoy ardiendo.

Me besa de nuevo sin dejar de mover la tela sobre mi sensible clítoris.

Sus dedos no me tocan, pero, sin embargo, siento que voy a acabar por correrme.

El beso cada vez es más intenso. Lo acompasa a los movimientos del tanga, que lo siento por todas partes. Nunca he sentido tan receptiva mi zona más íntima.

Soy consciente de cada roce, de cada sacudida y cada movimiento.

—Córrete, *bambina* —me lo susurra en el oído y siento que voy a morir de placer solo por su forma de hacerlo.

Lame mi oreja y luego busca de nuevo mi boca, haciendo que la fricción de mi tanga sea mayor, hasta que no puedo más y me corro con fuerza entre sus brazos.

Me abraza contra su pecho y me quedo un rato ahí, sin poder moverme. Escuchando su respiración agitada.

Ahora es cuando me da vergüenza lo que acaba de suceder.

Como si él lo notara, coge mi cara entre sus manos y me besa con infinita ternura.

—No le des vueltas. El sexo es solo eso. Un intercambio de placeres mutuo y nada más.

—Como si tú hubieras disfrutado...

—Lo he disfrutado mucho, pero ahora déjame solo. En un rato, te busco en la fiesta.

—No quieres que yo...

—No, no quiero. Esta es tu noche.

Dudo, pero algo en su mirada me hace arreglarme la ropa y marcharme, sintiendo que necesita

espacio por lo que acaba de pasar.

Ha sido la experiencia sexual más increíble de mi vida. Dudo que pueda querer algo menos que esto y lo agradezco, porque así no me conformaré con las migajas nunca más.

Capítulo 8



Massimo

Besarla la primera vez fue un gran error, pero la vi ahí, tan asustada por ese capullo, que quise darle alas. Quise que ese cerdo viera lo preciosa que es y lo que nunca se mereció tener.

En cuanto sentí su boca supe que no sería un beso más, y no estuve equivocado.

Fue una explosión de emociones y de placer que me recordaron por qué últimamente nadie me atrae lo suficiente: porque buscaba eso.

Lo peor fue besarla de nuevo.

Joder, pero cuando bailó para mí, supe que estaba perdido. Deseaba un beso más y solo podía controlarme a duras penas para no devorar su boca.

Entonces, me pidió un beso y... quise darle la puta luna, si eso la hacía feliz.

Por eso, no pude resistirme ni al beso ni a enseñarle lo que era un orgasmo en condiciones, pero ahora estoy solo, con un calentón de cojones, sin poder olvidar su boca, sus gemidos y lo mucho que me hubiera gustado meter mi polla en su apretado coño.

Pero no. Eso no pasará, porque Candy es prima de Lead, y porque yo solo quiero sexo.

No quiero amor ni nada que se le parezca.

Ella es la chica de los unicornios...

Es mejor no olvidarlo. Es una señal que me recuerda que, si me acerco demasiado a ella, me quemaré.

Prefiero arder en el infierno por no dejarme llevar a rozar de nuevo el paraíso en sus labios.

Cuando me enfrió, regreso a la fiesta y no tardo en ver a Candy bailando con un tío que la está devorando con la mirada.

Y, joder, no me extraña.

Ella es preciosa.

El tío se le acerca y Candy le para los pies. Tenemos a un nuevo capullo que no acepta un no.

Lo agarro, cuando llego a ellos, y lo miro con cara de pocos amigos.

Se caga encima y se marcha corriendo.
Joder, ninguno me da una buena pelea.
—¿Nos vamos? —me pregunta algo cansada.
—Sí, creo que ya es hora de irnos.
Salimos del sitio y el exnovio nos mira como si nos quisiera arrancar la cabeza.
Le digo adiós con la mano y eso lo enfurece más.
Bien, porque así, cuando nos encontremos en el campo, me encantará ganarle.
Entramos en el coche y Candy se pone el cinturón. Tiene los ojos medio cerrados.
—¿Vamos a un hotel a dormir? —me pregunta.
Solo de imaginarla en un cuarto de hotel, cerca de mí, siento que me enfurezco. ¡Eso no podría resistirlo!
—No estoy cansado. Voy a conducir un poco de vuelta y, si me entra sueño, paro en una zona de servicio.
—Vale, como quieras.
Se acomoda y cojo mi chaqueta para que se la ponga sobre los hombros.
Lo hace y apoya su cabeza en la puerta.
A los pocos minutos está dormida.
Me impresiona su capacidad de quedarse dormida. Me parece hasta divertida...
No, no me gustan más cosas de ella.
Conduzco una hora antes de necesitar dormir un poco.
Paro en una zona de servicio y detengo el motor.
Candy no se entera de nada. Ha girado su cabeza hacia mí y duerme tranquila, ajena a mi escrutinio.
Le desengancho el cinturón y hago lo mismo con el mío.
Cierro los ojos, perdido en ella, aunque no pienso admitirlo en la vida.

* * *

—¡Me meo! ¡Joder, me meo!
Me despierto sobresaltado y veo a Candy abrir la puerta para salir corriendo hacia la zona de servicio.
Me estiro y salgo del coche.
Apenas está amaneciendo.
Voy tras ella, porque el de la gasolinera le dice que, si no echa gasolina o compra algo, no le da la llave.
—Yo compro algo y ella va al servicio.
Candy me mira y el hombre asiente. Le da las llaves.
Entro en la pequeña tienda y cojo algo de comer y un par de cafés de la zona del refrigerador.

Me gusta más caliente, pero hoy debe valer esto.

Pago, y salgo justo cuando Candy le entrega las llaves al encargado. Se marcha sin darle las gracias.

Es muy graciosa cuando se enfada...

No, no lo es. Es una chica normal y corriente.

Enfadado por mirarla con otro prisma diferente, entro en el automóvil con cara de pocos amigos.

—Vaya, sé de uno que tiene muy mal despertar.

Saco las gafas y me las pongo.

—Sí, mejor no hables durante el viaje. —Le tiendo las cosas y evito fijarme en su mirada de pesar.

Es mejor así. Cuanto antes huya de mí, mejor para los dos. Yo solo le haré daño. Solo quiero su cuerpo, joder. Solo quiero perderme en ella, sin pensar en el daño que podría causar desear a la prima de una amiga.

Soy un puto egoísta y, por una vez, quiero hacer lo correcto.

Me bebo el café, que está muy malo, y pongo el coche en marcha.

No decimos nada durante el viaje.

Aun así, la miro de reojo mientras observa el paisaje. Lleva el pelo revuelto, el maquillaje corrido, los labios aún rojos por mis besos y la ropa hecha un desastre, pero, sin embargo, siento que me perdería en ella durante horas...

No, no lo haría.

Céntrate, pedazo de mierda.

Aprieto el volante enfadado y conduzco rozando lo ilegal.

Me dejo llevar, necesitando esa dosis de adrenalina. De poner este coche a rugir por las carreteras. Echo de menos correr.

* * *

Llegamos casi a la hora de la comida y detengo el coche en su residencia.

Me mira y duda.

Se muerde la boca...

«Joder, no te muerdas la boca».

Aparto la mirada de ella para no besarla.

—Bueno, pues gracias... Si alguna vez quieres que te dibuje un tatuaje o que intente tatuarte...

—No, gracias, y la próxima vez marea a Dante. Cuando quiere, hasta sabe ser amable.

—Ah, vale. Entiendo —dice, como si supiera que solo soy un capullo, cuando en realidad soy un puto caballero que no la coge y la lleva a su cuarto para follar con ella hasta que nos agotemos

—. Gracias por todo, Massimo. Nos vemos.

Sale del coche y cierra la puerta con fuerza, dejando claro que le jode mi forma de tratarla.

La *bambina* tiene carácter y eso me gusta...

No, no me gusta. Céntrate, Massimo.

La veo entrar en su residencia y pongo el coche en marcha.

Llego a mi casa y recuerdo algo.

Abro el maletero y ahí está su techo pintado, lleno de color e ilusión.

Lo saco y pienso en dárselo, pero luego lo escondo en mi armario. Quiero creer que es para no hablar con ella, pero en el fondo sé que lo hago para recordar esta locura de fin de semana.

Capítulo 9



Candy

Llego a la universidad, sintiéndome cada vez más a gusto en este sitio. Tras el fin de semana en que le dije a mi exnovio cuatro cosas, me sentí liberada. Dejé de sentirme tonta por amar y comprendí que hay cosas peores, como engañar o destrozar a alguien cuyo único pecado es habértelo dado todo.

Tener delante a Bruno y decirle todo eso me liberó.

Por otro lado, no he sabido nada de Massimo.

Desde ese día, no nos hemos visto.

El que yo no vaya a las fiestas de su fraternidad y él no venga a los lugares que frecuento no ayuda.

Siento que está huyendo de mí por lo que pasó.

Al principio, lo vi bien, porque me moría de la vergüenza por lo que pasó entre los dos. Por lo que le pedí, pero, sobre todo, por saber que lo repetiría si tuviera oportunidad.

Luego, acepté que Massimo me estaba evitando y decidí dejarlo estar.

Tal vez fuera lo mejor, porque lo que sentí fue muy intenso y me asustó un poco el deseo que sentía por él.

No estoy preparada ahora mismo para emociones tan fuertes.

Por otro lado, sigo esperando una oportunidad como animadora.

Están todos los puestos cogidos y mi prima me dijo que, si alguna vez me necesitan, me lo harán saber.

Por eso, entreno cada día y corro para estar en forma, aunque trabajar en la cafetería se debería considerar un deporte de riesgo. Sobre todo, para evitar al baboso del encargado.

Me tiene frita y Dante no para de apartarlo de mí en numerosas ocasiones.

Se lo dijimos al jefe y nos preguntó que si me había tocado, pero si todo se quedaba en un casi, no podía hacer nada.

No soporto que la gente solo vea el problema si llega a intimidarte, posando sus manos sobre ti, y no cuente el que te incomode o trate de tocarte.

Dante está buscando otras cafeterías para llevarse a todos los clientes que aporta su presencia. El equipo está imparable y eso hace que la gente quiera estar cerca de su *quarterback*.

Entro en clase y me pongo al fondo.

Estoy más tranquila aquí.

—¿Está ocupado? —me pregunta un chico con acento italiano.

Lo miro de reojo.

—No, no lo está. —Quito la mochila del asiento de al lado.

Hay varios sitios libres, pero en la última fila solo quedaba el de mi lado.

El chico se sienta. Tiene más o menos mi edad, el pelo rubio y los ojos negros. Es muy guapo, la verdad.

—Me llamo Andrea y vengo de intercambio desde Roma.

—¿En serio? —Asiente con una media sonrisa—. Conozco a alguien de allí. Lo mismo lo conoces.

—Dudo que sea así, porque Roma es muy grande, tiene casi tres millones de habitantes —me dice divertido.

—Visto así, es imposible que lo conozcas. —Se ríe y su risa me gusta.

La clase empieza y le explico algunas cosas.

Me da las gracias y, al salir, compruebo que también compartimos la siguiente clase.

Nos sentamos juntos y una vez más lo ayudo.

Al acabar, me pregunta mi nombre y se lo digo.

—Te invito a un café por las molestias.

—Acepto, pero solo porque lo necesito para no dormirme en las siguientes asignaturas.

—¿Una mala noche?

Lo miro sin saber cómo explicarle que por las noches, cuando duermo, sueño con Massimo y me despierto agitada porque mis sueños no me dejan pasar página con mi italiano favorito, para seguir con mi tranquila vida universitaria.

—Un mal sueño.

—Vaya, espero que la cosa mejore.

—Yo también, la verdad.

Vamos a tomar un café y regresamos a las siguientes clases.

Se sienta a mi lado y, cuando terminamos, quedamos a la mañana siguiente.

No es que no haya hecho amistad con el resto de los compañeros. Es que están a otras cosas. Los saludo, me preguntan qué tal todo, les digo que bien, y ahí se queda el tema.

Sin embargo, con Andrea sí he sentido una conexión especial, que ya me venía faltando en clase.

Tal vez sea el principio de una amistad increíble.

* * *

Entro en mi cuarto, a la hora del almuerzo, con algo de comida para llevar en una bolsa, y veo a Lead sola.

—Hola, ¿has comido?

—Sí, comí algo antes de venir.

Como mientras ella prepara unas cosas para clase.

—A ver si este fin de semana te apuntas a venir al partido y a la fiesta de después.

—Ya veremos.

No he querido ir desde que regresé de la fiesta en la fraternidad con mi exnovio, por Massimo. Sé que, si lo tengo delante, me será imposible no recordar sus besos, sus manos en mi cuerpo y esa sensación de sentir que acariciaba el paraíso entre sus brazos.

Necesito más tiempo para olvidarlo.

Además, por primera vez en mi vida, a mi prima no le he contado nada de lo que sucedió. Solo lo de mi exnovio, y le gustó que le plantara cara. Pero fui incapaz de contarle lo que pasó con Massimo, por miedo a que no comprendiera que me dejara llevar así con su amigo.

—He conocido a alguien nuevo en clase, y es de Roma. —Deja lo que está haciendo y se sienta a mi lado—. Supongo que lo quieres saber todo.

—¡Ya estás tardando en hablar!

Me río y le hablo de Andrea.

—No ha sido gran cosa..., pero, bueno, lo he pasado bien.

—Bueno, algo es algo. Estás saliendo de tu zona de confort.

—Eso sí. —Acabo de comer—. Voy a descansar un poco antes de irme a trabajar.

—Yo también tengo que ir a preparar unas cosas de las animadoras. —Veo la emoción en sus ojos y me alegro mucho por ella.

Descanso un poco mientras Lead hace trabajos.

Al salir de mi residencia, lista para el trabajo, Dante me espera en la puerta y entiendo por qué Lead lo quiere tanto.

No es alguien que muestre sus emociones con facilidad, pero está ahí, de forma bruta, pero es su manera de cuidar de ti.

—¿Qué haces aquí? ¿Me echabas de menos? —Le pongo ojitos y bufa.

—Ni de coña. Solo vengo a informarte de que nos hemos despedido. —Me da un sobre—. Tu finiquito. Solo tienes que llevar el papel firmado y ya está. O lo mandas por correo y te evitas a don baboso.

—¿Y dónde vamos a trabajar?

—En donde trabajé antes. La cafetería se fue a la mierda, cosa que no me extraña, porque la encargada no hacía nada y era despreciable. Me enteré de que la había comprado otra empresa y

el encargado es un compañero del equipo de fútbol. No es mal tipo... Bueno, pasable.

Sonrío por lo mucho que le cuesta hacer cumplidos.

—¿Y nos van a contratar a los dos?

—Saben que mi cara bonita vende y que yo no iba a aceptar el puesto sin ti.

—En el fondo, me quieres.

—No me hagas vomitar. —Se pone las gafas de sol—. Vamos, que llegamos tarde.

—¿Sabes que podrías haberme contado todo por teléfono?

—Odio hablar por teléfono.

—¿Y qué no odia el gran Dante?

—El silencio. —Se le escapa una medio sonrisa—. Así que ya sabes.

—Yo odio el silencio.

—Cómo no —rumia entre dientes.

Aun así, hacemos el camino a la cafetería en silencio.

Está un poco más cerca que la otra.

Entramos y me presenta al encargado. Es Cruz, un corredor de su equipo.

Nos explica dónde está todo.

Al parecer, desde la última vez que Dante estuvo aquí han hecho bastantes cambios.

Nos dice qué ropa llevaremos y que podemos elegir entre varios colores de camisetas con el logotipo.

Dante la prefiere negra y yo, rosa.

—Cómo no... —me pica cuando la escojo.

Vamos a cambiarnos y entro al servicio para ponerme la camiseta de media manga y el delantal negro en la cintura.

Salimos y no tenemos mucho tiempo para aprender dónde está todo, porque la gente ya se agolpa en el local.

Nos hacemos con todo como podemos.

Voy de un lado a otro atendiendo y limpiando mesas.

—Hola —me dice Andrea, que acaba de entrar—. No sabía que trabajabas aquí.

—Pues ya ves...

—Deja de ligar y mueve tu culo, ya —me ordena Dante, haciendo que me sonroje hasta la raíz.

—¡No estaba ligando! —me defiende.

Andrea sonríe y lo deja pasar, por suerte.

Regreso a la barra y atiendo a los que están en la cola.

Cuando llega Andrea, pide un café solo.

Me sorprende su elección.

Dante lo prepara y me lo tiende.

—El soso no me gusta —me susurra al oído—. Si lo quieres para follar, cualquiera vale, pero

si es para otra cosa... No me da buena espina.

—Solo es un compañero de clase. No veas cosas donde no las hay.

—Lo que tú digas, pero no para de mirarte con cara de tontito.

—No me mira con cara de tontito. Me acaba de conocer.

—A trabajar, chicos —nos dice Cruz, y Dante se marcha—. A mí tampoco me da buena espina.

—¿Tú también? —Bufo e ignoro a los dos.

Los hombres no entienden de estas cosas.

A mí me ha dado muy buena espina y, además, no me gusta. Solo es agradable y... sexi, pero no siento nada cuando lo miro. De momento.

A última hora llega una chica para ver si hay trabajo para ella.

Cruz coge su currículum y se queda con ella para hacerle una prueba, mientras nosotros nos vamos. La verdad es que necesitamos ayuda.

Al llegar a mi cuarto, tras cambiarme, cojo mi libreta de diseño y empiezo a dibujar sin sentido, mientras ceno algo que he pillado en una máquina.

Estoy comiendo fatal. Echo de menos llegar a casa y que mi madre siempre tuviera un plato de comida caliente para mí.

Hago trazos al azar hasta que, sin pretenderlo, acabo perdida en Massimo y aparece en este dibujo sin sentido.

No sé qué narices me pasa con él, por qué no puedo olvidarlo y seguir con mi vida sin recordar a qué sabe su boca.

Arrugo el dibujo y lo tiro al suelo, decidida a empezar otro y seguir con mi vida sin que unos besos alucinantes me la amarguen.

Lead entra al cuarto agotada. Ve el dibujo en el suelo y lo abre.

—Es bonito. —Lo alisa—. No merece que lo tires, por muy idiota que esté Massimo ahora. —Por su mirada triste sé que echa de menos al amigo que fue hace un año.

—¿Contigo también se comporta igual?

—Bueno..., es amable y eso, pero me duele que no me deje ver lo que le hace daño. Quiero comprender por qué ha cambiado tanto. No me gusta que sufra en soledad, como si no fuéramos amigos.

—Tal vez solo necesita tiempo, o aceptar que os tiene ahí.

—Puede ser. Es un gran tipo y no me gusta verlo mal. —Deja el dibujo en la mesa—. Y a ti te encanta..., como muso, digo. —Sonríe y sé que sabe que no solo me gusta de ese modo.

—Como inspiración es ideal, pero me gustan los hombres menos complicados.

—Entonces, haces bien en buscar otros objetivos.

Hablamos de su trabajo y vemos una serie juntas, como en los viejos tiempos. Tengo mucha suerte de tenerla aquí, porque me hace sentir menos sola en esta ciudad tan nueva para mí.

Capítulo 10



Candy

Sin darme apenas cuenta, empezamos diciembre.

La verdad es que, entre el trabajo y las clases, no tengo tiempo de nada. He dado algunos paseos por esta preciosa ciudad, pero no estoy lista para salir de fiesta y dejarme llevar.

Vale, en realidad, no estoy lista para ver a Massimo y sentir que todo lo que he avanzado sin él se esfuma.

Desear a alguien que a la vista está que no quiere nada con nadie es estúpido.

Ya pasé por eso y, de alguna manera, estoy huyendo de él.

Pero esto debe acabar. Un día deberé aceptar ir a las fiestas que organizan en la casa de Giò. Ir a un partido y dejar de huir como una idiota.

Entro en el trabajo y saludo a Inés, una compañera a la que le hicieron la entrevista el mismo día en que yo empecé a trabajar aquí.

—¿Qué tal el día? —Me tiende un café como me gusta—. Aunque por tu cara no muy bueno, parece.

—He dormido fatal y luego las clases se me han hecho muy cuesta arriba.

—¿Soñando con Massimo?

—No sé en qué momento te revelé eso. —Se ríe—. Sí, es como si lo tuviera metido bajo la piel.

—Y eso que Andrea hace lo imposible por llamar tu atención.

—No creo que sea para tanto.

Pienso en ello, porque, desde que nos conocimos, pasamos mucho tiempo juntos en la universidad. Me ha contado cosas de su tierra y de que allí está muy unido a sus padres. Le gusta el arte, pero para trabajar vendiendo obras de arte. Conoce a mucha gente influyente y, desde pequeño, siempre se interesó por los cuadros de las casas a las que iba a cenar con su familia.

Ha intentado que quedemos fuera de las clases, pero siempre le digo que no me apetece

mucho hacer nada.

Creo que lo hace como mi prima Lead, para que no me encierre a estudiar o a pintar. No opino que esté interesado en mí.

Vamos, espero que no, porque, al mirarlo, solo veo a un amigo y es horrible decirle a un amigo que no lo miras con los mismos ojos que él a ti.

De alguna forma, esas palabras rompen la amistad para siempre, aunque no se quiera.

—Lo que tú digas. ¿Te tomas unas cervezas cuando acabemos de trabajar?

—No me apetece...

—¿Has venido a la universidad a divertirte o a ser un muermo?

—A ser un muermo —responde Dante, que acaba de llegar, y lo fulmino con la mirada—. No me mires así. Eres más sosa que nadie que conozca.

—Vete un poquito a la mierda —le digo, y me marchó para cambiarme.

Las cosas con Dante van bien. Nos llevamos genial y le tengo mucho cariño, aunque la mayor parte del tiempo no soporto su sinceridad aplastante.

Sé que tiene razón y que debería dejarme llevar, pero me es imposible. Ya no solo por Massimo, sino por algo más. Algo que no me deja avanzar. No sé si el miedo a dejarme llevar, salir de fiesta y cagarla de mil maneras diferentes.

Antes salía de fiesta, pero no era porque me gustara. Era para estar con mi exnovio. No soy amante de las fiestas o de todo eso. La gente lo ve raro y temo salir y ser una aburrida.

Para mí es más interesante una tarde de cine, palomitas y una gran pizza que salir de fiesta, aunque he de admitir que la noche que salí con Massimo lo pasé muy bien...

No, no vayas por ahí, Candy.

—Deberías salir a tomar algo. Es viernes ¿Qué plan tienes mejor que ese?

—Ver una serie en mi cama tapada hasta las orejas y comiendo chocolate —le indico a Dante.

—De verdad, eres más aburrida que Giovanni. —Me hace reír—. Si quieres, voy con vosotras. Solo para que no salgas corriendo.

Salgo de la zona donde me cambio y lo miro terminar de ponerse la camiseta negra.

—¿De verdad te estás ofreciendo para salir a tomar unas cervezas cuando odias a la gente?

—Ya ves. No me lo recuerdes —bromea—. Siempre puedes tomarte un par y regresar a tu plan de serie, chocolate y manta.

—Eso es cierto.

—O, si no, Inés un día se cansará de ir detrás de ti y, cuando quieras salir de tu cueva, nadie querrá estar ahí para ti. Además, está claro que a mi casa no quieres ir, porque huyes de ella, a saber por qué. Lo que hace que pases menos tiempo con tu prima.

—Yo no huyo de tu casa —le replico.

—Ya, y yo soy un dechado de cariño y alegría.

No puedo evitar sonreír por cómo lo dice.

Salimos y empezamos a trabajar.

A media tarde, le indico a Inés que iremos con ella los dos, y esta asiente feliz.

Cómo no, está pillada de Dante, como media universidad.

La otra media lo está de Massimo, del que no dejo de escuchar hablar: que si no se acerca a nadie, que si este año está en plan misterioso, que si no se besa con ninguna tía... Seguro que lo hace aposta, para tener más mujeres a sus pies.

Al salir del trabajo, vamos a una zona con mucho movimiento. Hay muchos universitarios.

Inés busca una mesa y nos sentamos los tres.

Dante mira a todos con cara de pocos amigos. La verdad es que no sé si estaría mejor sin él... No, sé que no, porque algo en él me relaja. No sé qué es. Es como si supiera que, a pesar de sus miradas bordes, si lo necesitara, recorrería el infierno por mí.

Tal vez porque a veces parece el mismísimo Lucifer.

Pedimos unas cervezas y nos las ponen con unas patatas.

Miro el ambiente mientras degusto la bebida, que no me gusta nada. Está asquerosa.

Sigo bebiéndola, porque todo el mundo lo hace... Vamos, que soy patética, pero, ya que estoy aquí, quiero disfrutar y no cerrarme en banda.

La tercera ya hasta me parece que está buena.

Me río por todo y parezco hasta feliz.

—Buenas —saluda Andrea y, sin pedir permiso, se sienta con nosotros.

Dante lo fulmina con la mirada, como cada vez que lo ve en la cafetería.

—Hola —digo, y le doy una patada por debajo de la mesa a Dante para que baje la intensidad de su mirada.

Ni caso.

—¿Al final has decidido hacer algo más que pintar y ver series? —bromea.

—También leo mucho. —Se ríe—. Bueno, no puedo encerrarme para siempre.

—No, no puedes.

—Me largo —anuncia Dante y se marcha a donde están el resto de sus compañeros de fútbol.

—La verdad es que no sé qué he hecho para caerle tan mal —comenta Andrea tras pedirse una cerveza.

—No te lo tomes como algo personal, le cae mal todo el mundo menos las chicas Wilson —indica Inés mirándome.

—Algo inexplicable. Lo sé —les digo a los dos.

Me pido otra cerveza y esta me entra sola.

Peligro, creo que tengo ese punto de que se me está subiendo a la cabeza.

—Joder, qué bueno está —señala Inés y mira hacia donde están los jugadores de fútbol.

Sigo su mirada y los latidos de mi corazón se detienen un instante, para luego latir con fuerza.

Massimo acaba de llegar. Sonríe por algo que le dice Cruz. Está mucho más guapo de lo que recordaba y lleva un nuevo tatuaje en el cuello. A saber cómo narices se los puede hacer él solo.

Lo miro, lo devoro y me pierdo en él...

Entonces me mira, posa sus ojos dorados en mí y algo cambia en su mirada.

Duda, pero al final me saluda guiñándome un ojo.

Le digo hola con la mano y le robo la cerveza a Inés, porque en mi vaso no queda. Tener cerca a Massimo me hace sentir mucho calor.

—No está mal —respondo, mintiendo como una bellaca, porque Massimo es espectacular.

Me pido otra cerveza que siento que me cae muy mal, porque no me encuentro nada bien.

—¿Adónde vas? —me pregunta Andrea cuando me levanto.

—Al aseo. —La verdad es que no sé si le digo eso u otra cosa.

Camino hacia el aseo y me caigo contra alguien.

Se ríe y me dice que mire por dónde voy.

No respondo, o sí... Joder, no lo sé. He bebido demasiado con el estómago vacío, y más teniendo en cuenta que hace mucho que no bebo nada.

Llego al servicio y entro en él, pero no es el aseo. Es un almacén.

Escucho la puerta cerrarse y me giro para abrirla. No atino. Se ha quedado atrancada.

Todo me da vueltas y esto me está poniendo muy nerviosa.

Intento buscar la forma de salir de aquí, pero el mareo que llevo no ayuda.

Me invade el miedo, pero, por suerte, llevo el móvil en mi pequeño bolso cruzado.

Saco el teléfono para llamar a Dante. Creo que seguía aquí.

—Dante —le digo cuando descuelga—. Ayuda...

—¿Dónde coño estás?

—En un almacén... Creo.

—Ahora te mando a alguien. Yo no estoy allí. ¡Joder!

Cuelga y sé que enviará a alguien. Lo que desconozco es a quién, porque Dante no tiene amigos.

Me dejo caer en el suelo, porque me siento muy mareada.

Miro agobiada el móvil y pienso en llamar a Dante de nuevo para ver quién viene a por mí, cuando alguien golpea la puerta con fuerza y esta se abre desde fuera con gran estrépito.

—¿Candy? —pregunta Massimo.

Claro, Dante solo tiene contacto con sus hermanos, para bien o para mal, y Massimo estaba muy cerca. Es por eso por lo que ha llegado tan pronto, aunque a mí se me ha hecho eterno.

—Aquí.

Me alumbra con su móvil y se me acerca.

—¿Cómo has acabado aquí encerrada?

—Ni idea. —Se arrodilla a mi lado y toca mi frente. Luego me acaricia con cariño.

Su caricia me hace sentir miles de escalofríos.

Yo, huyendo de él, y con solo una caricia toda mi fuerza de voluntad se va a la mierda.

¡Cómo me jode saber que mi esfuerzo no ha servido de nada!

—¿Por qué lloras? —pregunta. Toco mis lágrimas, porque ni me había dado cuenta de que

lloraba—. ¿Te duele algo?

—No, nada. Es solo que me jode haberte evitado para seguir deseando morderte la boca...

¿No te parezco patética?

Massimo no responde y me coge en brazos para levantarse conmigo, con suma facilidad.

—Es mejor que no digas nada. Siento que mañana, si lo recuerdas, te arrepentirás de todo.

—No me arrepiento de nada. Es solo que me jode...

—Calla, Candy. Ahora no hablas tú. Es el alcohol.

—Ya, claro, como si sobria no te deseara a cada puta hora del día.

—Candy, por favor —me pide y me acomodo en su pecho para callarme, o eso espero.

—¿Qué le pasa? —pregunta Andrea y noto que Massimo se tensa.

—¿Qué mierdas haces tú aquí?!

—Estudiar, y ahora dime qué coño le pasa. ¿Le has hecho algo?

—No, no soy un capullo como otros.

—Te confundes de persona. Yo no...

—Ya, claro. Eso ya se verá, si eres o no como tu padre. ¿Te ha mandado para vigilarme? —esto último se lo pregunta en italiano.

—No te creas tan importante —responde Andrea, también en italiano.

Al parecer, por muy grande que sea Roma, estos dos sí se conocían.

Quiero seguir escuchando, pero los párpados me pesan demasiado. Han sido muchas noches sin dormir.

Massimo

—Aléjate de ella —le ordeno a Andrea.

—Porque tú lo digas... Haré lo que quiera con mi vida, porque yo no tengo la culpa de tus putas movidas con mi padre. ¿O acaso tú te pareces al tuyo?

—No me gustas...

—¿Qué pasa aquí? —dice Dante en italiano, mirando a Andrea como si le quisiera arrancar la cabeza.

—Nada —responde este—. Ya me iba. —Nos mira con cara de pocos amigos y se larga.

—¿De qué conoces a ese capullo? —me pregunta mi hermano, mirando a Candy dormida—. Y no digas que de nada, porque he escuchado lo justo para saber que lo conoces.

—De Roma.

—No me gusta, pero esta idiota parece tenerle cariño —dice enfadado sin apartar la vista de Candy—. ¿Es peligroso? —me pregunta, dejando claro que la prima de Lead le importa más de lo que admitirá jamás.

—No lo sé —señalo sincero.

Andamos hasta el cuarto de Candy.

La miro dormir y pienso en sus palabras fruto del alcohol. Solo pido que no sean ciertas, porque a mí ya me está costando un mundo sacármela de la puta cabeza. Y no, no quiero que esté ahí, porque deseo vivir mi vida sin ataduras de ningún tipo.

Aunque esta solo sea sexual, no la quiero.

—¿Debería pedir que lo investiguen? Tengo en mi empresa muy buenos detectives.

—Hazlo, y así sabremos qué cojones hace aquí —le digo.

—Eso no me deja más tranquilo. Tú sabes algo ya de él...

—De él, no. De su hermano mayor y de su padre.

—Entonces, prefiero saber qué hace aquí don capullo. No me gusta ni un pelo.

—Cuidado, Dante, que voy a pensar que tienes corazón y todo.

Bufa.

—No me jodas con eso.

Llegamos al cuarto de Candy y Dante saca las llaves de su propio bolsillo.

Lo miro extrañado y, joder, sintiendo algo parecido a los celos en el pecho.

—No me mires así. Ella misma me las dio, por si le pasaba algo y no localizaba a su prima. Por suerte, no se las dio a don capullo.

—Por suerte, sí.

Entramos en la habitación.

Dante enciende la luz y casi me muero del susto.

¡Joder! El cuarto está lleno de dibujos de unicornios. Es una aberración a la vista para alguien que, como yo, odia todo esto.

La dejo en su cama, sintiendo que mi cuerpo se queja por no sentirla cerca.

Me alejo de ella y miro horrorizado todo esto. Todo el color y la alegría. Todo este mundo que habla de alguien que tiene mucho amor por dar.

—Este cuarto es horrible —indico, incapaz de callarme.

—Sobre todo por tus dibujos. —Dante señala un par de ellos a lápiz, y algunos de mis tatuajes —. Mira que eres feo...

—Me largo. Tengo que salir de aquí.

No digo nada más y me marchó de este sitio que me recuerda una parte que odio de mí. Una que juré hace años dejar encerrada con llave en mi alma. Siempre sentí que debía huir de ella y ahora tengo claro el por qué: me recuerda a mi parte más débil y las pesadillas de mi infancia regresan porque me cuesta más mantenerlas a raya.

Capítulo 11



Candy

Abro los ojos desorientada, sin saber dónde me encuentro.

Miro el sol, bañando con su luz mi cuarto, y me invade el miedo al no recordar cómo he llegado hasta aquí. Compruebo que sigo con la ropa puesta.

Solo recuerdo ver a Massimo y beber...

El resto lo tengo borroso.

Salgo de la cama algo mareada y escucho movimiento en el lado de mi prima.

—Joder, esta cama es una puta tortura. —Dante se sienta y me mira, clavando sus ojos violetas en mí—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—¿No lo recuerdas? —Niego con la cabeza—. Nada grave. Bebiste, te encerraste en el almacén y Massimo te sacó de allí.

—¿Massimo?

—Sí, yo me acababa de marchar aburrido y lo llamé.

Asiento y cojo ropa limpia para darme una ducha.

—Puedes irte. Estoy bien. Gracias por todo.

—De nada, y sí, me marchó, que luego tengo partido y necesito descansar algo. ¿Tu cama es igual de incómoda?

—Claro, a ver qué te piensas —respondo divertida a don pijo.

Pone mala cara y se marcha.

Entro en la ducha sintiéndome mal. Odio beber demasiado por esto mismo, porque sé que el día de después es una mierda. Solo recuerdo beber para olvidar que no ha servido de nada esquivar a Massimo. Fue verlo y sentir que todo lo que quiero ignorar está ahí.

No sé qué tiene que me hace desearlo de esta manera.

Casi no sé nada de él y, aun así, ardo por él con solo una mirada.

* * *

Estoy a punto de dormirme, cuando llaman a la puerta.

Abro y veo a un repartidor con dos colchones.

—¿Candy Wilson? —Asiento y me hace firmar un papel.

Después entra en la habitación con un compañero.

Quitan la ropa de las dos camas y, aunque protesto, no me hacen caso.

Luego dejan los colchones nuevos en su sitio, tras deshacerse de los plásticos.

Una vez listo, se marchan sin hacerme ni puñetero caso.

«Dante», pienso.

Lo llamo y me lo coge enseguida.

—¿Te has vuelto loco?

—Eso debe de ser. Estoy loco, porque después de pasar una noche de mierda en tu cuarto digo, a ver si en verdad Candy no duerme bien por el puto colchón. ¿Y qué hago? Comprar dos colchones. Yo, que quiero ahorrar para librarme de ser hermanito de nadie... y ni se te ocurra darme las gracias, que entonces acabo por vomitar. Paso demasiado tiempo con las Wilson. Eso debe de ser.

Cuelga y no le doy las gracias, pero le hago un retrato, con una medio sonrisa, y se lo envío en una foto.

Me responde:

Dante:

¿Esperas que tu dibujo compense lo que vale cada colchón?

Candy:

A mí no me importa que me des las gracias.

Dante:

Te has propuesto matarme por exceso de azúcar.

Sonrío y le mando una foto de uno de mis unicornios con mucho color.

Dante:

Dios, qué aberración.

Ya fue malo dormir con uno delante...

Lo he borrado, por cierto.

Ahora, deja de enviarme mensajes o pensaré que te gusto.

Candy:

Tranquilo.

No me gustas nada de nada...

Dante:

Ahora me jode que no te guste.
Hieres mi ego.

Candy:

Ya, como si esta noche, en la fiesta, tuvieras problemas para conseguir que alguna te suba el ego.

Dante:

No tengo problemas para eso.
Te dejo, que esto de hablar por el móvil es una mierda.

Mi gruñón favorito no dice nada más.

Pruebo el colchón y es una maravilla. Es como si te abrazara. Ojalá esto impida que siga durmiendo tan mal por culpa de Massimo... Debo agradecerle lo de anoche.

Solo un mensaje inocente de gracias.

Él no es Dante y dudo que darle las gracias lo haga vomitar:

Candy:

Hola, Massimo.
Quería agradecerte lo de anoche.

Veo que lo lee, porque salen dos tics azules, y espero que responda...

Nada de nada.

Empiezo a pensar que no es tan distinto a Dante como ambos creen, aunque Massimo siempre tiene una sonrisa y una palabra amable.

Al menos, las tenía...

No puedo olvidar que, desde hace unos meses, no soy solo yo la que no he hecho nada por encontrármelo.

Es mejor no olvidar su indiferencia.

Capítulo 12



Massimo

Llego a mi habitación tras una dura tarde de entrenamiento.

Vamos los primeros en la liga, pero el entrenador no quiere que por eso nos acomodemos o vayamos de sobrados. Muchos en el equipo no están dando lo suficiente, porque piensan que lo tenemos todo hecho este año al tenernos a los tres Bianchi.

De ahí el exceso de entrenamiento, para bajar sus humos y que sean más humildes.

Ningún rival es débil.

Llaman a mi puerta y digo que pasen.

Entra Dante con una carpeta.

—Interesante lo que he descubierto de la familia de Andrea.

—Pues mejor que no salga de aquí.

Nos sostenemos la mirada y asiente.

—Al parecer, le dieron una beca, que todo pinta que es legal, y vino a estudiar este año. Luego regresará a Roma. No hay nada turbio en él. Ahora, que lo creamos o no, es otro tema, porque no es oro todo lo que reluce.

—No me fío de él.

—Yo tampoco..., y parece interesado en Candy —lo que comenta no me gusta ni un pelo.

—Ella es mayorcita.

—Ya, pero su exnovio era un capullo y no lo notó.

—Cuidado, que voy a creer que te preocupas por alguien más que por ti mismo.

—Me importa una mierda lo que creas. —Abre un papel—. Tú tienes peores problemas que yo, ¿verdad?

Sin más, se marcha dejando atrás la carpeta que habla del pasado del padre y del hermano de Andrea, y de cómo me vi involucrado con ellos.

La guardo en un cajón con llave y me pregunto si Dante mantendrá la boca cerrada.

Odio tener que confiar en él, pero ya sabía que esto pasaría. Si dejé que investigara y no le dije que parara es porque lo vi muy cerca de Candy. A mí tampoco me gusta que Andrea esté tan cerca de ella.

Espero que Candy sea lista y no caiga en las redes de alguien así.

Pensar en ella hace que recuerde su cuerpo entre mis brazos y como me asusté cuando Dante me dijo que estaba encerrada.

Salí corriendo de inmediato para buscarla.

La había estado mirando de reojo casi toda la noche y la perdí de vista un segundo, cuando pasó todo.

Aunque no quiera, no puedo ignorarla cuando la tengo cerca. Hay algo en ella que me atrae y, a la vez, me hace desear correr en dirección contraria.

Las dos caras de una moneda que gira y gira sin saber de qué lado caerá esta vez.

* * *

Paso por la cafetería donde trabaja Candy.

No entro, aunque no es por falta de ganas.

Está hablando de algo con Lead y no sé si parece feliz. Se muerde el labio y veo dudas en sus ojos.

Cuando libera el labio, lo recuerdo en mi boca gimiendo y suspirando por mis besos...

Me marchó enfadado por no poder sacármela de la puta cabeza.

Estoy llegando a casa cuando mi madre me llama.

Miro el móvil, sabiendo que esto no será bueno. Mi madre no me llama nunca, a menos que necesite dinero.

—¿Qué quieres? —le pregunto de camino a mi cuarto.

—Vaya forma de hablar a tu madre...

—Como si tú me hubieras llamado para ver cómo estoy. ¿Cuánto es esta vez? —la interrogo, deseando estar equivocado y que no sea dinero lo que quiere de mí.

—Cincuenta mil euros.

—¿Cómo?

—Ya sabes lo que pasará si no me mandas el dinero...

—No tengo tanto.

—Es tu problema. Eres tú el que tiene conciencia y, si me pasa algo, dudo que puedas vivir con la culpa. No eres más que un blando de mierda.

—¿Algo más que quieras decirme?

—En tres días en mi cuenta o en la de él.

Cuelgo y, como tantas veces, me pregunto si merece la pena salvarle el culo o mejor dejar que se ocupen de ella. El problema es que mi madre hace tratos con gente muy chungueta. Si la dejo a

su suerte, acabará muerta.

«¡¡Joder!!».

* * *

Busco a Andrea por la universidad.

Lo veo haciendo dibujos bajo un árbol.

A mí no me engaña con ese aire de bohemio que no ha roto un plato.

—Sé por qué estás aquí y necesito duplicar mis ganancias. —Le tiro un papel—. Correré, pero será la última vez.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el tonto. Necesito el dinero antes de dos días, si no, buscaré otra forma de conseguirlo sin que tu familia saque tajada de ello.

En su mirada veo algo que me hace reconocer al ambicioso de su hermano mayor.

—Hablaré con mi padre.

Me marchó sintiéndome fatal, porque, cuando me fui de Roma, pensé que dejaría toda esta mierda atrás.

No fue así.

El año pasado me tocó volver por mi madre y ahora, estando aquí, me persiguen las malas decisiones que tomé de joven para poder sobrevivir, por culpa de una progenitora que no sabe controlarse para saciar sus malos vicios.

Ando sin ver a nadie. Enfurecido, asqueado y angustiado. Deseando hacerme otro puto tatuaje para que el dolor de la aguja me calme. Soy un puto adicto a los tatuajes, pero es lo único que encontré para sentir paz.

—¡Massimo! —Candy se pone ante mí.

La miro perdido en su mirada, sabiendo que, si le doy un segundo de mi tiempo, lo pagaré con ella.

Candy no tiene la culpa de nada, pero me acojona que me haga sentir paz.

—¿Te pasa algo?

—Ahora no, Candy. No tengo tiempo para ti.

Mis palabras suenan duras y veo dolor en sus bellos ojos verdes.

Me marchó sabiendo que, si huyo de ella, es porque me hace recordar mi parte más débil y ahora mismo necesito centrarme solo en lo cabrón que soy. En ese que ni siente ni padece. Ni teme a la muerte.

Capítulo 13



Candy

Doy vueltas por mi habitación sin saber qué hacer. Sin saber si debería o no ir a hacer una prueba para las animadoras.

Una chica se ha lesionado y necesitan a alguien más para el equipo.

Han abierto las convocatorias y Lead cree que, si doy lo mejor de mí, tengo muchas posibilidades de entrar.

El problema reside en que esto me haría estar más cerca de Massimo y no sé si estoy preparada para verlo tan a menudo sin caer en la tentación de acercarme a él con cualquier excusa.

«¿Y voy a dejar que por una persona se vaya uno de mis sueños a la basura?», me pregunto, quieta en medio de mi cuarto. «No, por supuesto que no».

Cojo la mochila de deporte y me marcho hacia el lugar de las prácticas, que es un pabellón cerca del campo de fútbol.

Al llegar, entro y veo a mi prima, que viene hacia mí y me abraza.

—Vas a hacerlo genial.

—Eso espero.

Me indica dónde se han puesto las demás personas para la prueba y dónde puedo dejar mi mochila para cambiarme.

Salgo una vez lista y hago caso a las indicaciones de mi prima y a las capitanas.

Empiezan las pruebas y la verdad es que hay mucho nivel.

Cuando me toca, no me quedo nada para mí y doy lo mejor. Bailo con garra, con fuerza y creando arte con cada uno de mis movimientos.

Al acabar, estoy jadeando y Lead me mira con admiración total. Levanta los dos pulgares.

Ando hacia donde están el resto de las personas y esperamos a que nos digan algo al acabar.

La capitana Tris nos dice que nos informará mañana de la resolución final y nos da las gracias

por acudir.

Voy a cambiarme para ir a trabajar, tras despedirme de mi prima.

Al llegar a la cafetería, Inés me pregunta que qué tal las pruebas, mientras me pongo el uniforme.

—Yo lo hice muy bien. Ahora espero estar a la altura.

—Seguro que sí. Si yo no pareciera un pato bailando, me presentaría también. —Sonrío y salgo con ella a la cafetería—. Han venido a verte.

Mira a la derecha y vemos a Andrea entrar en la cafetería.

Viene hasta la barra para pedir un café.

—¿Qué tal las pruebas? —se interesa.

—Bien.

—Eso es bueno. A ver si te cogen.

—Espero. ¿Lo de siempre? —le pregunto en la caja, y asiente. Me marchó a por su café para cobrarle—. Ahora te lo preparan.

—No me importa esperar.

Su forma de mirarme me altera y no sé si es para bien o para mal.

Desde hace unos días no oculta lo mucho que le atraigo y, aunque me parece guapo, cuando lo miro no siento el aleteo de cientos de mariposas en mi estómago, o que podría perderme en su mirada.

A veces me pregunto si es porque no soy capaz de ver más allá de la atracción inexplicable que siento por Massimo o porque nunca existirá nada.

Le tiendo su café, cuando me lo da mi compañera, y se va a la mesa donde se instala para pintar en su tableta.

Sigo con mi trabajo y, cuando salgo, veo a Dante apoyado en su coche rojo.

Voy hacia él.

—Te llevo a tu cuarto. —No es una pregunta.

—¿Te vas con él? —Me giro y veo a Andrea venir hacia mí.

Pensaba que se había ido hace rato.

—Sí, así que te las piras, chaval —le suelta Dante de malas formas.

—¿Candy?

—Yo... Nos vemos mañana en clase, ¿vale? —Pone mala cara un segundo, antes de asentir.

—Adiós —lo pica Dante y lo fulmino con la mirada.

Este me mira inocente y divertido.

Entra al coche y hago lo mismo.

—No te gusta nada, pero él no lo ve.

—Solo somos amigos.

—Ya, y por eso te mira como si te quisiera comer entera.

—¡Dante! —lo regaño, y pone el auto en marcha—. ¿Por qué me has esperado?

—Por nada especial. Pasaba por aquí.

—Tu casa está al otro lado.

—¿Sí? Vaya, me habré perdido. —Sonríe de medio lado.

—La prueba me ha ido bien —digo, sabiendo que está aquí por eso.

—No me importa... —miente, y lo veo por cómo sonríe—. Pero me alegro por ti.

Sonríó y no tardamos en llegar a mi habitación.

Aparca en doble fila y salgo para irme, justo cuando aparece uno de sus compañeros del equipo.

—¿Vas a ir a la carrera? —pregunta a Dante, apoyándose en la ventanilla del coche.

—¿Qué carrera?

—Una a las afueras, en una zona desierta.

—¿Una ilegal? —indaga Dante.

—Sí, de las emocionantes.

—Vamos, algún gilipollas que se juega la vida por dinero, seguramente... Me apunto.

—Pues voy contigo.

Escucho a Dante protestar, pero al final lo lleva.

Entro en mi residencia sin querer pensar en lo de la carrera. No me gustan, porque considero que son muy peligrosas.

Entro en mi cuarto y me llama mi prima.

—¡El puesto es tuyo! —me grita emocionada.

—Genial.

—Eres increíble, Candy. Te paso todos los horarios y toda la información. Lo tenemos que celebrar, ¿eh?

—Cuando quieras.

Cuelgo y llamo a mi madre para contarle todo.

Se pone muy feliz y habla con su exnovio.

—¿Ese es Pol?

—Sí, bueno..., nos estamos dando otra oportunidad, pero vamos despacio para ver si podemos empezar de nuevo sin rencores.

—Bien.

Cuelgo, tras hablar de las clases.

Me da miedo que mi madre lo dé todo de nuevo y le destrocen el corazón.

No soporto verla triste. Es mi mujer favorita y solo quiero sonrisas para ella. Espero que esta vez salga bien.

Y yo que creía que solo los adolescentes teníamos líos y problemas.

Massimo

—¿Así que tú eres el gilipollas que se va a jugar la vida? —Miro a Dante mientras pongo mi coche a punto—. Sabía que eras tonto, pero tanto...

—¿Tengo pinta de que me importe lo que pienses?

—¿Es por dinero? He visto que has sacado mucho dinero... Si es por dinero, nunca será suficiente.

—Cállate. —Miro el motor.

—Me pregunto si, en caso de que te mates, yo quedaría libre de tener que llevarme bien contigo, y así recuperaría la herencia... Tal vez sea una solución. —Se apoya en el coche y lo fulmino con la mirada.

—El testamento es claro: tienes que llevarte bien con tus hermanos antes de que acabes la universidad. Si me mato y no nos llevamos bien, dudo que te den tu puta herencia.

—Pues vaya mierda... Voy contigo. Hace tiempo que no tengo un subidón de adrenalina.

—¡Y una mierda!

—Dos, porque no me pienso bajar —dice desde dentro, el muy cabrón.

Reviso el coche cabreado.

Me preguntan si está todo listo y asiento.

Miro a Andrea no muy lejos.

Él lo ha organizado todo y sé que su padre lo mandó aquí para esto, porque nadie sospecharía de él. De hecho, se va antes de que empiece la carrera.

Entro al coche y me pongo el cinturón, cabreado.

No por Dante, sino porque juré que no correría nunca más.

Cuando me marché de Roma, le dije a mi madre que haría esto para que tuviera una casa y un sueldo cada mes, pero nada más. Hasta que el año pasado me llamó para indicarme que le hacía falta dinero y, si no pagaba, le darían una paliza.

Siempre es lo mismo: mi madre gasta el dinero que no tiene y, desde que murió mi abuela, todavía más.

Ahí empezó todo.

Antes apostaba, pero menos.

Al morir mi abuela, empezó a despilfarrar y le dieron una paliza que casi la mata. Por eso, la siguiente vez que debió dinero le dije que yo me encargaría.

Cogí mi moto y corrí mi primera carrera, como ellos deseaban, a cambio de saldar la deuda.

Solo tenía quince años, pero gané.

Corrí con mi moto por zonas despejadas y sabía que se me daría bien.

Y, en vez de acabar ahí todo, mi madre vio todo eso como una forma de aprovecharse de mí, porque no podía dejar que la mataran.

Hasta que me vine aquí y parecía de verdad que todo había terminado.

Pero me llamó y me tocó regresar a Roma para correr.

Habría vuelto ahora a mi ciudad, pero estando Andrea aquí, supe que su padre lo había

mandado para esto: para que corriera para él, porque su padre se queda una parte de mi victoria, aparte de lo que le debe mi madre.

Es un cabrón.

En estas carreras saca mucho dinero de las apuestas y me quería en ellas de nuevo.

Y yo que creía que toda esta mierda se había quedado en Roma.

—¿Por qué estaba Andrea aquí?

—¿Quién crees que lo ha organizado?

—Es un puto desgraciado. Como lo vea cerca de Candy, le pienso partir la cara.

—¿Te gusta? —pregunto, algo celoso, aunque no lo reconoceré en mi vida.

—¿A mí? Ni de coña. Es una molestia con patas...

No digo nada, pero sé que, como ya le pasó con Lead, le cae bien y, en verdad, me alegra que cuide de Candy, porque no quiero a Andrea cerca de ella, pero tampoco sé cómo alejarla de él sin explicarle todo esto y que piense lo peor de mí.

Aunque me he alejado de ella, no me gustaría ver en sus ojos cómo odia lo que hago, y quién he sido.

Las carreras ilegales son un tema muy serio y no quiero implicarla.

—Que no sepa nada de esto...

—No soy tonto. Sé lo ilegal que es todo esto.

Vemos como se preparan para dar la salida.

Hago que mi motor ruja.

Miro a Dante y veo que disfruta de esto, a pesar de sus reticencias.

A mí me encanta correr, la adrenalina... El miedo a ser pillado, pero el problema es la mierda que mueve todo esto. Eso no me gusta, porque te corrompe.

Dan la salida y acelero para coger la primera curva antes que mi adversario.

—Ciérrale el paso por la derecha... ¡Ahora! —me grita Dante, que ve a mi contrincante por el retrovisor.

Lo hago y entro primero en la curva.

Acelero, tras dejarla atrás, y sigo así hasta frenar antes de coger la siguiente curva.

Dante me da indicaciones, aunque algunas ya las sabía, porque he estado corriendo por aquí para aprenderme la zona, pero, por cómo me las dice, siento que él ha corrido por estos sitios. Tal vez no en carreras, pero sí solo.

Cuando vemos la meta, mi adversario me pisa los talones.

Acelero y lo doy todo hasta que paso el punto de llegada con una clara ventaja sobre él.

Detengo el coche y la gente viene a felicitarme.

Yo paso de todo esto, pero hace un tiempo me cegó al sentirme deseado, querido y un puto dios, por correr así. Casi se me fue de las manos y más de una vez casi nos detuvo la policía.

Por eso lo dejé.

No quiero pasarme la vida entre rejas, y menos por mi madre. No se merece que me joda la

vida así.

Miro a Dante, que se va hacia donde debe de haber dejado su coche, y entro en el mío para irme de aquí.

El dinero ya estará entregado para pagar las deudas de mi madre.

Yo saqué parte del dinero de mi cuenta, por lo que ahora tengo el problema de que no tengo nada.

Me toca buscar trabajo.

Capítulo 14



Candy

Llego a la universidad y veo a Dante en la puerta de mi clase, fulminando con la mirada a Andrea, que me espera no muy lejos.

Saludo a Andrea con la mano y tiro de Dante hacia una zona privada.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Acaso te gusto?

No sé cuál de los dos pone peor cara de asco.

—¿Qué cojones dices?! ¡No! ¿Por quién me tomas?

—La gente se puede enamorar, y eso —le digo divertida por su reacción. Sobre todo cuando le da un escalofrío.

—No, yo no, y ahora deja de decir tonterías y escúchame: Andrea no es de fiar y lo sé a ciencia cierta. Deja de verlo.

Se empieza a ir y tiro de él. Lo pongo contra la pared.

—¿Cómo puedes decir algo así y marcharte, esperando que por tu cara bonita te haga caso?

—Somos amigos y los amigos se escuchan... Hazme caso.

—¿Qué pruebas tienes?

—No te importa, y te importa una mierda, la verdad.

—¡No me importa una mierda! Si sabes algo, quiero saberlo.

—No es trigo limpio. Ahora tú sé tonta y vete con otro idiota que no te merece.

Se zafa de mí y se marcha.

Lo miro irse y regreso a clase.

Andrea me dice si todo está bien y le digo que sí con una sonrisa, pero sé que, por las palabras de Dante, ya no lo voy a mirar de la misma manera.

* * *

Al llegar a la cafetería, me siento mala persona por hablar con Andrea, pero analizo cada cosa que me dice, intentando saber por qué Dante cree que debo alejarme de él.

No veo nada raro. Creo que es un chico tranquilo y atento.

Saludo a Cruz antes de entrar en el cuarto de empleados.

Entro y veo a alguien de espaldas... Un momento. Esos tatuajes...

Massimo se gira al mismo tiempo que mi corazón late desatado al saber que está aquí, de espaldas y sin camiseta.

La respiración se me agita mientras paso la mirada por los tatuajes que puedo ver hasta que se pone la camiseta. Todo pasa rápido, pero siento que se me funden hasta los plomos.

«Joder, lo que siento al mirarlo no es normal».

—Hola, Candy —me saluda amable, ya con la camiseta puesta.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Voy hasta mi zona para cambiarme, oculta tras un biombo para darme privacidad.

—Necesito dinero.

—¿Ya habéis gastado el dinero que os dan? Me lo contó Lead...

—Mi parte, sí. Ellos, no. Pero no quiero coger nada que no me corresponda.

—El año pasado no te importó hacerlo y joder a Dante. —No lo veo, pero sé que está sonriendo.

—Ya, las cosas han cambiado.

Nos quedamos en silencio y la puerta se abre.

—Mueve tu culo para trabajar —le dice Dante.

—No eres el jefe —le rebate Massimo.

—No, pero me gusta joder... Eso se me da bien.

Salgo ya con la camiseta puesta y los veo a los dos mirarse retadores.

Son impresionantes. Dos titanes. Altos y sexis, aunque mi corazón solo late con fuerza por uno.

—Dejadlo ya, que parece que os vais a dar un beso.

Como esperaba, ambos ponen cara de asco y me miran.

Salgo para trabajar y Massimo no tarda en seguirme.

Soy consciente de su cercanía; de como mi cuerpo vibra por tenerlo cerca. De como me muero por girarme y besarlo, hasta que recuerde que entre mis brazos ardimos como puro fuego...

«Para, Candy».

Por eso huía de él, porque es tenerlo delante y olvidar las razones que existen para no acortar nuestra distancia y comerle la boca.

Trabajamos juntos y cuando mi prima viene con Giò, salgo para saludarlos.

—Hoy tenéis mucha gente —comenta Lead, mirando a los hermanos Bianchi.

—Eso parece.

—Eso es porque Massimo ignora últimamente a todas y se ha convertido en más deseable —apunta mi prima.

Miro hacia donde está Massimo, que está tomando notas de los cafés en la caja.

Una chica le pasa una nota y él la coge. La guarda, pero no le sigue el rollo. Sus ojos dorados están serios y fríos. Veo algo en ellos que hace unas semanas no estaba ahí.

Massimo me mira y me hace una seña para que los ayude.

—Me voy a seguir. Luego os veo.

Entro para preparar cafés y servirlos a los clientes.

Al acabar la jornada, me dejo caer en la primera silla que veo libre.

—Vamos, Candy, no seas tan exagerada —me pica Cruz, y trata de hacerme cosquillas.

Lo paro entre manotazos y risas.

—Vete un poquito a la porra —digo cuando me zafo de él.

Me guiña un ojo y, al girarme, veo a Massimo mirarlo con cara de pocos amigos.

—¿Pasa algo?

—No, pero te necesito para algo —rumia casi entre dientes.

—¿Para qué? Porque no pareces feliz de necesitarme.

—No lo estoy...

—Antes yo era el capullo y tú el simpático. ¿Se han cambiado las tornas? —lo pica Dante—. ¿O quieres ser como yo? Reconozco que soy lo puto mejor, pero tanto como para imitarme...

—Vete a la mierda —le espeta Massimo, y Dante se ríe mientras se va—. No lo soporto.

—A mí me cae bien. —Massimo clava su mirada dorada en mí—. Y ahora dime qué quieres.

—Dado que no tengo dinero para hacerme tatuajes..., quiero que me ayudes con esa tarea.

—Yo no sé tatuar.

—Te enseñaré, pero necesito un tatuaje. —Siento que es importante para él—. Te pagaré.

—¿Con carne? —lo pregunto de broma, pero solo de pensar en que use su cuerpo como medio de pago, me sonrojo. Joder..., yo y mi gran boca—. Era broma...

—Te pagaré con dinero cuando lo tenga.

—No necesito tu dinero, pero puedes tatuarme tú algo.

—Lo que quieras.

—Vale, pues ya me dirás cómo lo hacemos.

—Mañana te recojo cuando acabes el ensayo de las animadoras e iremos a mi habitación para que te enseñe.

Asiento y se marcha al cuarto de empleados.

Cuando yo entro, él sale.

—Nos vemos.

Asiento una vez más y lo miro irse con cara de pocos amigos.

Si no le hace feliz estar a mi lado, como parece, ¿por qué no se lo pide a otra? Seguro que candidatas no le faltan, aunque yo me muero por explorar su cuerpo... Por los tatuajes, claro.

En realidad, lo que quiero es montarme sobre él y cabalgarlo...

Joder, esto va a ser un error. Un error enorme.

Y yo que quería huir de mi mayor tentación.

Capítulo 15



Candy

Mi prima es muy dura. No nos deja parar en los entrenamientos y a mí no me pasa ni una, porque me falta forma física y me quiere lista para el partido del sábado.

Al acabar, me meto bajo la ducha agotada y temblando de puro cansancio.

Saber que iré con Massimo a su cuarto solo sirve para que me ponga nerviosa.

No sé qué pasará cuando estemos solos.

No pienso pedirle más besos. Eso lo tengo claro, y tampoco quiero nada con él, porque yo no quiero más rollos de una noche.

Lo siento, pero no.

Me gusta estar con alguien a quien quiera para algo más, y Massimo solo desea rollos de una noche..., o quería. Además, es alguien que tiene su vida atada en Roma y no quiero un amor con fecha de caducidad.

¿Amor? Por favor, que solo me atrae... Mucho... Demasiado para mi paz mental, pero de ahí a amor, por favor. Yo aún no estoy lista para amar a nadie.

Aun así, cuando salgo y lo veo bajo una farola, con el pelo mojado por la ducha y mirándome fijamente, juro que siento danzar a mi niña interior en un campo de flores y margaritas.

—Hola —le digo al llegar a su lado.

—Hola.

Va hacia su coche y guardamos las bolsas de deporte en el maletero antes de entrar en él.

Mi prima me escribe y lo leo en cuanto me pongo el cinturón.

Lead

¿Te has ido con Massimo?

¿Algo que deba saber...?

Candy:

Quiere que lo tatúe.

Se ha quedado sin dinero.

Lead:

Ah, vale, eso me cuadra más.
¿Vais a ir a su habitación?

Candy:

Sí.

Lead:

Vale, voy a comprar algo de cena.
Os lo acerco ahora al cuarto de Massimo.
Nos vemos.

Candy:

Vale, te quiero.

Lead:

Y yo a ti, y me pone feliz que no huyas de la casa de los chicos.

Guardo el móvil y sonrío.

Mi prima me conoce bien. Sabía que estaba huyendo de la casa, pero no quiso insistirme para que fuera.

En realidad, mi huida no ha servido de nada, porque al final el destino te pone delante todas tus cuestiones pendientes, lo quieras o no.

Massimo

Aparco el coche y Candy sale de él para ir a mi casa.

Necesito un puto tatuaje y no me lo puedo hacer yo donde quiero. Por eso he acabado pidiéndoselo, porque ahora tengo el dinero justo para comer y no voy a malgastarlo en tatuajes. Me gusta comer bien.

De todos modos, he estado huyendo de ella y de mis ganas de besarla de nuevo, y aquí estamos. Somos compañeros de trabajo y la veré casi cada día.

No puedo huir de ella, pero no pienso ceder al deseo que siento.

No, porque nunca he deseado a nadie más de las pocas horas que me dura un calentón, y a Candy no me la saco de la cabeza.

No quiero cruzar la línea y que eso se deba a algo más.

Somos adultos, compañeros, y ahora me ayudará con los tatuajes, pero nada más.

Entramos en mi habitación y saco todo lo que uso para practicar.

Llevo años comprando cosas.

Me fascina todo esto de los tatuajes, aunque nunca le he hecho uno a alguien. Es algo más

personal. Veo muchos tutoriales y vídeos. Todo de forma *amateur*.

Saco varias pieles sintéticas, las agujas de tatuar y varios dibujos.

Se lo tiendo y lo observa todo como la artista que es.

—Sigo sin entender por qué te haces tú todo esto o me buscas a mí, en vez de a un profesional.

—No me fío de cualquiera para que me haga sufrir —le digo con una medio sonrisa—. Te enseñaré todo lo que sé y te mandaré los tutoriales que he visto...

—O podemos verlos juntos y me vas explicando. Tú eres el que tiene interés en que lo haga bien.

Se sonroja cuando me mira y me pregunto si recuerda mi boca sobre la suya y mis manos por su cuerpo dándole placer.

«Joder..., traerla aquí ha sido una mala idea».

—Como quieras.

Llaman a la puerta y digo que pasen.

Al poco, aparece Lead con una bolsa de comida y Giò detrás de ella.

—Os hemos traído la cena —anuncia Lead, feliz de tener a su prima aquí.

Entran en mi cuarto y ponen las cosas en una mesa de centro que tengo delante de un sofá.

Candy va hacia ella y mira lo que han traído.

Sacan las cosas de la cena y, por lo que parece, vamos a cenar todos juntos.

Giò me mira divertido cuando me acerco con cara de pocos amigos hasta donde están y me siento en una silla para cenar.

—¿Nerviosa por volver a animar un partido? —pregunta Lead a su prima.

—Nerviosa por no estar a la altura de mi entrenadora. Es muy dura.

Lead se ríe, al darse por aludida.

—Solo quiero que lo hagas bien.

—Me he dado cuenta. Me duelen hasta los pelos de la cabeza.

Miro a Candy y veo los signos de agotamiento en ella.

Tal vez no era el mejor día para quedar con ella para esto, pero una vez que decidí pedirle ayuda, no pude retrasarlo.

—Bueno, así estarás a la altura del resto y no te pondrán en el banquillo.

—No me importa chupar banquillo. Acabo de llegar.

—Eres increíble, prima. El resto solo tiene que entender que no has nacido para ser la sustituta de nadie.

Candy sonríe a su prima con amor.

No se parecen mucho físicamente, pero las dos tienen una personalidad arrolladora.

Hablan de los ensayos mientras comemos, y de todas las veces que Lead le ha hecho repetir los bailes. La verdad es que se la ve dura.

Luego las primas se ríen y se nota, cuando se miran, lo mucho que se quieren.

Yo nunca he tenido eso con nadie. Esa complicidad y seguridad de que, pase lo que pase, esa persona estará ahí. Aunque con Giò las cosas cada vez están mejor, no sé si, cuando cada uno busque su camino, seguirá ahí, o solo nos hemos soportado por un tiempo.

Al acabar la cena, se marchan y Candy parece muy cansada.

—¿Te llevo a tu cuarto?

—Podemos ver un vídeo antes de irme, si te parece bien, y otro día ya probar todo lo que tienes.

—Vale, pero antes dime qué tatuaje quieres.

—Un unicornio...

—Claro, cómo no, un puto unicornio. Si sigo mucho a tu lado, un día vomitaré purpurina.

Se ríe.

—No seas exagerado. Lo quiero aquí, con una frase. —Se señala el bajo de sus pechos.

Joder...

—¿No lo quieres en otro lugar?

—No.

Nos miramos retadores a los ojos.

Asiento, porque la necesito.

Me siento a su lado en el sofá. Lo más alejado de ella que puedo, tras coger el ordenador y ponerlo en la mesa de centro.

Pongo un vídeo que es muy bueno para aprender a hacer tatuajes y le doy al *play*.

Le explico varias cosas y veo la emoción brillando en sus ojos verdes, que, con esta luz, parecen más dorados. Cuando me mira emocionada, me pierdo en ella. En toda su luz e ilusión; en ese mundo de luces sin sombras, porque ella brilla demasiado para andar entre la oscuridad.

—Creo que podré hacer algo bueno. Estoy deseando perforarte la piel —bromea—. Te voy a hacer sangrar... —Se ríe y no puedo decir nada. Estoy perdido del todo en este momento. En ella.

No, no quiero esto.

Cierro el ordenador.

—Te llevo a tu habitación —le indico, más frío de lo que pretendía, pero Candy nota la distancia entre los dos de golpe.

Veo dolor en su mirada antes de que se gire para recoger sus cosas.

¿Cómo explicarle a alguien que me fascina tanto su mundo, que me aterra todo lo que siento a su lado, hasta un punto que no sé cómo respirar por las emociones?

La llevo a su residencia sin decir nada, porque no sé cómo explicar que, aunque mi idea era huir de ella, no puedo, pero tampoco sé estar a su lado sin ser un capullo.

Dante tiene razón: he cambiado y sé que, cuando vine aquí, me dejé llevar porque creí de verdad que podía tener otra vida. Tal vez, una que fuera mía y que no estuviera ligada a las malas

decisiones de mi madre, pero, tras un golpe de realidad, me di cuenta de que solo perseguía una vez más una utopía que nunca existiría para mí.

Es mejor que nadie me haga olvidarlo.

Capítulo 16



Candy

—Hola —me saluda Andrea, cuando llego al estadio para el partido.

Me espera en la puerta por donde entran las animadoras.

Lo miro y parece tenso.

Estos días hemos hablado, pero yo me he mostrado algo distante con él, tras lo que me dijo Dante.

No consigo olvidarlo y seguir como si nada.

—Hola. —Sonrío, pero es un gesto fingido, para ocultar cómo me siento cuando lo tengo cerca.

—No soy tonto para no saber que algo ha cambiado entre los dos tras lo que pasó con Massimo la otra noche. —Se pasa la mano por el pelo—. Yo no hice nada. Solo sabía con quién tenía que hablar..., pero a mí toda esa mierda no me gusta. Yo no soy como ellos.

—No sé de qué me hablas.

—¿No? —Parece nervioso—. ¿No eres amiga de los Bianchi? —Asiento—. Entonces no entiendo nada.

—¿Qué pasó con Massimo?

—Con sinceridad, debería decírtelo él. Cada uno con su vida que haga lo que quiera, pero quiero que sepas que se me está juzgando mal, solo por quién es mi padre en Roma. Yo tengo derecho a poder ser quien quiera, sin que el lastre de pertenecer a su familia me afecte. Mira, mejor lo dejamos aquí.

Se empieza a ir y lo sigo.

—No quiero perderte como amigo y tienes razón. Algo pasó para que me dijeran que tuviera cuidado contigo, pero, como dices, podemos ser quienes queramos sin que una sombra mayor nos apague. ¿Nos vemos luego en la fiesta?

Duda, pero al final asiente.

Ando hacia donde me esperan, pensando si debería o no hacer como que no sé nada, pero quiero descubrir qué fue lo que hizo Massimo la otra noche que implicaba a Andrea.

Mientras me cambio, pregunto a mi prima.

—Yo no sé nada, fuera de lo normal, que hiciera Massimo.

—Pues algo hizo que sabe Dante e implica a la familia de Andrea. Ahora me puede la curiosidad.

—¿Y Dante lo sabe? —Asiento—. Voy a investigar. Tú cámbiate y calienta, porque vas a sudar la camiseta.

—Viniendo de ti, no lo dudo.

Salgo ya lista para animar con el uniforme.

La grada empieza a llenarse.

Calentamos un poco antes de que la música empiece y nos toque animar.

Cuando dan la salida de los jugadores, miro hacia ellos buscando a Massimo.

No tarda en aparecer con el casco en la mano.

Se gira y me mira.

Sus ojos dorados hacen estragos en mí.

Sonríe como alguien que lleva un gran peso sobre él.

Me pregunto si la clave de todo está en lo que sabe Andrea y pienso descubrirlo esta noche.

A Andrea se le suelta la lengua cuando bebe, por lo que hoy lo descubriré todo.

Empieza el partido y animo mientras de reojo miro el partido.

Alucino con las carreras de Massimo.

Cuando anota en favor de su equipo, animamos con fuerza.

Me observa desde la distancia y siento su mirada calentar mi piel.

En el intermedio, Massimo entra en los vestuarios sin dejar de mirarme.

Luego me guiña un ojo y siento que me tiemblan las piernas.

«¿A qué narices está jugando?».

A nada, seguro.

Lo mismo ha guiñado un ojo a otra. Seguro, segurísimo.

El partido se reanuda y ganan.

Siguen siendo imbatibles.

Vamos hacia nuestros vestuarios y nos duchamos. Nos cambiamos tras una animación agotadora.

Tras ponerme un vestido corto de tirantes, con una bandolera, salgo con las chicas para tomar algo.

Dejamos las mochilas aquí para recogerlas mañana a primera hora, que abren.

Llevo el móvil colgado al cuello y las llaves de mi cuarto colgadas de la funda del teléfono. Todo muy cutre, pero pasaba de llevar bolso y, como tengo la tarjeta en el móvil, puedo pagar con este.

Tomamos algo en un pequeño pub.

Evito beber demasiado y me centro más en comer y en pasarlo bien junto a mi prima y las chicas del equipo.

—Vamos a subir una foto juntas. —Lead acerca el móvil y nos hacemos un selfi.

Lo sube a sus redes y me etiqueta.

Al poco, escriben nuestras madres diciendo lo guapas que estamos.

Giò pone corazones y esto hace que mi prima se ponga tontita.

Nunca la he visto así antes. Con su expareja siempre sentí como si se forzara por ser feliz. Además, saltaba por casi todo. Todo la enfadaba.

A mí me pasó igual y creo que es porque tu instinto te urge a salir corriendo de ahí, pero no lo ves y eso te tiene irascible y triste.

Al llegar a la casa de los chicos, vemos a Giò enseguida y no parece tener buena cara. Nos acercamos a él.

—¿Todo bien? —pregunta Lead a su novio.

—Sí, salvo que ha venido más gente de la esperada. Esto es un puto desmadre.

—Te estás haciendo mayor —lo pica Lead y Giò pone mala cara—. En unos meses haces veintiuno.

—Hasta febrero, nada. —Lead se ríe por las caras de su novio y este le hace cosquillas.

Los dejo solos y voy a buscar a Andrea.

No lo veo, pero a Massimo, sí. Está rodeado de mujeres, aunque sus ojos dorados están fijos en mí, calentando mi piel.

Nos miramos fijamente sin dirigirnos hacia el otro, sin saludarnos. Solo nos observamos, sin saber qué paso dar ahora.

Aparto la mirada cuando una rubia le besa el cuello, sintiendo algo muy parecido a los celos anidarse en mi estómago.

Esto no tiene sentido. Él puede liarse con quien quiera. Me niego a creer que los rumores de que no se lía con nadie sean ciertos. Seguro que solo es un bulo para tener más citas.

Salgo al jardín y veo a Andrea cerca de la mesa de bebidas.

Cuando me ve, sonrío, y más cuando me acerco a él.

—Hola —lo saludo y cojo una bebida.

—Hola. ¿Todo bien? —Veo cómo sonrío y sé que empieza a tener ese puntito, cuando la bebida hace su efecto.

—Genial, pero mejor cuando baile un poco.

Me muevo con la música.

Él no pierde ni uno solo de mis movimientos.

Cuando lo miro a los ojos, veo deseo en ellos.

Yo quisiera sentir algo, pero solo siento amistad.

Suena la canción *Las Babys*, de Aitana. A mi madre le encanta esta canción porque dice que

le recuerda a su infancia, a una canción que era parecida, y este verano la ha puesto una y otra vez en mi casa.

Intentaba animarme bailando con ella, aunque nada lo hacía. Ni siquiera su manera de cantar.

Busco a mi prima, que no está muy lejos, y las dos nos ponemos a bailar la canción con los pasos que nos enseñó mi madre.

Al final se nos junta más gente y bailamos la coreografía.

Giro y veo frente a mí a Massimo, que no deja de observar mi cuerpo.

«Dios, cuando me mira así pierdo el norte».

Bailo sabiendo que me muevo para él, aunque no debería.

Aunque sé que juego con fuego, lo hago y, al acabar la canción, lo miro, pero ya no está.

«Genial. Soy patética».

Busco a Andrea, que me mira divertido.

—¿Confías en mí? —Juego con su camiseta.

—Sabes que sí, aunque tú en mí, no —dice con tristeza.

—Solo quiero saber tu versión de todo antes de que nadie me la cuente.

—No sé...

«Mierda, no está muy bebido».

Decido dejarlo aquí, de momento, y le tiendo otra copa.

Soy lo peor. Lo estoy emborrachando para saber la verdad, pero estoy cansada de que la gente me oculte cosas. Quiero saber la verdad por él y no lo que me digan Massimo o Dante.

Tomo una copa más y él dos.

Acerco mi cabeza a su oído.

—Dime la verdad —le pido y Andrea pone sus manos en mi cintura.

—La verdad tal vez no la entiendas —me dice triste y acaricia mi mejilla.

Veo dolor en sus ojos y sé que, pasara lo que pasara, Andrea no es culpable de nada.

Mira mis labios y sé que tengo que detenerlo.

Camino hacia atrás y, de golpe, estoy alejada de Andrea del todo.

Alguien coge mi mano.

—Tenemos que hablar. Ahora —me dice Massimo, y tira de mí hacia la casa.

«¿Y qué narices quiere este ahora?».

Capítulo 17



Candy

Massimo entra conmigo en su habitación.

Creo que vamos a hablar de algo de sus tatuajes, hasta que se cierne sobre mí, sin encender la luz.

Lo puedo ver gracias a la claridad de la fiesta que se cuelga por su ventana.

—¿De verdad te gusta ese soso?

—Puede ser.

—No es tu estilo. Con él solo te aburrirías.

—Eso no lo sabes.

Acerca su boca a mi cuello.

—Sí, lo sé. Te he sentido derretirte en mis brazos. Sé lo que te gusta. —Tiemblo. Sobre todo cuando besa mi cuello—. Sé que te gusta el sexo duro, el sexo intenso... Los besos ardientes... Sé que él nunca te haría arder.

—Tú no sabes nada.

—¿Tengo que recordarte todo lo que sé de ti? —lo pregunta cerca de mi boca.

Su aliento me acaricia y una parte de mí me recuerda que debo huir, porque esto solo me hará daño, ya que me será imposible olvidarlo.

Otra parte quiere perderse en su boca una vez más.

—Tal vez. He perdido la memoria de lo que pasó...

—Se te da muy mal mentir, *bambina*, pero, una vez más, te recordaré todo lo que buscas para que no te conformes con alguien que nunca estará a la altura de tus deseos.

Y, sin esperar más, me besa mientras la canción *Forever Young*, en versión remix, suena de fondo.

Su boca se amolda a la mía.

Nos besamos sabiendo que este beso estaba destinado a repetirse desde el mismo instante en

que nos separamos.

Su lengua se cuela en mi boca y bebemos el uno del otro.

Nuestras lenguas se enredan mientras mis manos acarician su torso y lo atraigo más a mí.

Siento como invade mi espacio; que siento que dejo de correr, huyendo de esto, de lo que siento cuando me toca. De lo mucho que añoro sentir esto un segundo más.

El beso se nos descontrola.

Tiro de su camiseta y meto mis manos dentro, tocando su piel.

Gimo cuando la noto bajo mis dedos y puedo acariciar su cuerpo.

Las manos de Massimo se cuelan por mi vestido y las lleva a mi trasero, para acercarme más a él.

Noto su dureza en mi estómago.

Abre mis piernas y cuela una de las suyas dentro.

Lo quiero en todas partes. Quiero que nunca deje de besarme, de tocarme...

—Él nunca te dará esto —dice, antes de meter sus dedos en mi sexo, sin previo aviso, solo apartando el tanga lo justo—. Él nunca sabrá darte el placer que ansía tu cuerpo.

Entra y saca sus dedos de mi cuerpo mientras su boca devora cada parte de la mía.

Muerdo su labio.

Hace lo mismo con el mío antes de lamerlo.

Baja su lengua por mi cuello. Muerde y lame mi piel al mismo tiempo que sus dedos entran y salen de mi interior con fuerza.

Noto como mi esencia moja sus dedos.

Tira de mi vestido hasta liberar mis pechos.

Me entra el miedo de que los encuentre pequeños o escasos, por las críticas de mi exnovio. Hacía que me sintiera insegura de una parte de mí, que yo siempre encontré preciosa.

Massimo no dice nada. Solo me alza y lleva su boca hasta mis duros pezones.

Siento su boca succionar mis pezones con gula, perdida en el mar de sensaciones que me provocan sus dedos entrando y saliendo con fuerza.

Se nota que sabe lo que hace.

Siento los pechos pesados y más sensibles que nunca.

Tira de uno de mis duros pezones y lo muerde.

Gimo con fuerza, notando como mi sexo se contrae en torno a sus dedos.

Joder..., estoy temblando por lo que me hace. Por lo que le hace a mi cuerpo.

—Córrete, *bambina*.

Aumenta las embestidas y su boca no da tregua a mis pezones.

Cuando me corro, lo hago con intensidad, sintiendo que mi cuerpo late en torno a sus dedos.

Se alza y me besa con lentitud mientras regreso al mundo de los vivos.

—No te conformes con menos, Candy. Ni con nadie que no esté a tu altura. —Arregla mi ropa—. Andrea no es trigo limpio...

—¿Por lo que tú hiciste? Me dijo que sabías qué pasaba. —Massimo se tensa—. No pienso alejarme de él a menos que me digas la verdad.

—No pienso decirte nada. Es mi mierda y no quiero que salpique a nadie. —Se aparta y siento el frío en mi piel.

Esto no ha sido nada para él.

Solo un juego de poder para demostrarme que mi cuerpo late con fuerza por él.

—Como quieras. ¿Algo más? —pregunto abriendo la puerta.

—Sí, mañana por la tarde te espero aquí. Tengo mucho que enseñarte.

—Si es sexual, puedes ahorrártelo, porque pienso buscar a otro maestro.

—Tú misma, pero no es sexual. Es sobre tatuajes.

Me sonrojo.

—Mejor, estoy deseando hacerte sangrar.

Salgo del cuarto y me dejo caer en la pared para reponerme.

Este hombre me vuelve loca, en más de un sentido. Me besa como si me deseara más que el respirar y luego deja claro que para él solo es un juego.

Es mejor no olvidar que solo soy un intercambio de placeres para alguien a quien le soy indiferente.

Massimo

Estoy ardiendo por ella.

El agua fría que cae sobre mi cuerpo no aleja este calor que me consume.

No dejo de recordarla gimiendo y jadeando por mis atenciones. De recordar sus pechos en mi boca, duros como guijarros.

Joder...

Al final, no puedo evitar llevar mis manos hasta mi polla y tocarme, pensando en Candy. En su cuerpo preso del placer. En su sexo oprimiendo mis dedos. En su boca...

Me vuelve loco su boca, carnosa y jugosa.

Cuando me corro, sé que esto no aliviará lo que siento por ella.

Fue verla con ese capullo en plan mimoso y notar unos celos que nunca había sentido. No soporté la idea de que se dejara llevar por él, sabiendo que su cuerpo arde por mí.

Me he alejado de ella para nada...

Pero esto no volverá a pasar.

Yo me encargaré de ello.

Candy

No puedo dormir, dando vueltas a lo que ha pasado con Massimo y a lo que oculta.

Por eso, nada más levantarme, me pongo a mirar en internet para buscar qué puede ser lo que me oculta.

Pongo el apellido de Andrea y me sale que su padre es dueño de una casa de apuestas muy famosa en Roma.

Vale, puede que Massimo sea adicto al juego, o no...

Sigo tirando del hilo del padre de Andrea y busco cualquier cosa que me llame la atención.

Entonces averiguo que el hermano de Andrea fue perseguido por la policía, porque se creía estaba detrás de unas carreras ilegales. Al final, se demostró que no era cierto, pero no se presentaron cargos porque las pruebas no eran concluyentes.

Pongo «carreras ilegales en Roma» y hay algunos vídeos de ellas, pero ninguno se ve claro del todo. Es como si alguien se encargara de borrar todo de la red.

Pongo lo mismo en Los Ángeles y sale un vídeo de una carrera ilegal de hace poco. En la secuencia no se pueden ver muy bien los que iban en el coche, pero paro un fotograma y, aunque no se aprecia bien, puedo distinguir los tatuajes de Massimo y de Dante.

Al menos la forma de ellos en el cuello de Massimo y en el brazo de Dante.

Además, uno parece más moreno que el otro.

Tiene que ser esto.

El coche no se ve bien, pero es negro, como el de Massimo, y coincide con el modelo.

Vale que tal vez no lo sea, pero si lo enfrento, si le digo que lo sé con total seguridad, sabré la verdad.

Massimo no sabe con quién está jugando.

Hoy descubriré la verdad.

Capítulo 18



Massimo

Candy viene por la tarde a mi cuarto. Llevo todo el día ansioso y nervioso por su llegada.

Cuando entra, trae dos cafés y me tiende uno. Sus ojos verdes con motas doradas me miran desafiantes.

Acepto el café y empiezo a beber sin dejar de mirarla.

Joder, está preciosa. Lleva un pantalón vaquero y una camiseta de media manga azul. Es un atuendo nada ostentoso, pero es mirarla y desear quitarle la ropa como si fuera un regalo, para perderme en su cuerpo.

—¿Así que eres corredor de carreras ilegales? —Se me atraganta el café y, por su gesto, sé que la jodida lo ha hecho aposta—. Andrea no me quiso decir nada.

Se sienta en mi cama y me mira, mientras yo trato de asimilar que lo sabe, pero sigue aquí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Internet. Todo lo que hacemos está en las redes, o casi todo. Busqué, rebusqué... y encontré un vídeo de una carrera de hace poco. Dante iba contigo y, si tenía alguna duda, tu cara me ha confirmado del todo mis sospechas.

Saca el móvil y me lo enseña.

En el vídeo se nos ve llegando a la meta desde lejos. No está claro que seamos nosotros, porque ya me encargué de tapar la matrícula del vehículo antes.

—Puede ser cualquiera.

—Te he tenido cerca, Massimo. Sé que eres tú. Me he pasado toda la mañana entretenida. Así que, si quieres, puedes seguir negándolo o dejar de mentirme.

Me paso la mano por el pelo.

—Eres peor que un puto dolor de muelas.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé, y he investigado a Andrea usando su apellido. Su padre tiene una casa de apuestas en Roma.

—Joder, das miedo cuando te pones en plan detective.

—Por norma general me gusta que la gente me cuente las cosas antes de usar mis técnicas para saber de los demás.

—Me das miedo ahora mismo —le digo, apoyándome en la mesa.

Sonríe.

—Tranquilo, no me gusta juzgar a las personas por su pasado y no te diré que como te pillen irás a la cárcel, porque supongo que no eres tonto y ya lo sabes. Sabes que como sigas por ese camino acabarás con tu atractivo culo entre rejas y no hace falta que te recuerde lo que más de uno hará con alguien tan sexi como tú...

—Así que te parezco sexi.

—¿De todo lo que te he dicho solo te has quedado con eso? —Pone los ojos en blanco—. En serio, Massimo, es peligroso.

—Lo sé, Candy. No hago esto por placer, aunque soy muy bueno corriendo. Hace años dejé de lado que lo de ganar me cegara.

Se lo confieso porque a pesar de todo sigue aquí y en sus ojos no veo horror ni que nada haya cambiado al mirarme. Esta chica es especial. Lo supe nada más verla y por eso me aterraba estar a su lado.

—Entonces, ¿por qué aquí y ahora?

—Problemas. —No le digo nada más y se queda esperando alguna explicación más por mi parte.

No lo hago, porque no me gusta compartir lo que me pasa con nadie. No me gusta contar lo que me preocupa. Nunca lo he hecho. Siempre he estado solo. Me callé todo lo que me atormentaba mientras mi madre destrozaba mi infancia simplemente porque mi padre, a pesar de mí, no vino a buscarla.

En el caso de Giò, su madre se quedó embarazada por un error, pero mi madre engañó a mi padre para tenerme y que así se quedara con ella. Sabía lo mucho que quería un heredero.

Nunca le importó tener un hijo.

Solo lo quería a él... o a su fortuna.

Me lo dijo hace años para hacerme daño. Ella es así. Una madre ejemplar...

—Puedes contarme lo que quieras. No voy a salir corriendo a menos que seas un mafioso y tengas cadáveres bajo la cama —bromea.

—No tengo..., de momento. —Pone los ojos en blanco—. Has venido aquí para practicar y no para hablar de mí.

—¿Vas a volver a correr?

Veo el miedo en sus ojos y me giro para coger las cosas de los tatuajes.

Odio que la gente se preocupe por mí. No sé cómo lidiar con esos sentimientos. Me recuerda a

mi abuela esperándome tras una fiesta.

Ella me quería, pero también a su hija, y se volcó en ella para que no se descarriara más.

—Espero que no.

El problema es que mi madre no tardará en recordarme que mi vida es una mierda por su culpa.

—Massimo..., si pasa, ¿me lo contarás?

—No creo. No somos nada. Solo te quiero para que me tatúes.

—Idiota —me dice enfadada.

Me giro y veo dolor en sus ojos.

—No pierdas tu tiempo con alguien como yo. Búscate un buen chico al que atormentar.

—Tonto, tú no me gustas —indica sonrojada, delatando sus palabras—, pero me importas... un poco.

—Me iré, Candy, sin mirar atrás. No dejes que mi partida te haga daño.

—No lo hará. No me importas tanto. —Sonrío porque, una vez más, su sonrojo la delata—. Bueno, intuyo que no sabré nada más, por lo que enséñame a tatuar. Tengo ganas de clavarte un par de agujas.

—Hacer daño a un ser humano no te debería alegrar tanto —la pico.

—Si es a ti, sí, porque me dejas a medias siempre de todo —dice, y sé que no es solo por no contarle nada.

—¿Acaso imaginé cómo te corriste con fuerza la otra noche en mis dedos?

Su sonrojo aumenta.

—No soy una mujer de las que se conforman solo con unos dedos. Me gusta sentir algo más duro y largo entre mis piernas.

«Joder, me acaba de matar».

—Pues te regalaré un consolador la próxima vez...

—No habrá próxima vez. No me atraes tanto.

Se me acerca y mira lo que tengo entre las manos.

—Lo hacía para que lo usaras sola. Yo solo te tocaré para hacerte el tatuaje.

—Ni que soñara contigo. Eres un creído.

Mira los dibujos y ve uno de un unicornio con unas palabras en italiano.

Lo lee:

—*Non smettere mai di credere, non smettere mai di sognare.*¹ Me encanta. ¿Cómo sabías que algo así me gustaría?

—Intuición.

—Me encanta tu letra. ¿No te molesta que lleve tu letra sobre mi piel y que cuando te vayas al país del que nunca volverás te recuerde cada vez que lo mire?

Voy hacia su oído.

—Bueno, otros que te follen también sabrán que antes de sus manos en tu piel y su boca en

tus pechos estuve yo. ¿Eso tampoco te importa?

Tiembla de placer y yo de rabia por imaginar a otros besando su cuerpo.

—No me importa. Seguro que con poco lo hacen mejor que tú.

Me aparta y coge la aguja.

Tomo aire.

O me controlo o, en vez de enseñarle a tatuar, le enseñaré los miles de maneras en las que la imagino dándole placer.

—Esta es la piel sintética. Vamos a practicar.

—Perfecto. He estado viendo tutoriales. Algo más sé.

—A practicar, entonces.

No sentamos juntos, pongo un calco del dibujo y le indico cómo tiene que ir cogiendo la tinta.

Lo hace muy bien, la verdad.

Sabía que ella lo haría genial.

Cuando ve cómo le ha quedado, me mira con una amplia sonrisa en la cara.

No la beso... y no sé bien por qué.

Solo pienso en morder su boca y hacerla gemir con mis manos.

—Sigue, que vas bien.

—Vale. —Continúa probando sombreados, que no le salen bien a la primera—. ¿Por qué no te gusta que te tatúe todo el mundo?

—Me gusta decidir a quién le permito hacerme daño —respondo.

Alza una ceja.

—Eso no se elige.

—Es mi cuerpo y yo decido.

—Entonces, ¿eres de los que en la cama llevan el control siempre?

—Por supuesto.

—De vez en cuando sienta bien dejar que te jodan... —Sonríe y la imagino sobre mí, llevando el control.

«Joder, esto va a salir fatal».

Me levanto.

—Voy a por algo de comer. Sigue practicando.

Salgo del cuarto agitado.

Bajo a la cocina nervioso.

Esta mujer me altera y, a pesar de todo, la tengo en mi habitación enseñándole a hacer tatuajes.

Creo que soy masoquista.

Por eso sigo salvándole el culo a una mujer que nunca me ha querido y teniendo a quien más deseo en mi cuarto, a pesar de que no quiero volver a cruzar la línea con Candy.

Soy un idiota.

—¿Y esa cara? —me pregunta Giò, que está preparando algo para merendar.

—No sé de qué hablas.

—Vamos, Massimo, puedes confiar en mí —me señala y no es la primera vez que lo hace.

—Gracias.

No le digo nada, porque a la hora de la verdad estamos solos. No necesito un hermano que me salve el culo o que me haga creer que tengo algo que solo es efímero y se irá con la misma fuerza con la que llegó.

Preparo algo para merendar y cuando subo al cuarto, Dante está tirado en mi cama, sin camiseta.

Candy le escribe algo en el pecho.

—¿Qué hacéis? —pregunto, algo molesto porque el primer tatuaje de ella sea sobre la piel de Dante.

—¿Hace falta que te lo explique, hermanito? —dice este, solo para joder.

—Dante ha insistido. Dice que lo feo y horrible le gusta.

—Siempre puedo pagar para que me lo quiten. Tú sigue pintando.

Candy está nerviosa, pero decidida.

La veo perfilar las letras en el pecho de Dante, donde ya tiene varios tatuajes.

Le doy indicaciones cuando duda y veo lo que pone.

—Nadie más creído que tú —lo pico.

Sonríe y lo mira para ver si miento.

—*Veni, vidi, vici*² —me dice—. No sabes leer.

—No podía ser otro, pero no siempre se vence. Lo digo por si no lo sabes.

—Lo sé, y por eso quiero recordar estas palabras.

Candy repasa las letras.

Le ha quedado muy chulo.

No es su letra, sino la de Dante. Lo sé porque este tiene una más alargada que la de Candy. La de ella es más redondeada y fantasiosa.

Al acabar, le tiendo una crema para el tatuaje y el plástico para que lo tape.

Lo hace y me mira feliz por su primera obra de arte, que no estará nunca sobre mi piel.

Dante sale de la cama y me mira como si supiera lo que me jode que me haya quitado este privilegio.

Tal vez ni lo sepa. Tal vez solo ha visto a Candy y, al verla practicar, se ha ofrecido, porque a mí no me debería importar tanto esto...

—Estoy lista...

—No vayas tan rápido. Mejor seguir practicando, que lo mismo Dante quiere que sigas mutilando su piel.

Se ríe.

—Seguro. Es masoca por naturaleza. Me recuerda a ti, a veces.

La miro y sé que a mí también.

En los ojos de Dante veo soledad, aunque lo ha tenido todo.

—No me insultes. —Se ríe y le tiendo la merienda—. A comer, y luego seguiremos practicando.

—Como ordene —dice con voz de hombre.

No sonrío, pero poco me falta.

Al terminar la merienda, le indico que practique un poco más.

Se nota el arte en cada uno de sus trazados.

Es tarde cuando me ofrezco a llevarla a su residencia en mi coche.

—Si vuelves a correr..., ¿me lo puedes decir?

—No.

—¿Por qué?

—Porque te quiero lejos de allí.

—Puedo decidir solita la clase de peligros que quiero experimentar.

—Yo no digo lo contrario, solo que no te quiero allí.

—Pues buscaré otras formas de enterarme.

Abre la puerta, pero la detengo cogiéndola del brazo.

—¿Qué quieres?

—Andrea no es lo que parece...

—Todos merecemos el beneficio de la duda por los errores de nuestros familiares. ¿No crees? Tu padre era un desgraciado y no espero que tú lo seas. —Se aparta de mi agarre—. Buenas noches, Massimo.

Sale del automóvil y la miro ir hacia su cuarto.

No me gusta que esté cerca de Andrea, pero tal vez él no sea como ellos...

Lo malo es esta desazón en el pecho que me dice que Andrea no es trigo limpio, y Dante también lo siente.

Habrà que vigilarlo de cerca y parece que tendré que estar cerca de Candy más de lo que querría, para protegerla, claro.

Capítulo 19



Candy

—Quiero saber eso tan importante que tienes que decirme —me suelta Andrea a la hora del descanso, tras coger un par de cafés en la cafetería y sentarnos bajo un árbol.

—Sé que tu padre tiene una casa de apuestas en Roma y que Massimo ha participado en carreras ilegales varias veces. Si ato cabos, tu padre es quien está detrás de esas carreras, aunque tu hermano presentó pruebas que no lo relacionaban con ellas. Me he dado cuenta del resquemor que siente Massimo hacia ti y entiendo que es por eso. Así que lo sé todo.

Su mirada es de sorpresa y, una vez más, alguien confirma mis pesquisas, por si tenía dudas, sin abrir la boca.

—Es posible —afirma tenso y veo la verdad en sus ojos. He dado en el clavo—. Yo odio todo eso y, cuando me vine aquí, esperaba huir de ello. Estoy trabajando por las tardes para no tener que regresar a Roma. Yo no organicé la carrera que hizo Massimo, pero mi padre me dijo con quién tenía que contactar. Le indiqué que haría una y no más. —Parece agobiado.

Cojo sus manos.

—No voy a juzgarte por lo que haga mal tu padre o no... Es su problema. Yo quiero conocerte a ti.

Gira nuestras manos y me acaricia.

Sonrío y las aparto con disimulo.

No dice nada y lo agradezco. No me atrae de esa forma, aunque como amigo lo quiero en mi vida.

Él no tiene la culpa de los errores de su padre.

En todo caso, en esta situación Massimo es peor, porque él corre de manera ilegal, aunque debe de haber un motivo. Me toca descubrirlo.

* * *

Al llegar a la cafetería, veo a Massimo de espaldas, detrás de la barra.

Noto como mi respiración se acelera y que, al andar, es como si el suelo ahora fuera de algodón, porque parece que estoy flotando.

«¿Por qué esto no puede pasarme con otra persona más accesible?».

He intentado dominar algo incontrolable que, cuando entra en ti, somete tus emociones hasta que aceptas que no tienes nada que hacer contra tus sentimientos.

Al acercarme, se gira y clava sus ojos dorados en mí.

Su mirada su suaviza un poco al ver que soy yo.

—Hola, qué pronto has llegado.

—Necesito dinero. No me queda otra.

—Claro.

Me marcho para cambiarme y al entrar me encuentro con Dante.

Voy hacia él y miro cómo va el tatuaje.

—¿Te duele?

—A rabiar —me pica—. Que no, tonta, que está todo bien. Tú sigue practicando, que quiero más.

—Estás tan loco como Massimo.

—No sabes cómo me jode tener algo en común con ellos...

—Durante dos años deberás llevarte bien con ellos.

—Por eso me estoy matando a trabajar, para que cada uno siga con su vida.

Remueve mi pelo y me aparto.

Son un atajo de cabezotas los tres.

Me dirijo hacia la zona donde me cambio y dejo mis cosas antes de ponerme el uniforme.

—Hola —me saluda Inés, cuando llega a mi lado—. Estoy agotada. No sé si podré hoy con el trabajo.

Tiene mala cara.

Le toco la frente, como mi madre ha hecho cientos de veces.

—Estás caliente, Inés. Deberías irte a casa.

Se toca la frente y asiente.

—Pensaba que era agotamiento, pero, ahora que lo dices, debí pensar que se trataba de eso. Me pasa por ir de un lado a otro como pollo sin cabeza.

Sonrío.

—Cuídate y nos vemos pronto.

—Sí, y a ver si hacemos algo especial, que me muero de ganas de salir de fiesta.

—Eso está hecho.

Salgo ya cambiada cuando Inés se ha ido y le cuento a Cruz, que acaba de llegar, que seremos uno menos.

Pone mala cara, pero asiente.

Sé la razón por la que ha hecho ese gesto, porque pronto esto estará lleno de gente y toda ayuda es necesaria.

—Ponte en la barra a preparar cafés —me dice Cruz—, con Massimo y Dante en la caja registradora. Yo voy a ir recogiendo las mesas. —Nos hace una seña para que nos preparemos y voy hacia donde está Massimo.

—¿Tienes algo que hacer el domingo? —me pregunta cuando llego a su lado.

—¿Practicar para mutilarte el cuerpo a tatuajes?

Sonríe de medio lado.

—Aparte.

—No, no tengo nada que hacer.

—Perfecto, porque quiero llevarte a un sitio que sé que te gustará.

—¿En plan cita?

Me mira como si le acabara de decir que lo van a matar, sin pillar mi tono de broma.

—No... No... No.

El horror en su mirada me hace daño y mi broma me sale cara.

—Vale, vale... Ya me ha quedado claro que tú nunca tendrás de eso...

—Así que te angustia tener una cita, ¿eh? —dice Dante que, como siempre, mete las narices donde no le llaman.

—No, solo que no me gustan. Mira, mejor que te lleve este, y dejadme un poco en paz.

—Lo siento. Era una broma... No pensé que tener una cita conmigo te horrorizaría tanto.

Me marchó para ayudar a Cruz con las mesas mientras no haya gente.

Vamos a las de fuera y las coloco con tanta fuerza que me mira divertido.

—¿Un mal día?

—Un compañero al que a veces no soporto.

—¿Cuál de los dos Bianchi? Porque los dos están insoportables, y eso que Massimo antes no era así.

—Massimo. ¿Cómo era antes?

—Pues más amigable, accesible..., pero tal vez solo era fachada. Al final, una persona no puede huir eternamente de quien es en realidad.

Asiento, porque tiene razón.

Tal vez Massimo, cuando llegó, pensaba que su vida podría ser diferente a lo vivido en Roma, pero luego se dio cuenta de que era imposible.

—¿Desde cuándo está raro?

—Desde poco antes de acabar el año pasado.

—Ajá.

Saco el móvil y Cruz me mira de forma reprobatoria, pero no dice nada, porque tenemos tiempo hasta que llegue la gente.

Busco en internet hasta que doy con algo sobre las carreras de Massimo.

Está muy oculto, pero ya me sé las palabras claves para ir tirando del hilo. Anoche estuve investigando más.

La última vez que corrió en Roma fue poco antes de acabar el curso, y la anterior a esa, antes de venir aquí.

Miro el espacio tiempo entre las dos fechas y me pregunto si Massimo esperaba que, al estar aquí, todo fuera diferente, pero al volver a Roma, la realidad le hizo estar así.

Tengo que investigar, o no, porque ahora mismo no quiero tenerlo cerca, visto lo mal que se ha tomado mi broma.

Le digo a Cruz que yo me quedo con las mesas y no sé qué ve en mi cara que le parece bien.

Arreglo varias y recojo lo que la gente deja, porque son incapaces de llevar las cosas a la zona de reciclaje.

Una de las veces, al dejar las bandejas, me doy cuenta de que Massimo me mira intensamente.

Lo ignoro y sigo a la mía.

Me duele su reacción, y más porque nos hemos besado dos veces y las dos han sido porque él lo ha empezado.

Al acabar la tarde, estoy cansada y me quedo recogiendo algunas mesas para hacer tiempo y que Massimo se vaya.

Pasado un rato, en el que espero que se haya marchado, entro en el cuarto de empleados.

Entonces lo veo sentado mirándome.

—Pensé que te habías ido.

—Te estaba esperando.

—¡Qué desgracia la mía! —Alza una ceja—. Para que lo sepas, estaba de broma. Siento haber dicho algo tan horrible para que me miraras con tanto desprecio. Ahora, si no te importa, no tengo nada más que hablar contigo.

Paso a mi zona para cambiarme y me sigue.

Se pone tras de mí y noto como mi cuerpo vibra.

—Eres una persona increíble, Candy, pero yo no quiero ni citas ni nada romántico con nadie. No es por ti...

—Para. —Me giro y lo miro. Parece triste—. Eso de no es por ti, es por mí, me lo sé. Solo era una broma, Massimo. Nunca te forzaría a nada conmigo. Si quiero a una persona a mi lado es porque no desea estar en otro lugar que no sea entre mis brazos...

—Eres una cursi. —Sonríe un poco.

—Bueno, eso ya lo sabes, ¿no?

—Sé algo de ti. No todo... Por eso quiero llevarte a ese lugar.

—Como amigos.

—Especiales. No me lío con mis amigas. —Mira mi boca y me derrito.

—Ni lo vas a hacer más, pero ya que insistes, iré.

—Genial. Te acompaño a tu cuarto.

Se queda quieto y, atrevida, me quito la camiseta.

Se tensa y acaba marchándose, pero he visto el deseo nublar sus ojos dorados.

Estoy jugando con fuego, lo sé, pero es que he aceptado que no puedo huir, ni de lo que siento, ni de lo que está predestinado a ser.

Massimo me hace sentir viva, aunque lo nuestro sea una amistad o aunque nunca sea nada.

Al salir, me espera y empezamos a andar en silencio.

—Voy a seguir siendo amiga de Andrea.

—Es tu decisión...

—No es como su familia.

—Eso no lo sabes. —Me mira de reojo.

—Tú tampoco y, por cierto, he estado atando cabos y sé que antes no eras así. Fue a raíz de volver a Roma. ¿Pensabas poder huir de todo eso?

Se detiene y me mira fijamente.

—Nadie puede huir de la mierda que arrastra. Nos vemos mañana. —Empieza a irse.

—¡Pues tú bien que huyes de lo bueno que te da la vida, pedazo de gilipollas! Y, por si no lo pillas, porque eres cortito, soy yo. Que soy una amiga increíble.

No se detiene y me jode que sea así.

Es un pedazo de idiota. Un tonto del culo.

¿Por qué me gusta él y no otro?

Llego a mi habitación enfadada, molesta y, por eso, cuando me llega un mensaje, me enervo todavía más cuando veo que es de Massimo.

Lo leo pensando mil formas de mandarlo a la mierda:

Massimo:

Sé que eres una persona increíble.

Por eso, a veces, no sé cómo ser contigo y termino siendo un gilipollas.

Sonrío y veo que está escribiendo.

Massimo:

Nunca he estado cerca de alguien que lea tan bien en mí...

Y, sí, volver a Roma me cambió, porque había pensado que podía huir de todo.

Pero me di una hostia de realidad.

Candy:

No voy a presionarte para que me cuentes qué te pasó.

Pero, cuando quieras, estaré al otro lado, ¿vale?

Massimo:

Tal vez nunca esté preparado.

Nunca he hablado de lo que siento.

Candy:

Puedo ser muy pesada cuando quiero.
Seguro que te lo vuelvo a sacar un día.

Massimo:

Eso seguro...
No cambies nunca.
Me encanta cómo eres, aunque no lo demuestre.

Candy:

Cuidado, que al final voy a creer que lo del domingo es una
cita.
Es una broma, por si don cortito no lo pilla XP.

Massimo:

Esta la pillé.
Nos vemos mañana.
Buenas noches, *bambina*.

Candy:

Buenas noches, Mass.

No responde y dejo el móvil en la mesa sintiendo mi corazón latir como un loco.
Creo que tengo un problema: Massimo me gusta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Capítulo 20



Massimo

Llego a casa tras el entrenamiento y voy a la cocina para comer algo.

—La verdad es que Candy es una gran trabajadora. —Cruz está hablando con Baal y pongo la oreja.

Hoy no la he visto.

Ayer me asusté.

Joder..., me cagué porque ella vio cosas que yo oculto y me siento desnudo.

Siempre lo supe, y cada vez lo tengo más claro, que Candy es de esas personas que tienen un sexto sentido. Ven todo lo que tú te encargas de ocultar al mundo.

—Si le dices que no haga algo, la muy cabezota lo hace. —Cruz sonrío de una forma que deja claro que Candy le gusta más de lo que cree.

¿Pero qué mierda es esta?

—Pues invítala a dar un paseo o algo...

—¿Para qué? —Cruz se pone nervioso—. No digas tonterías. Solo es una compañera.

Bueno, de momento parece que no quiere reconocer lo que siente.

Mejor, porque no sé cómo lidiar con esto.

No me gusta la idea de que Candy pueda interesarse por Cruz. Es un gran tipo, no como Andrea, y sé que tarde o temprano ella verá la verdad.

A mí no me engaña, pero Cruz es perfecto.

Se dan cuenta de mi presencia y me saludan.

Hablamos del próximo partido y Cruz me recuerda que mañana tengo que ir temprano a trabajar.

—Allí estaré.

Los veo irse y me pregunto si intentará algo con Candy o se acercará a ella atraído por lo que siente.

La idea de verlos juntos no me gusta. Me asfixia, pero tarde o temprano esto pasará. Candy es una persona increíble y cada vez brilla más. Es cuestión de tiempo que esto pase y que alguien atesore el gran regalo que es tener a su lado a alguien como ella.

* * *

Llego a trabajar temprano, tanto, que esperaba estar un rato a solas con Cruz, pero no ha podido ser. Candy ya ha llegado y Cruz le está explicando algo de una nueva caja registradora donde la gente deja el dinero y no tienes que tocar las monedas.

Candy sonrío a algo que él le dice y me parece ver a Cruz sonrojado. Con lo grande que es, queda raro, pero así es.

Joder, no me gusta ni un pelo verlos juntos.

—Hola —los saludo y voy a cambiarme.

Al llegar, veo a Dante sentado mirando el móvil.

Es algo raro en él, ya que nunca le suele hacer caso.

—¿Crees que a Cruz le gusta Candy? —pregunto, y no sé bien por qué.

Alza sus ojos violetas hacia mí y guarda el móvil en sus vaqueros.

—¿Te molesta?

—Mejor no respondas. No me importa lo que pienses.

—Ya, claro, pero no me he fijado. Ahora que lo dices, lo haré. Es un buen tío y ella sería feliz con él. Lo mismo hago de celestino con ellos...

—Cómo no.

—A menos que me pidas lo contrario —me pica mientras me cambio.

—Haz lo que te dé la gana.

—Eso haré. Como siempre.

Se marcha y sé que ha sido mala idea decirle nada.

Dante es un capullo y no sabes por dónde va a salir.

Cuando voy a trabajar, las cosas no mejoran, porque Andrea está en una mesa con Candy.

—Ese tipo tiene algo que no me gusta —comenta Cruz cuando me acerco a él.

—Lo mismo pienso yo —respondo.

—Ella ya es mayorcita para saber qué quiere en su vida —indica Dante y asiento— y, ahora, a trabajar.

Dante se acerca a Candy y esta le hace señas con la cabeza para que se pire.

Él no le hace ni puñetero caso y se coloca no muy lejos de ella, haciendo que Candy bufe.

—¿Pasa algo? —pregunta Andrea, alzando la cabeza de lo que le está enseñando.

—No, nada. Todo está bien —responde, fulminando con la mirada a Dante, que sonrío.

Andrea lo mira, pero sigue a lo suyo.

Cuando Dante se acerca a la barra, viene hacia donde estoy limpiando la máquina de café.

—Tiene los nudillos raspados —murmura Dante y sé que habla de Andrea—. Se ha peleado con alguien. Con lo modosito que parece con ella, no me cuadra mucho.

—No, la verdad.

Candy se ríe por algo que dice Andrea y miro a Cruz, que observa tenso la escena.

—De los dos, es el menos malo, ya que tú no tienes huevos para admitir lo mucho que te gusta —murmura Dante.

—¡Que te den!

—Candy... —la llama Cruz y esta recuerda que está trabajando, mientras queda con Andrea para luego.

¿Cómo? ¡Y una mierda! No quiero que se vaya con ese a ninguna parte. A saber qué esconde. Lo de los nudillos raspados me tiene mosqueado. Va de que no es como su hermano y su padre, pero, entonces, ¿por qué se ha peleado? Aquí nadie lo conoce.

Andrea se queda toda la tarde pintando en su tableta.

—Deberías cobrar el doble a los que solo se toman un café y ocupan una mesa —le indico a Cruz.

—Lo he hablado con el jefe y quiere hacer algo.

—¿Algo de qué? —pregunta Candy.

—Con la gente que se toma un café y ocupa una mesa toda la tarde —le explico, y Candy mira a Andrea.

—¿Os molesta que esté ahí?

—Sí —respondo sin ambages.

—¿De verdad? —suelta Candy molesta—. Soy mayorcita para saber lo que hago con mi vida, Mass.

—Vale, pues demuéstalo. Cine y palomitas.

—¿Y qué tiene que ver eso con las elecciones?

—Nada, pero no quiero ir solo al cine.

—Esta noche he quedado y no pienso cambiar de opinión solo porque no te fíes de mis decisiones.

Trata de irse, pero la agarro de la mano y siento una fuerte descarga, que siempre está ahí cuando la toco.

Acerco mi boca a su oído y su perfume dulce me hace desear morderla de nuevo, para perderme en ella.

Me contengo.

—Pregunta a don perfecto por qué se ha metido en una pelea, y, si no me crees, mira sus nudillos pelados. Por mucho maquillaje que se haya puesto, se nota.

Candy se separa con lentitud y su boca queda cerca de la mía.

Deseo morderla. Atraerla hacia mí. Hacer que se olvide de todos y cada uno de los hombres de este planeta, pero no hago nada, porque lo que siento por ella me asusta.

—Lo haré.

Se separa y se marcha a trabajar.

Yo hago lo mismo, ignorando cómo sonrío a Andrea cada vez que pasa por su lado.

Al acabar es peor, porque los veo irse juntos, sabiendo que a él le gusta y que se muere por besarla.

—Odio estar a tu lado y eso..., pero, por una vez, puedo hacer la excepción y aceptar ese cine con palomitas. —Dante me mira como si acabara de beber vinagre.

Sé que decirme eso le ha costado. Él siempre parece odiar a la gente y yo, últimamente, también.

Pienso en ir al cine y distraerme.

Joder..., me apetece, pero no quiero hacer de hermano de nadie.

No sé hacerlo.

Por eso, le digo que no y recojo mis cosas antes de marcharme, sintiendo que los celos me matan al imaginarla con él.

Lo peor ocurre cuando llego a mi habitación y empiezo a recibir vídeos de la universidad, en los que salgo.

Parece que alguien ha decidido volver a centrar su atención en nosotros.

En ellos se lanza la pregunta de si Candy elegirá a uno de los Bianchi.

Examino algunos y nos veo juntos. Me detengo en el que salgo cuando le advertí de Andrea y Candy se muerde el labio. Observo que sus pupilas se dilatan y aprecio que me desea.

El deseo está ahí.

Entre los dos, queramos o no.

Me llega otro vídeo donde parece que Andrea y ella se están besando.

Lo miro una y otra vez y siento como si alguien me arrancara una parte del corazón.

¡Joder!

Capítulo 21



Candy

El que dijo que la vida de adulta era fácil, se equivocaba.

La vida de adulta no para de complicarse hasta que te asfixia. Con lo feliz que era yo hace unos años con mis problemas de qué elegir para ir a clase y, ahora, tengo que responder a la pregunta de Andrea sin herirlo ni perderlo como amigo.

Ayer, cuando salimos de la cafetería, Andrea me enseñó lo que estaba haciendo.

Era un dibujo muy bueno de mí.

Le dije que estaba genial y seguimos andando hasta mi habitación.

La idea era que subiera para cenar, pero vi algo en el retrato que me hizo darme cuenta de que, si no ponía distancia entre los dos, él sufriría.

Yo no siento nada al mirarlo. Solo amistad, porque no me hace arder, como Massimo, con una única caricia.

Al llegar, le dije que si lo podíamos dejar para otro día, porque me dolía un poco la regla. Cosas de mujeres, dije, y mentí como una bellaca.

Uso la regla para salir de más de un lío, lo admito. Soy así.

Aceptó con un triste vale y cogí su mano. Acaricié sus nudillos y le pregunté por la pelea.

—Un capullo que no me dejaba en paz en clase. —No dijo más y eso me mosqueó.

Luego alzó esa misma mano y me acaricio la mejilla.

Me quedé bloqueada. Igual que cuando se me acercó y me besó.

No hice nada, pero vi como nuestra amistad se iba a la mierda, a pesar de mi falsa excusa.

—Me gustas mucho —me confesó y... ¡a la porra todo!

Lo miré triste, porque no me gusta romper corazones, ya que sé lo que duele.

—Yo...

—No digas nada. Hoy, no. Buenas noches, Candy.

Se fue y lo miré, sintiéndome una persona horrible por tener que romperle el corazón tarde o

temprano.

Ya sabía la respuesta ayer, pero desconocía cómo decirle que no me interesa de ese modo, pero sí me gustaría seguir como amigos... Es algo imposible mientras él sienta cosas por mí.

Por lo que casi no he dormido en toda la noche y, aunque no me gusta, no voy a clase.

Decido quedarme en mi habitación, pintando sin ganas.

Al mediodía, llamo a Lead y le digo que tengo un problema.

—Cojo algo de comer y voy.

Mi prima no tarda mucho en llegar.

Ponemos la comida en la mesa y espera paciente a que hable.

—Ayer me besó Andrea...

—Lo sé, y media universidad.

Busca en el móvil algo y aparece un vídeo donde sale Andrea besándome.

—Vaya, ahora soy yo el blanco de los vídeos.

—Porque la gente está apostando si te liarás o no con Massimo. —Pone otro vídeo donde sale Massimo hablándome al oído.

Se puede ver como se me eriza la piel y que tiemblo de deseo por él.

—Joder, es una mierda que todo lo que hagas pueda ser grabado y subido a redes.

—Lo es. —Mi prima lo sabe mejor que nadie—. Sé que Andrea no te gusta, pero también sé que Massimo sí te gusta, y mucho.

—Sí, me gusta mucho, y es una mierda, porque sé que solo lo atraigo. Nada más.

—Bueno, con los Bianchi nunca se sabe. Creo que Massimo ha sufrido más de lo que nos cuenta y que algo pasó el año pasado que lo cambió, porque antes era más risueño. Más cariñoso y, de golpe, nada.

—Yo lo sé. Lo encontré en redes, pero no te lo quiero contar, porque sentirás la necesidad de compartirlo con Giò. Si Massimo no se lo ha contado, es mejor dejar que ellos encuentren la forma de ser una familia.

—Entiendo. Algunas cosas hay que dejar que se ajusten solas. —Asiento—. ¿Querías hablar conmigo de esto?

—Sí, y de cómo decirle a Andrea que no siento lo mismo sin perderlo como amigo.

—Lo vas a perder como amigo. Al menos, mientras sienta algo por ti.

—Pues vaya mierda.

—Sí, y digas lo que digas, le va a doler.

—Y yo que pensaba que tenías unas palabras mágicas o algo.

Se ríe.

—No, pero sé que no quieres hacerle daño. No puedes amar a quien te ama, Candy. Ni privarte de conocer a nadie por si esa persona siente algo diferente a ti. En los sentimientos no se manda.

—Lo sé. —Sigo comiendo—. No podré evitar sentirme mala persona.

—No, no podrás, pero yo sé que no lo eres.

Comemos juntas y, al acabar, vemos una película antes de irnos a entrenar.

Como es habitual en mi prima, me mete mucha caña y al acabar el entrenamiento, me tiro agotada al suelo, sin poder moverme. Me duele hasta el pelo.

—Arriba, Candy —me dice Tris divertida y me tiende una mano.

La cojo.

—Mi prima es una fiera.

—Lo es. Me encanta como entrenadora, y más saber que, cuando nos graduemos, ella se quedará aquí.

Veo tristeza en los ojos de Tris, porque este año se gradúan ella y su novia.

—Bueno, aún queda mucho para eso —digo dándole un abrazo.

—Sí, mejor no pensar en todo lo que dejamos atrás, y que empiece la vida de verdad.

Debe de asustar pensar en dónde trabajar. En si conseguirás trabajo de lo que te gusta, y en dónde vivirás. En si debes volver a casa...

Yo acabo de llegar y solo de pensarlo me angustio, por lo que entiendo lo que ella debe de estar pasando. Son muchas preguntas que no se resuelven cuando acabas la carrera.

Al contrario, empiezan otras y la vida a veces tira de ti y no te deja pararte a pensar si ese camino era el que deseabas.

* * *

Llego a mi pabellón y veo a Massimo en la puerta apoyado en la pared.

Algunas chicas lo miran y tratan de llamar su atención, pero sus ojos dorados están fijos en mí.

Noto como el corazón se me acelera y que los nervios se acentúan en mi estómago.

Tiene el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

Lo imagino bajo el chorro de agua caliente desnudo y noto como el calor aumenta en mi cuerpo.

«No vayas por ahí...».

—Hola —le digo cuando lo tengo cerca.

—Hola. —Me mira y parece que no sabe qué más añadir—. Ayer no viniste a clase. ¿Estás bien?

—Necesitaba un día de descanso —le indico sorprendida de que se diera cuenta.

—Vale, seré directo —me dice—. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, pero ya has pasado por una historia horrible donde te han destrozado. Andrea no es lo que parece y no quiero que te hagan daño, si puedo evitarlo.

Parece sincero.

—Sé tomar mis propias decisiones y, aunque Andrea me cae bien, no me gusta de ese modo

—respondo, dando por hecho que ha visto el vídeo.

Noto como se relaja.

—Te mereces a alguien que te haga feliz.

Veo tristeza en su mirada y sé que no habla de él, a pesar de lo mucho que nos atraemos.

—Sí, ya llegará. Ahora me toca hablar con Andrea y decirle que no siento lo mismo. Espero que no le duela.

—Lo hará, porque se está perdiendo una mujer como tú. —Sus palabras hacen aletear cientos de mariposas en mi estómago—. Nos vemos luego.

Lo veo irse y no tarda en acercársele una chica rubia preciosa que trata de llamar su atención.

Massimo pasa de todas.

Cuesta imaginar que, hace no mucho, era completamente diferente. Me pregunto quién es en realidad, si el que sonríe o el que tiene miedo a mostrar su felicidad.

Ansío descubrirlo, porque no puedo evitar querer saberlo todo de él.

* * *

Encuentro a Andrea tomando algo en un banco.

Me siento a su lado.

En clase nos hemos visto, pero se ha sentado muy lejos de mí.

No sé cómo empezar la conversación. No sé qué decir para mitigar el dolor y no sentirme como una persona horrible.

El amor es una mierda y un lastre cuando no es correspondido.

—Yo...

—No soy tonto para no saber que me has estado evitando, porque no sientes lo mismo y no sabes cómo decirlo. Vi tu vídeo con Massimo.

—No quiero perderte como amigo.

Sonríe de una forma que no me gusta. Es solo un segundo y, cuando se gira, tiene una mirada más dulce.

Me pregunto si lo he soñado.

—Massimo solo te hará daño, Candy. Él no es como piensas. Él es..., déjalo.

—Sí, mejor. Si sé algo más de Massimo, quiero que sea por él.

Se ríe sin emoción.

—¿De verdad crees que te va a contar todo lo que dejó atrás? Te creía más lista. —Se levanta y se pasa la mano por el pelo—. Yo que tú, tendría cuidado, porque Massimo es un desgraciado que en Roma conducía coches de forma ilegal para ganar mucho dinero.

—Hasta ahí ya he llegado solita —digo molesta.

—¿Qué crees que mueve ese mundo ilegal, Candy? No solo son carreras. Son drogas, peleas y nada bueno. Y sí, mi padre y mi hermano están detrás de toda esa mierda, la mayor parte de las

veces, pero yo no. Sin embargo, me rechazas por ese... que se ha visto metido en más de una pelea.

—Gracias por dejar que él me lo contara —suelto con ironía.

—Es para que dejes de creer que eres la salvadora de todos los capullos y, por una vez, busques a alguien que merezca tus sentimientos. —Lo miro herida—. La vida no es una puta novela romántica.

—¿Te crees que no lo sé? Sé que lo que leo en las novelas es ficción. No vayas ahora de listo conmigo, porque no soy tonta.

—Por si acaso. —Nos miramos. Ambos estamos tristes por todo esto—. Es mejor que me marche... Ya nos veremos.

Lo veo alejarse, herida por su reacción.

Tengo derecho a que no me guste y tenía derecho a saber todo lo referente a Massimo por él.

Sé que las carreras ilegales no mueven cosas buenas.

No soy tonta para creer lo contrario, pero quería que Massimo me hablara de ello, y no enterarme por un idiota cabreado con el mundo porque no siento lo mismo que él. Además, lo que le jode es que sienta atracción por otra persona.

Tomo aire y regreso a clase, deseando que desaparezca esta sensación de que soy una persona horrible por haberle hecho daño.

Capítulo 22



Massimo

—Tienes una cara horrible —dice Dante a alguien. Sabiendo de su escaso círculo social, seguro que será a Candy, que acaba de llegar al trabajo.

Yo estoy en los vestuarios, poniéndome la camiseta negra.

—No pienso darte las gracias por decir algo que ya sé...

—¿Y por peli con palomitas? Puedo hacer el esfuerzo de verla, si es lo que necesitas...

«¿Pero qué narices hace este?».

—¿Por qué lo dices como si ir al cine fuera el infierno?

—¿Aceptas?

—Vale, pero practica tus dotes de amigo que desea estar ahí.

—Yo no tengo de eso.

Candy abre la puerta y me ve.

Tiene una cara horrible y, cuando me mira, siento como sus ojos verdes llamean.

Joder..., es mirarme así y olvidar las razones por las que no le como la boca.

—¿Ha pasado algo? —pregunto antes de salir, cuando ella se va a su lado.

—Solo que me siento una mala persona por decirle a Andrea que no me gusta.

—Bueno, eso te pasará muchas veces. No puedes controlar lo que sientes.

—Ya... Me contó cosas de ti. —Me quedo sin aire—. Todos tenemos un pasado. No quería saberlo por él.

—Bueno, ya sabes la clase de mierda que soy...

—No, no lo sé. Solo sé lo que me contó una persona enfadada porque no le dije lo que quería. Yo creo en lo que sé de ti...

—Seguro que todo lo que te dijo es cierto, Candy. Deja de buscar un lado bueno en mí. No existe.

—Ya, bueno, yo haré lo que me dé la gana. —Sale ya cambiada, con su camiseta rosa—.

Quiero saber toda la historia y me la contarás tú mismo.

—Vas lista si crees que haré algo así.

—Soy muy insistente cuando quiero. —Se me acerca y noto como su cercanía acelera mis latidos—. Creo que toda historia tiene siempre dos versiones e, igual que con Andrea quise saber quién era por mí misma, contigo haré lo mismo.

—Pierdes tu tiempo.

—Eso ya lo decidiré yo.

Se marcha y, por un segundo, me pregunto si es posible que ella vea algo bueno en mí que merezca la pena. Luego lo descarto y me recuerdo por qué huyo de todo lo que ella representa: porque te hace creer que gente como yo, que ha nacido sin derecho a nada, puede ser amado.

* * *

No para de entrar gente y he perdido la cuenta de los números de teléfono que me han dejado. Los guardo todos por no parecer un capullo, pero la sola idea de acostarme con alguien que no sea Candy me asquea.

Llevo tiempo sin tener sexo, pero desde que ella llegó a mi vida y la besé... Cometí el gran error de probar su boca y ya no me imagino con otra en mi cama.

Odio eso.

Odio levantarme tras una noche agitada, ansiando perderme en su cuerpo, y que cada vez que la mire no pueda controlar mis ganas de morderle la boca.

La busco en la cafetería y veo que está hablando con Inés mientras recogen una mesa.

Inés trata de animarla y, al final, Candy se ríe por algo que le cuenta.

Luego mira a su alrededor sonrojada, temiendo que alguien las esté escuchando.

—Apuesto lo que quieras a que Inés le ha recomendado a Candy echar un buen polvo —dice Dante a mi lado.

—Seguro.

—Pues ya sabes, si no lo haces tú, lo hará otro.

—Tú qué sabrás...

—Yo qué sabré —replica y se marcha.

Cruz se acerca a ellas y ayuda a Candy con las cosas que lleva encima.

Pienso en las palabras de Dante y el cabrón tiene razón: si no hago nada, pronto otro estará con ella, y será lo mejor para que me la saque de la cabeza. Así seguiré con mi vida tranquilo, sin mujeres unicornio.

* * *

Esta semana me ha costado concentrarme en todo. Estoy distraído.

Ahora estoy en mi coche, esperando a Candy para ir a Venice. Es una zona de Los Ángeles donde hay algo que sé que le va a gustar mucho.

Uno de mi clase habló de ello y pensé en llevarla.

—Hola, ¿llego tarde? —Candy entra en el coche con su sonrisa habitual y ese aire de alegría y color que arrasa con todo.

La miro y, como siempre, está jodidamente preciosa. Con el pelo semirrecogido, unos pantalones cortos y una camiseta. Sus pantalones cortos me vuelven loco, porque le hacen un culo respingón muy atractivo.

—No, todo está bien.

«¡Y una mierda está bien! Cada vez que aspiro su perfume dulzón quiero darle un bocado y llevarla a mi cuarto para hacerle de todo. En qué jodido momento se me ocurrió que esto sería una buena idea».

Llegamos y aparco el coche. Saco mi mochila antes de cerrar la puerta.

En cuanto andamos por el paseo marítimo, Candy se va a mirar cientos de puestecitos. Se prueba varias gafas, a cuál más ridícula.

—¿Te gustan?

—Para un circo son ideales.

Su risa se cuele en mis oídos.

—Tonto.

Caminamos entre las palmeras, donde hay un hombre tocando el piano.

Candy se mueve al son de la música antes de dejarle unas cuantas monedas en un cubo.

No puedo dejar de mirarla y de sentirme atrapado por ella. Por su luz, por la vida que irradia por sus poros y que te hace creer que la vida puede ser bonita.

Cuando me mira, sus ojos verdes brillan con intensidad. Coge mi mano y va corriendo hacia otra parte de este lugar atestado de gente.

Candy va de un lado a otro ilusionada.

—¿No has estado por aquí?

—Vine cerca —señala la zona de la playa—, pero no estuve por esta zona. Me quedé pintando, como ya lo sabes.

—Lo sé.

Nos miramos y hay mucha intensidad entre los dos.

Pasa un joven y la empuja.

La cojo y la atraigo hacia mí para protegerla.

Se queda muy cerca.

Mi cuerpo reacciona a ella y la recuerdo gimiendo entre mis brazos. Ardiendo por mí.

Alza la cabeza y mira mi boca. Se relame...

—Vamos. —Me aparto de ella como si quemara y tal vez sea así, porque a su lado ardo.

Andamos hacia la zona de la playa donde la gente hace grafitis y, como ya sabía, le encanta

perderse en ellos. Trata de entender lo que quiso hacer el artista.

Mientras hace fotos y busca el alma de esta obra callejera, yo saco los botes. Preparo todo para que pinte y deje su esencia, aunque muchos de los dibujos luego son borrados por otros.

Es un arte efímero, pero tal vez por eso es tan bonito, porque va cambiando con el paso de los días y de los artistas que pasan por aquí.

Candy se me acerca y se hace una coleta con una goma que lleva en la mano.

Veo su cuello perfecto, tentándome. Me encanta perderme en él.

—¿Qué tienes pensado?

—Algo que no sea un puto unicornio.

Se ríe y su risa me atrapa.

—¿Haces un fénix?

—¿No podemos hacer algo que no sea mágico o mitológico?

—¿Prefieres un unicornio? —me pregunta retadora.

—El fénix, entonces —le digo molesto.

Saco un cuaderno de dibujos y ella improvisa.

Lo veo bonito, pero demasiado cuqui. Le falta fuego. Así que le hago unos retoques y la verdad es que al acabar queda muy guapo. Fiero y con un aire de melancolía como el que sabe que arderá en los infiernos, pero espera ser salvado de nuevo.

—Es precioso.

Nos ponemos manos a la obra.

Hace tiempo que no hago grafitis, pero poco a poco recuerdo qué debía hacer.

Cuando tenía quince años encontramos una casa abandonada a las afueras, medio derruida, y nos dio por hacer fiestas allí. La llenamos de pintadas.

Candy me mira ilusionada mientras le damos vida y, por un segundo, me olvido del mundo como si solo existiera este instante.

Ella tiene ese poder de hacerme escapar de todos y cada uno de mis putos problemas.

Es peligrosa, porque los problemas no desaparecen, y menos para alguien como yo.

—Me encanta —anuncia cuando acabamos y se lanza a mis brazos feliz.

La abrazo con fuerza perdido en ella.

Agacho la cabeza hasta su cuello y no puedo evitar besarla y darle un mordisco.

Cuando se separa, está sonrojada y yo temblando por ella.

Coge su móvil y hace varias fotos.

Se lo quito y le hago algunas a ella con la pintura.

Luego se acerca y nos hacemos un selfi juntos.

Miro la foto, y quedamos bien juntos.

—Tengo hambre —me informa mirando su reloj. Son pasadas las dos de la tarde.

—¿Cogemos algo para comer y lo tomamos en la playa?

—Vale. Me encanta ese plan.

Recogemos y nos dirigimos a los puestos.

Pedimos algo para llevar y nos sentamos en la playa cerca de una sombra.

Comemos en silencio, pero ambos somos muy conscientes del otro.

Estamos muy juntos. Cada vez que se mueve, roza mi cuerpo.

No hay caricias, pero mi piel vibra por ella como nunca lo ha hecho. Reconocería una de sus caricias con los ojos cerrados.

—¿Por qué te gusta el cine? —me pregunta de pronto—. Se te da muy bien pintar...

—Sí, se me da bien pintar. Desde niño hago grafitis en las libretas y luego tatuajes. Algunos los llevo en el cuerpo.

—¿Y por qué el cine?

Pienso qué decirle, pero al final solo puedo contarle la verdad.

—Me gusta captar la luz para que una escena pase de ser una más, a ser la mejor. El juego de luces en el cine me fascina. Cómo captar la luz indicada para dar intensidad al momento y que al espectador lo meta dentro. Es algo en lo que no repara mucha gente, pero una mala iluminación puede joder una obra de arte.

—Ahora que lo dices es cierto, y la gente no se fija en esos pequeños detalles. Estos son, al fin y al cabo, los que marcan la diferencia.

Sonríe y me fijo en sus pecas. En cómo estas acarician su respingona nariz. En sus ojos verdes llenos de matices dorados que, según la luz que les dé, cambian de color.

—Sí, los pequeños detalles son los que transforman todo.

Asiente y apoya su cabeza en mi hombro. La deja ahí, como si ese fuera su lugar. Es como si estar así de juntos fuera lo correcto.

Noto que mi pecho explota por lo que siento con ella. Por lo que siento cuando busca mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

Nos hemos besado, hemos pasado límites..., pero esto lo veo más íntimo. Más simbólico.

No puedo respirar...

Intento tener las pesadillas a raya, pero estas no paran de pasar por mi mente y me veo de niño ansiando amor. Ansiando que mi madre me mire...

—*¿No ves que eres un niño tonto que nadie amaré? Espabila, Massimo. Si yo no puedo ser amada, tú tampoco, porque, al fin y al cabo, eres un error que nunca debí cometer.*

—Ahora vengo —le indico a Candy.

Empiezo a andar, no queriendo que ese niño que lloré tantas veces por una madre horrible vuelva. No quiero ser ese niño que creía que su madre podía quererlo si la amaba con fuerza; si le demostraba con dibujos cuánto la quería.

—Puedo estar a tu lado en silencio —me dice Candy, siguiendo mi paso tras recoger todo.

—Quiero estar solo...

—Lo sé, pero no lo estás.

La miro de reojo y sonrío.

Me pierdo en ella y, por un segundo, me pregunto si es posible...

No, no caigas, Massimo.

—¿Sabes que en este lugar hay una zona de canales artificiales? —me pregunta, como si sintiera que no debo pensar.

—Lo sé.

—Pues vamos, que no los he visto.

Tira de mí y me veo arrastrado por ella.

Al llegar, vemos los canales artificiales. El sitio es muy bonito.

—¿Me llevarás un día a Roma?

—No.

—Tonto. —Sonrío—. Pues tendré que ir a verte cuando te vayas. Alguien tendrá que tatuarte.

—Seguro que encuentro a alguien. —Pone los ojos en blanco—. Aún no sé qué tan buena eres.

—Bueno, pues podemos verlo esta tarde.

—Puede, aunque antes quiero hacerte tu tatuaje. —Subo mi mano por su costado y da un respingo—. ¿Lo sigues queriendo aquí?

Respira agitada.

Una parte de mí me dice que pare, pero otra quiere arder con ella y olvidar el mundo en su mirada.

—Un poco más arriba. —Usa su mano para subir la mía y roza el bajo de sus pechos.

«Cabrona...», pienso cuando sonrío descarada.

—Para eso tendré que verte desnuda.

—Bueno, tu boca ya ha estado en ese lugar. Dudo que veas algo nuevo.

Nos miramos y la intensidad en su mirada me corta el aliento.

Me observa como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra y me hace creer que soy la única persona que quiere ver reflejada en su mirada.

—Voy a besarte —me avisa entrelazando sus manos en mi cuello— y no porque esto sea una cita —juega con mi pelo— o porque espere canciones de amor... Voy a besarte porque, hasta ahora, tú siempre has decidido cuándo besarnos y hoy quiero decidirlo yo.

Y, sin más, se alza y me besa.

Pongo una de mis manos en su cintura y otra la interno por su pelo.

Nos besamos como si estuviéramos solos; como si nos dieran igual los testigos de este beso que es el preludio de un fuego mucho mayor.

Muerdo su boca y ella muerde la mía, hasta que siento un deje de dolor.

Rujo y lo hace de nuevo, sabiendo lo que quiero, lo que necesito.

Nuestras lenguas se enredan y bebo de ella.

Al separarnos, estamos jadeantes.

Sus labios están rojos por mis besos y me muero por besarla de nuevo.

—¿Te apetecen unos donuts de camino a mi habitación?

—Vale.

Ahora mismo sé que lo más sensato no es ir a mi dormitorio ni tatuarla, pero está fundiendo mis sentidos cada vez que me mira.

Vamos hasta mi coche y conduzco hasta The Donuts Hole.

Hago cola con el vehículo hasta pedir unos donuts. Cuando nos los dan, paro cerca para disfrutarlos.

—Umm..., joder. La garra del oso está espectacular.

Sus gemidos van derechos a mi polla.

Otra mala idea: comprar donuts. ¡Qué bien! Lo añadimos a la lista de cagadas de hoy.

Candy coge un crónuts y parte la mitad.

Se lo come lamiendo el azúcar.

Al final, acerco su cabeza a la mía y soy yo el que lame cada trozo del azúcar de sus labios y su lengua.

Nunca podré ver estos dulces de la misma manera.

—Vamos a mi cuarto...

—Espero que tengas condones. —Me río por su mirada pícar.

Está de broma o, quizás, use la chanza para decir verdades como puños.

—A hacer el tatuaje.

Pone unos adorables morritos.

—Aguafiestas.

Arranco el coche, ardiendo por ella. Sabiendo que, si soy sincero, ahora mismo lo único que deseo es quitarle toda la ropa y adentrarme en ella con fuerza hasta que se corra.

Capítulo 23



Candy

Llegamos al cuarto de Massimo.

Estoy ardiendo por él.

No puedo dejar de mirarlo, de desearlo... De ansiar su boca.

No sé cómo voy a poder quedarme quieta mientras me tatúa.

Estoy nerviosa, excitada y perdida en él.

Ando hacia la cama mientras él se lava las manos y coge todo lo que necesita para tatuarme.

Me quito la camiseta y me tiendo en su cama, tras deshacernos de las deportivas.

Cuando se gira, estoy desnuda de cintura para arriba.

Lo miro con una seguridad que no siento. Viendo como su mirada dorada se funde como si fuera lava ardiendo sobre mi piel desnuda.

Me observa de forma lenta, admirando mi cuerpo semidesnudo, con sus ojos dorados, que ahora mismo parecen oro ardiente.

Noto como la respiración se me acelera cuando posa su mirada en mis senos.

Estos se erizan por la caricia de sus ojos. Imaginando sus manos sobre ellos, dándome placer.

«Joder, si me mira así, pierdo el norte».

—Soy toda tuya. —Se tensa y sonrío cuando su mirada se centra en mis ojos. Parece perdido —. Para que me tatúes. No pienses mal.

Sonríe de medio lado y lo prepara todo.

Luego se acerca y se pone unos guantes negros.

Desinfecta mi piel. El líquido está frío y, sumado al roce de sus dedos, hace que mis pezones se pongan duros como rocas.

Los mira y duda con la aguja a pocos centímetros de mi piel.

Noto como su respiración se agita y la mía se descontrola.

Nos miramos a los ojos y el deseo está velado en ellos.

Quiero besarlo, perderme en el dulce sabor de su boca... Noto como la piel se me eriza solo de imaginar sus labios recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—No puedo... —suelta de pronto y deja la aguja en la mesita.

Se quita los guantes y empiezo a salir de la cama, sintiéndome tonta.

Me detiene y sube sus manos hasta mis pechos.

—Te deseo demasiado ahora para poder tatuarte en este instante.

Tira de mi pezón con fuerza.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, mientras juega con mis pezones.

Noto como se ponen duros.

—Me encantan... Me encantas —me dice, y lo creo.

Creo que de verdad me ve hermosa. Lo siento cada vez que me mira.

Él no ve las carencias de mi cuerpo. Solo ve el cuerpo que lo hace arder, tal como es.

Gimo entre sus brazos.

Me contoneo y jadeo, presa de sus atenciones.

Noto como mi sexo vibra por su contacto, como arde en deseos de ser acariciado.

Baja su mano hasta mi pantalón y veo como la cuela dentro de mi ropa interior, tocando mis húmedos pliegues.

Sube y baja sus dedos por mi humedad.

—Te quiero dentro... Hoy no quiero solo tus dedos.

—Joder, Candy, ya me cuesta mucho controlarme.

—Solo soy una chica más en tu cama.

—Nunca serás una chica más. Eres la única que de verdad he deseado en ella desde hace tiempo.

Sus palabras aceleran los latidos de mi corazón.

Mueve los dedos arriba y abajo y me gira con facilidad para que quede tumbada de espaldas sobre su cama.

Tira de mi ropa y me deja desnuda.

Abre mis piernas y me mira con glotonería, mientras pasa sus dedos por mi sexo expuesto a su mirada.

—Quiero saber si es tan dulce como tu nombre —comenta cerca de mi sexo y, joder, sus palabras casi hacen que me corra. Pasa su lengua por él—. *Delizioso*.¹

Sus palabras en su idioma natal me vuelven loca, mientras su lengua recorre con lentitud cada rincón de mi sexo.

Pone mis piernas sobre sus hombros y adentra su lengua en mi zona más íntima, haciendo estragos en mi interior.

Joder, joder...

Llevo mis manos hasta su pelo y las enredo en este, mientras no me da tregua con su boca y sus dedos.

Veo como tira de mi clítoris y lo chupa, con esa mirada canalla que tan loca me tiene.

Muerdo mis labios y me retuerzo notando como el orgasmo se anida en mi sexo, ansiando ser liberado.

—Mass...

—No sin tenerme dentro. Esta vez no vas a correrte tú sola.

Su promesa casi hace que me corra.

No puedo aguantar mucho más este placer.

Me lleva al límite para alejarse de nuevo.

Cuando creo que me va a dejar correrme, se separa y protesto.

Se quita la camiseta, haciendo que pueda ver sus tatuajes, que se pierden por su pantalón. Cuando lo abre, observo una serpiente que llega hasta su polla.

Se quita el pantalón, dejando claro que para él estar desnudo es algo natural, y no me extraña. Su cuerpo parece tallado en piedra.

Es magnífico y me muero por recorrer cada parte de su piel y entender cada uno de sus tatuajes.

Saca un condón de la mesita y rasga el envoltorio con la boca. Esa misma boca que hace solo unos segundos ha estado recorriendo cada rincón de mi sexo.

Solo de pensarlo, siento que ardo.

Ve como se pone el preservativo antes de acercarse a la cama y colocar su glánde en mi entrada.

Hace mucho que no he estado con nadie, que no me he entregado a otra persona sin miedos y sin creer que, tras ofrecerle mi cuerpo, pudiera destruirme después. Con mi expareja el sexo no era perfecto, pero yo siempre lo di todo para que lo fuera.

Me centro en Massimo, en sus ojos dorados, mientras su pene entra poco a poco en mi cuerpo. Estoy tan mojada que se introduce con suma facilidad hasta el fondo.

Ambos cerramos los ojos cuando me penetra del todo, mientras mi sexo se amolda a su invasión.

—¡Joder! —brama y lo entiendo. Esto es muy bueno, y aún no hemos hecho nada.

Sale un poco y entra con fuerza, empotrándome contra su cama.

Busca mi boca y me besa mientras repite los mismos movimientos una y otra vez.

Noto mi sexo más sensible y receptivo que nunca. No sé si es porque llevo tiempo sin sexo, porque deseo a Massimo más de lo que nunca he deseado a una persona o porque somos perfectos el uno para el otro.

Pensar en esto último me da miedo, porque me estoy pillando por alguien que no quiere ser parte de un nosotros.

—*La tua bocca mi fa impazzire.*²

Me besa como si me quisiera devorar mientras entra y sale con más fuerza, acariciando cada zona íntima de mi cuerpo.

Noto mis pechos acariciar su torso duro con cada embestida.

Está ardiendo y yo estoy entrando en combustión. Quiero que ardamos juntos.

Nos movemos sin dejar de besarnos mientras noto como mi clítoris vibra con cada roce.

—Mass... —le ruego cuando no puedo contenerme.

—Córrete, mi *bambina* —me dice al mismo tiempo que se mueve con más ímpetu, haciendo que me corra con fuerza, al oprimir su sexo en mi interior, hasta que se corre conmigo.

Nunca me corrí así con mi exnovio...

Cierro los ojos, sintiendo que su fantasma se va del todo. Se aleja de este cuerpo que nunca debió pertenecerle.

—Joder... —dice Massimo, apoyando su cabeza sobre la mía.

Nos miramos sin poder decir nada, porque ambos sabemos que lo que ha pasado no ha sido algo más.

Ha sido increíble. Único e irrepetible, si no es juntos.

* * *

—No te muevas —me ordena Massimo, aún con el pelo negro húmedo cayendo sobre su ceja.

—Lo intentaré. —Sonríe de medio lado.

Joder..., es muy sexi. Quiero volver a tenerlo dentro. Estoy ardiendo por él. Por lo que siento cuando me toca, cuando me besa o cuando me mira. Soy adicta a este hombre que me vuelve loca, tal vez desde que lo vi por primera vez y sentí que él no sería como los demás para mí.

Noto el primer pinchazo y pongo mala cara.

—No tardaré mucho...

—No me hace gracia que me hagas daño.

—Pues antes no te has quejado de lo bruto que soy —bromea y me gusta este lado suyo.

—No me pienso quejar de eso.

Sonríe y sigue concentrado delineando el tatuaje que ha marcado ya en mi piel.

Nos hemos duchado juntos entre besos y caricias.

Llevo solo un bóxer negro, que me ha prestado, y él únicamente un pantalón de chándal. Saber que no lleva nada más no me pone fácil estarme quieta y concentrarme en algo que no sea sentarme a horcajadas sobre él para un segundo asalto.

Empiezo a cantar.

—¿Eres consciente de lo mal que cantas?

—¿Eres consciente de que si no canto me subiré a horcajadas sobre ti para un segundo asalto?

Noto como tiembla.

—Sigue cantando, entonces. No sé si puedo ahora mismo aguantar otro *round* —bromea, porque la tienda de campaña de su pantalón indica otra cosa—. Canta, Candy. Lo haces tan mal que seguro que nos enfrías a los dos.

Me río perdida en él; en la persona que es cuando no deja que la oscuridad lo atrape.

Canto mientras me tatúa y, aunque queda raro cuando siento dolor que suelte algún joder, no dejo de hacerlo ni de quejarme.

Al acabar, me acaricia mientras me cura y sus caricias son como un bálsamo en mi piel.

—No sé cómo puedes aguantar tantos tatuajes.

—El dolor no me asusta. Al contrario, me recuerda que sigo vivo —me dice y siento que esas palabras encierran mucho dolor—. Ven, a ver si te gusta.

Tira de mí hacia un espejo de cuerpo entero y miro el tatuaje.

Es precioso. Me encanta y siempre me recordará este momento.

Luego lo observo a él y nuestras miradas se encuentran en el espejo.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Pero no hablo del tatuaje, hablo de él. De lo mucho que me gusta, de lo mucho que me importa y de lo enamorada que estoy de este hombre.

No dice nada. Solo acaricia mi piel y me pregunto si ha entendido el mensaje oculto en mis ojos.

Me giro y centro mi mirada en un tatuaje en concreto que vi cuando nos duchamos. Es un unicornio triste con el cuerno roto.

Lo acaricio, sintiendo que habla de él cuando era niño.

Me he percatado de que sus tatuajes no son alegres. No hablan de cosas bonitas.

—¿Por eso los odias?

Duda, pero asiente.

—Un día creí en los mundos llenos de fantasía y color, antes de que la vida me enseñara que no existen y que creer en ellos solo te hace daño.

—Y el tatuaje es para no olvidarlo. —Asiente y veo mucho dolor en su mirada—. Massimo, ese tiempo ya pasó. No te voy a decir que existe la magia, pero sí que este mundo no solo tiene cosas malas.

Va a decir algo, pero suena su móvil.

Mira hacia él y, por cómo le cambia el semblante, sé que quien le llama ha roto el momento. Tal vez para siempre.

—Tengo que hacer una llamada importante... ¿Te importa si ya hablamos?

Está tenso. Ha vuelto el chico frío, el que me aleja...

—Claro.

Me visto a toda prisa y recojo mis cosas.

Al llegar a la puerta dudo, porque quiero decirle que no está solo. Que yo puedo con todo y que lo quiero a mi lado.

No digo nada, porque temo la respuesta.

Salgo de su habitación y ando hacia el cuarto de Giò, por si estuviera mi prima.

No quiero estar sola. No cuando siento que me estoy rompiendo en pedacitos por lo que intuyo que ha sido una despedida.

—Hola —le digo a Giò cuando abre la puerta—. ¿Está mi prima?

—Ha quedado con Tris y Xena —tira de mí y me abraza—, pero yo estoy aquí.

—Gracias. Tú también me vales... Solo abrázame fuerte.

Eso hace y lloro entre sus brazos, sabiendo que el amor es maravilloso, pero amar no te hace ganar. Ni poder cambiar el mundo. Ni hace que otra persona cambie por ti. Solo te hace sentir la persona más afortunada del mundo durante los segundos que dura el espejismo de que el otro también puede amarte de la misma forma.

Capítulo 24



Massimo

Mi tía nunca me llama. Se lleva muchos años con mi madre, veinticinco para ser exactos, porque mi abuela la tuvo muy joven y a mi madre pasados los cuarenta.

Cuando llegó mi madre, sus otros hijos ya estaban viviendo su vida lejos de casa. Ni siquiera sabía quién era el padre.

Mi abuela era una mujer a la que le gustaba el sexo y disfrutaba de él.

No se casó nunca y tuvo un hijo de cada hombre.

Ninguno de sus hijos sabe quién es su padre.

Yo quería a mi abuela. Tal vez porque era la única persona que me daba algo de cariño, aunque su atención siempre estaba centrada en su hija pequeña, mi madre, porque la traía por la calle de la amargura.

Mis tíos siempre han pasado de mí y de mi madre. Por eso, que me llamara ayer mi tía no lo esperaba.

—Tu madre sigue metiéndose en problemas. Si no la dejas sola, si sigues sacándole las castañas del fuego, nunca va a aprender.

—No puedo dejar que la maten.

—Es su vida, sus decisiones y su mierda. Deja de salvarla, Massimo, o nunca aprenderá la lección y nos seguirá jodiendo la vida a todos. —Entendí que había ido a pedirle dinero—. La próxima vez que te pida dinero, déjala sola...

—Haré lo que me dé la gana.

—Hazme caso. O aprendes de una vez o al final pagarás por sus malas decisiones.

—¿Y cuándo no ha sido así? A todos os ha importado una mierda. Si ahora me llamas, es solo porque habrá ido a molestarte. Así que no me vengas con tus consejos de mierda. Dáselos a tus hijos y a mí déjame en paz. —Colgué y me quedé asqueado mirando al espejo.

Hasta hacía unos minutos había sido feliz con una mujer increíble. Había sentido lo que era

poder tener algo y... ahora, la vida me recordaba que yo solo nací con el propósito de conseguir a un hombre rico. No fui un niño deseado y amado.

Es mejor que no lo olvide.

* * *

—Hola —le digo a Candy cuando sale de la última clase.

Por el respingo que da, sé que no me esperaba, y por cómo me mira, lo confirmo.

Sé que ayer fui un capullo, pero ese golpe de realidad provocó que tuviera pesadillas toda la noche, de una infancia de mierda; de cuando mi madre me despreciaba. Nunca me puso una mano encima, pero no hizo falta. Sus palabras eran como dardos afilados que dolían incluso más.

—¿Qué haces aquí?

Veo su mirada triste y me duele ser el causante de esto.

—Necesito un tatuaje.

—Ah..., claro. Por eso... Pues vale. Vamos a tu cuarto, lo hago y luego nos vamos a trabajar.

—Estoy pensando en dejar el trabajo. —Me mira como si me acabaran de salir dos cabezas—. Es complicado de explicar...

—No, no es complicado, Massimo. Es que tú prefieres hacerte el tonto, como si no pudieras encontrar las palabras adecuadas para contar qué te pasa a la gente que sigue aquí.

No digo nada, porque tiene razón.

Quiero contarle todo lo que me atormenta, pero luego me sentiré expuesto a ella. No tendré escudos. Estaré sin defensas y volveré a sentirme ese niño vulnerable que rogaba un poco de cariño a su madre.

No quiero su lástima ni ver en sus ojos la pena que le da alguien como yo.

No quiero eso de ella, aunque la pierda... Al final tendré que regresar a Roma, dejar mis sueños atrás y lidiar con una madre inestable a la que no puedo dejar que maten por sus malas decisiones.

—Vamos a hacerte ese tatuaje. Estoy deseando hacerte sangrar. —Sonríe de forma maléfica.

—Qué sádica eres —le digo y, por un segundo, se escapa mi lado bromista. Ese que oculto, porque no sirve de nada dejarse llevar. Al final los problemas te recuerdan quién debes ser.

—No lo sabes tú bien. —Sonríe y me cuesta mucho no besarla.

La deseo más que nunca.

Ahora sé lo bien que encajamos, lo que me hace sentir perderme en ella, y solo pienso en repetirlo, una y otra vez.

Cosa que no haré.

No quiero que me ame. No quiero amarla.

No quiero creer por un segundo que puedo ser feliz.

Andamos hasta mi coche y, en cuanto entramos, sé que todo esto es mala idea. Aspirar su

perfume me recuerda lo mucho que me gusta besar su piel y perderme en ella.

Conduzco en silencio y, cuando llego a la casa, estoy de muy mal humor por aguantar las ganas de un beso más.

Vamos hasta la cocina y preparamos todo para hacer pasta carbonara como la preparamos en Italia.

—Echa para dos más —dice Giò y, cuando me giro, veo a Lead hablando con su prima.

Dante entra y nos mira a los cuatro.

—¿Puedo echar un plato para ti?

—Solo porque no quiero cocinar, aceptaré tu comida —responde, porque siempre le gusta tener la última palabra.

En verdad, lo entiendo.

Ve ante él la imagen de sus dos hermanos y no quiere formar parte de esto, porque luego la vida nos separará. No sirve de nada creer por un momento que tienes una familia. Unas personas que, a la hora de la verdad, estarán ahí.

Tengo mucha familia, pero siempre he estado solo, porque la sangre no hace lazos irrompibles. Solo te recuerda la gente que debería estar ahí y nunca lo hará.

Hago la comida para ellos y comemos juntos en la cocina, mientras otros compañeros entran y salen para coger sus comidas.

Lead y Candy hablan, se ríen por anécdotas de cuando eran pequeñas.

—¿Os podéis creer que un día la perdimos en una tienda de juguetes?

Candy se ríe.

—Bueno, mamá no me quería comprar el unicornio y decidí quedarme allí con él.

—Tenías muchos peluches...

—No tenía ningún unicornio y ese era especial. Despertó algo en mí, y lo sabes. Además, tenía luces, con purpurina y brillos.

—Solo de imaginarlo dan ganas de vomitar —comento y Candy se ríe.

—Bueno, pues se escondió entre los peluches. Dentro de esa montaña, solo se le veían los ojos, y los de seguridad llamándola por megafonía. Algunos padres la buscaban, mientras ella lo veía todo, escondida y abrazada a su peluche. Lo peor es que se durmió.

Candy sonríe, recordando ese día.

—¿Y qué pasó? —pregunta Giò.

—Que estaban a punto de cerrar cuando mi tía empezó a llorar asustada y fue hacia los peluches para coger el que su hija quería, porque por ahí había empezado todo. Revolvió la montaña de peluches buscándolo y ahí estaba el unicornio, y Candy dormida, abrazada al peluche.

—Mi madre me abrazó llorando y luego me castigó. Me quedé sin peluche...

—E hizo huelga de hambre —la corta Lead—. Decía que estaría sin comer hasta que no tuviera a su amigo.

—Y, al final, mi madre me propuso un trato. Yo recogería todos los días mi habitación y haría mi cama. A cambio, me ganaría una moneda, hasta conseguir el dinero. Así lo hice. —La mirada de Candy se torna triste—. Cuando fuimos a por el peluche, ya no estaba.

Se quedan calladas y Candy pierde la ilusión.

—¿Y qué pasó con el puñetero peluche? —pregunta Dante.

—Pues que lo perdí para siempre —aclara Candy—. ¿Por qué hemos acabado contando esta historia tan triste? Ahora me acuerdo del cuerno y me pongo triste.

—Tenías cinco años...

—Duele igual. Cuando se ama, se ama para siempre. —Candy recoge seria y triste. Luego se gira y nos saca la lengua—. Es broma, tontos. Solo era un peluche.

Sonríe, pero la conozco lo suficiente y veo dolor en sus ojos.

No es por el peluche, sino por la lucha perdida. Por el esfuerzo no recompensado al luchar por algo y no conseguir nada.

Yo pasé por lo mismo.

Mi madre siempre me decía que, si me portaba bien, podría tener juguetes nuevos.

Me portaba bien, pero luego se gastaba el dinero de los juguetes en sus vicios.

No es el juguete no conseguido lo que duele. Es algo más profundo. Heridas de la infancia, cuando no comprendemos lo estúpido que es llorar por algo material, pero que para nosotros es un mundo a esa edad.

—Bueno, no lo conseguí, pero desde entonces no ha dejado de pintarlo —dice Lead.

Mi mente visualiza el unicornio del coche, con el cuerno dorado.

Recogemos y subimos cada uno a nuestro cuarto.

En cuanto entramos y cierro la puerta, sé que es mala idea estar aquí con ella a solas.

Tengo que ser fuerte.

Preparo todo y le explico varias cosas antes de tumbarme en la cama, y quitarme la camiseta.

Le enseño el hueco donde tiene que poner el papel que tiene un dibujo.

Hay ruedas de coches, sombras oscuras y unos ojos entre las sombras que parecen los de un león enjaulado.

—Es bonito —comenta poniéndolo sobre mi piel.

Cuando lo quita, acaricia sin querer el sitio, hasta que se da cuenta y retira la mano.

Su caricia enciende mi piel.

Cierro los ojos y me concentro. Necesito el dolor para sobrevivir. Para no olvidar quién soy y lo que se espera de mí. Sé que mi vida acabará igual que la de mi madre, quien nunca ha podido huir de su oscuridad.

Sé que yo tampoco lo haré.

Siempre ha dicho que soy peor que ella. Un día no podré resistirme y me dejaré llevar... No quedará nada de mí que salvar.

—Dime si te hago daño.

—No me importa el dolor. Empieza.

Y lo hace.

Siento como la aguja penetra mi piel. El dolor me centra y me evade de todo. Me hace estar en un plano lejos de todo. Donde solo existo yo, tratando de soportarlo. Donde no existe nada más que eso y los fantasmas se quedan a un lado.

Le voy dando indicaciones y coge un espejo para que vea el proceso.

Lo hace muy bien, como ya imaginaba, y siento que entre los dos hay una sintonía especial.

Cuando lo termina, sonrío emocionada y contemplo su obra de arte sin decir nada.

Lo acaricia y luego pasa sus dedos por otro tatuaje. Y por otro más..., hasta llegar al unicornio oculto.

—Me encantaría descubrir tus secretos. Entender tu obra de arte.

Me mira y siento que lo desea de verdad.

Por un segundo, creo que es cierto que ella puede entender mi mundo, pero luego acepto la realidad y salgo de la cama.

—Eso no pasará. Muchas gracias por esto —le digo frío, porque ahora mismo solo deseo quitarle la ropa y creer que un nosotros pueda ser.

—Vale, nos vemos en el trabajo.

Asiente y se marcha.

Debería ir con ella, pero necesito espacio.

Me miro al espejo y veo el tatuaje.

No necesito ninguna marca para acordarme de ella, pero ahora llevaré siempre en la piel su recuerdo.

Tras recoger todo, estoy listo para ir al trabajo.

Cojo el móvil y veo una llamada de un número oculto.

—Hola, Bianchi —me dice el padre de Andrea. El señor Lorenzo—. ¿Me reconoces?

—No, la verdad es que no —miento, molesto porque me llame.

—Soy el señor Lorenzo y tu madre comienza a deberme mucho dinero. Puedo perdonarle la deuda si corres para mí.

—No pienso correr para ti de nuevo.

—¿No? ¿Hace falta que te recuerde lo que le pasará a tu madre si no paga?

—Adiós. Tengo cosas mejores que hacer.

—Ya volverás a mí...

Cuelgo y tiro el móvil a la cama.

¡Joder!

Me paseo nervioso, agitado y asqueado por no poder escapar.

Al final, si mi madre corre peligro, me tocará participar y seré de nuevo una marioneta en manos del señor Lorenzo.

¡Odio esta puta vida!

Candy

Massimo no vino a trabajar ayer.

Le escribí, lo leyó, pero no me respondió.

Siento que está mal, pero me aleja y no puedo ir detrás de él cuando ni siquiera somos amigos. Solo somos dos personas que se desean contra todo sentido.

—Alegra esa cara —me dice Cruz cuando me ve mirar triste la puerta.

—Ya... ¿Vendrá Massimo hoy? —Muerdo mi labio y sonrío con tristeza. Ya sé la respuesta.

—Lo ha dejado. —Noto pesar en el corazón—. Lo siento. Candy. Sé que te atrae...

—Solo es algo sexual —le indico—. Es una mierda esto. Debería existir un interruptor que nos hiciera dejar de sentir algo por una persona o no sentir nada... Lo siento. No debería contarte mis movidas.

—Bueno, quiero creer que podemos ser amigos. Además —se levanta la camiseta y entre sus tatuajes veo un pulsador—, yo voy con interruptor incorporado. Cuando quieras, me apagas.

Me río sin poder evitarlo.

Cruz es una de esas personas que, cuando la conoces, la quieres para siempre en tu vida.

—Al final, todo acaba pasando y, quién sabe, lo mismo que no trabaje aquí no significa nada.

—No lo sé. No pienso ir detrás de nadie.

—Es lo mejor. Tú vales mucho para rogar que una persona te preste atención.

—Pues sí, la verdad. —Sonríe y me tiende una chocolatina—. Gracias.

—De nada. En cuanto la acabes, a trabajar con una sonrisa. Los clientes no tienen la culpa de la mierda que se queda al cruzar la puerta.

—Oído, jefe —lo pico.

Nos ponemos a trabajar.

Dante sí que viene y, al acabar, me propone ir al cine.

Luego no hace caso de la película, porque mira su móvil todo el rato, pero me gusta su compañía.

Acepto, y Lead y Giò se apuntan cuando vienen a tomar algo.

Al salir los cuatro juntos, echo de menos a Massimo.

Sus hermanos me lo recuerdan y duele saber que se está aislando.

El domingo ya sentí que se despedía de mí.

Lo del tatuaje fue un canto a la esperanza, pero ahora de nuevo hay distancia, y duele, porque lo extraño.

Por la noche, dudo, pero al final le escribo un mensaje:

Candy:
¿Todo bien?

No espero que responda, pero al final observo que envía el mensaje, que siento que ha borrado muchas veces, porque en su estado salía que estaba escribiendo, pero luego desaparecía.

Massimo:

Eres increíble, Candy.

No pierdas tu tiempo con alguien como yo.

Candy:

Soy mayor para decidir con quién pierdo mi tiempo.

Massimo:

No lo dudo.

Disfruta de tu primer año de carrera.

Candy:

Suena a despedida.

Tranquilo, que no espero un anillo en el dedo.

Solo quería ser tu amiga.

Lo nuestro solo ha sido sexo, por si no lo sabes.

Y no me tienes que dar explicaciones luego.

Massimo:

Es una despedida.

No dice más y yo solo puedo pensar en lo capullo que es y en lo mucho que duele.

Luego veo que escribe y borra varias veces, para al final no mandar nada. Siento que todo lo que ha borrado dice más verdad que lo que ha plasmado en el móvil.

Ahora toca, una vez más, seguir hacia delante con un corazón roto, porque, para mí, no fue solo sexo... Soy idiota.

Capítulo 25



Candy

—Ahora es cuando salgo corriendo —comenta Dante, recordando lo que pasó hace un año exactamente.

Aunque no lo parece, siento que sonrío.

Hemos venido a pasar las Navidades con mi familia. Él y yo, porque mi prima se ha ido a Milán con Giò, a casa de su madre.

Dante se quedaba solo y le dije que si quería venirse conmigo.

Respondió que no tenía un plan mejor y aquí estamos.

Estas semanas han sido raras.

Mandé a Massimo varios mensajes:

Candy:

Sigo aquí, cuando quieras volver.

No me respondió, pero vi como borraba y escribía cientos de veces sin terminar de enviar nada.

Candy:

No hay prisa, Mass...

El tiempo dirá.

Entonces, puso sobre mis palabras un icono de okey y ahí se quedó todo.

Siento que algo no va bien, pero es una sensación. No tengo la certeza y, por eso, no insisto, porque tampoco quiero parecer tonta, siguiendo una intuición.

Tengo que proseguir con mi vida. Con mis aciertos y mis cagadas.

Lo he visto de lejos en los partidos.

Cada vez que lo miro siento como laten dentro de mí cientos de mariposas, que no se van ni con agua caliente. Es mirarlo y recordar todo lo que siento cuando lo tengo cerca. Todo lo que

sentí cuando nos acostamos.

Ahora está en Roma y va a correr.

Ya he estado mirando las redes sociales y he investigado, hasta meterme en un foro secreto donde hablan de las carreras.

Lo llaman B, pero sé que es él.

Correrá la noche de Navidad.

Tengo puesto su horario en mi móvil y estaré pendiente.

Necesito saber que está bien.

Miro a Dante, que me observa de reojo mientras esperamos para pedir unos helados. Aunque hace frío nos han apetecido, tal vez para resarcirnos del año pasado.

—No pienso dejar que te vayas a ninguna parte.

Paso mi brazo por el de él y pone una mueca de asco.

—Tendré que soportarte un poco más —bromea.

Seguimos en la cola y, cuando estamos cerca, le digo:

—Massimo va a correr de nuevo.

—Es idiota. Al final, acabará en la cárcel.

Me recorre un escalofrío solo de pensarlo.

—¿Y si no tiene más opciones? Siento que hay algo que no nos está contando.

—Si está metido en problemas y por eso tiene que correr, mantente lejos, Candy, o al final su mierda acabará por salpicarte.

—No se está lejos de la gente que te importa.

—Pues deberías, Candy. Hazme caso.

No digo nada, porque llegamos a la barra y pedimos un par de helados.

Los cogemos y nos sentamos en una mesa con sillones rojos para tomarlos.

El mío es de chocolate y el de Dante es uno raro, que ni me acuerdo de qué sabor era.

Le quito un poco y no me gusta. Está como picante.

—Es asqueroso.

—A mí me gusta.

Por su cara de asco cuando lo prueba, sé que miente y le tiendo el mío.

—Puedo compartir.

—Está asqueroso, la verdad. —Lo tira en una papelerera que hay cerca y compartimos el mío

—. ¿Cuándo corre Massimo?

—La noche de Navidad. A las once, hora italiana. ¿Qué sabes de su pasado?

—Nada. Nunca supe de ellos antes de que mi padre la palmara. Y luego..., bueno, su vida no me importa.

—Ya, claro. Creo que Massimo no ha tenido una infancia fácil.

—Hace todo esto por su madre. Debe de importarle.

—Puede..., pero hay algo más. Lo siento así.

—Déjalo, Candy. Si él quiere contar su pasado, lo hará...

—A veces no contamos lo que nos pasa porque tenemos miedo de que la gente no esté ahí cuando la necesitamos.

—Es que, a la hora de la verdad, estás solo.

—Sabes que yo no te dejaré solo, ¿verdad?

—Vale... Demasiada cursilería por hoy. —Se rasca el pecho—. Me está dando urticaria. —Se levanta y se empieza a ir.

Voy tras él y, nada más salir, vemos a mi exnovio, que nos mira a ambos.

—¿Ahora te acuestas con este?

—En verdad, me follo a uno cada semana. —Paso mi brazo por el de Dante y seguimos caminando, ignorándolo.

—Qué cara de tonto tiene.

—La verdad es que sí. Eso de que el amor es ciego es cierto.

—Al menos, Massimo no es feo...

—Lo dices porque se parece a ti.

—Claro. Algo bueno debía de tener, ¿no?

Andamos hasta la casa de mi madre.

Al llegar, esta nos dice que nos lavemos las manos y que pongamos la mesa.

Mi tía está en casa de su pareja y la de mi madre viene a cenar.

No me gusta que esté aquí. No me gusta para mi madre tras lo que pasó, pero, por ella, debo hacer el esfuerzo de soportarlo.

Pol llega con la mesa puesta y nos cuenta la cantidad de trabajo que ha tenido hoy en la tienda.

No me pregunta por las clases y lleva toda la conversación como si tuviéramos que adorar su gran trabajo.

Antes me parecía un buen tipo... O tal vez estaba muy ocupada con mi propio mundo como para ver que esta persona no me gustaba para mi madre.

Al acabar voy a mi habitación con Dante.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mirando mi tablón de dibujos.

—No me gusta el novio de mi madre, aunque antes me parecía un gran tipo.

—Es un gran capullo, pero tu madre es feliz con él.

—Sí. —Me siento en la cama—. Es horrible que la persona que está con quien más quieres no te guste. Me hace sentir mala persona.

—Bueno, el novio de mi madre es un capullo integral... y ella sigue con él.

—¿Desde cuándo llevan juntos?

—Desde que yo era pequeño. Primero fue su amante. —Nervioso, se pasa la mano por el pelo.

—¿Y a tu padre no le importaba?

—Mi padre era peor que ella. Ambos llevaban vidas separadas.

—Ah... Nunca hablas de tu madre.

—Hace años que no la veo. —No añade más, pero siento que algo oculta.

—Y me vas a contar por qué.

—No me gusta hablar de ella.

—¿Alguna vez alguien te ha querido, Dante?

Se gira y su mirada es intensa.

—Tu prima afirma quererme.

Me río.

—Sabes que no me refiero a ella.

Mira el tablón de dibujos y su mirada se queda fija en uno de un oso de peluche.

—Tuve una mejor amiga.

—¿Y qué pasó?

—Hice que me odiara... Por eso te digo que, cuanto más lejos estés de Massimo, mejor, Candy. Al final, los Bianchi solo sabemos joder todo lo bello que tenemos en nuestra vida.

—Bueno, Giò no lo hace.

—Empiezo a preguntarme si es mi hermano de verdad —bromea—. Giò tuvo la suerte de tener una madre increíble, que lo ama con todo su ser. Massimo y yo, no. No se puede dar lo que nunca has conocido.

—Pero tuviste a tu mejor amiga...

—La tuve, pero no la valoré, Candy. Creía que ella siempre estaría ahí, porque yo era el puto amo... Hasta que se fue.

Veo mucho dolor en sus ojos.

Nunca lo había visto en él.

Por eso, me levanto y le doy un abrazo.

—No lo necesito —dice sobrado, pero tampoco se aparta.

—No me voy a rendir. Ni contigo ni con Massimo.

—Joder, Candy, al final tendré que vigilar que no te metas en problemas. ¿No puedes enamorarte de alguien más fácil, como Cruz? Es un gran tipo.

—Lo es..., pero no siento nada cuando lo miro.

Cruz es un gran compañero. Es atento, cariñoso y muy bueno. Es el novio ideal en todos los sentidos, pero cuando lo tengo cerca, cuando me acaricia sin querer..., no siento nada.

—El amor es una mierda.

—Bueno, pero ahora te tengo a ti y juntos descubriremos qué le pasa a Massimo.

—Yo no lo hago por él. Solo por ti, para que no te metas en problemas. No me gusta la cárcel y odiaría tener que visitarte en ella.

—Tonto —lo pico.

Nos quedamos viendo una serie hasta que se va a su cama, que está lista en el cuarto de Lead.

Capítulo 26



Massimo

Me paso el día inquieto por la carrera.

Ha sido horrible volver a la casa que le pagan a mi madre por estar yo en Los Ángeles, porque no tiene nada. Solo paredes y un sofá horrible.

Tenía muebles y estaba completamente equipada. Estaba lista para vivir con comodidad, pero mi madre lo ha ido vendiendo todo.

Ya cuando vine la otra vez vi que faltaban cosas, pero no pensaba que llegaría a malvivir.

Cuando me vio, dijo que era mi deber como hijo salvarle el culo.

—Un día no estaré ahí para ti...

—Si me matan, será tu culpa.

—¡No! ¡Será la tuya!

Se rio con maldad.

—A mí me importa una mierda todo, Massimo, pero tú eres un niño bueno... No podrás vivir con mi muerte sobre tu conciencia. —Tocó mi cara y la aparté—. Y ahora, gana esa carrera. — Se marchó y me dejó solo en esa casa falta de todo, pero sobre todo de amor.

Mis tíos saben que estoy aquí, y mis primos, pero nadie se ha acercado a verme.

Yo tampoco me he molestado en ir a verlos o en fingir que les importo. Para ellos siempre fui el horrible error de una mujer que no me quería.

Podría decir que mi madre es así por la falta de amor, pero no sería cierto.

Mi abuela la amaba con locura y se desvivió por ella, por lo que mi madre ha elegido ser así. Ser una persona egoísta y fría, que usa a quien sea con tal de conseguir sus fines.

Corro con mi moto por las calles de Roma y aparco cerca del Coliseo.

Lo he visto cientos de veces, pero me sigue pareciendo increíble cómo ha resistido el paso del tiempo y las decisiones humanas.

Hago una foto y pienso en mandársela a Candy. Sé que le gustaría pintar este juego de luces.

No lo hago, pero no porque no piense en ella cada jodido día.

Verla de lejos animar en los partidos es una tortura. Quiero estar cerca de ella, hablar con ella... Ser parte de su mundo. ¿Y luego? Luego mis problemas la arrastrarían, y más si acabo con el culo en la cárcel.

Mi madre nunca pondrá fin a esto, hasta que yo acabe entre rejas y no pueda sacar nada de mí.

Tal vez mi tía tenga razón y un día tenga que decir que no, para que entienda que sus problemas son solo suyos.

El problema es que pienso en mi abuela, en lo que sufrió por su hija y en lo que sufriría, esté donde esté, si le pasa algo.

Regreso a mi moto y me preparo mentalmente para la carrera de esta noche.

* * *

Hago que mi motor ruja tras el volante de mi coche.

La gente grita, pero no los oigo.

Han venido muchas personas y eso me pone nervioso.

A veces creo que no nos pillan porque Lorenzo tiene comprada a la policía y que, cuando él se canse del juego, hará que me arresten.

Hace años corrí para él y lo dejé porque no quería esta vida. Desde entonces, tienta a mi madre para que apueste más de lo que puede pagar, hasta que alcanza una gran cantidad y me llama para correr y saldar su deuda.

Los odio a los dos, por no dejarme elegir ser libre.

Pero yo nací en una casa pobre, con muchas deudas, y cuando pude ayudar a mi abuela, lo hice como pude.

Mi madre hizo que conociera este mundo horrible y yo hallé la manera fácil de meter dinero en casa. De alcanzar lo que nunca habíamos tenido.

Hasta que supe ver que esto no era más que un espejismo y que, si no lo dejaba a tiempo, acabaría peor.

Luego pasó lo de mi padre y viví una jodida utopía.

Estoy inquieto todo el día, porque sé que este juego un día puede acabar de la peor manera.

Cuando llega el momento, me presento en el lugar indicado, a las afueras de Roma, con el coche que usaba aquí para las carreras. Estos días le he estado haciendo algunos arreglos.

La gente se acerca a mi coche y cuando salgo me veo rodeado por caras conocidas. Algunos que creí amigos; otros que pensé que me adoraban como un puto dios.

Sentir eso cuando eres un adolescente es peligroso. Te da un subidón enorme de adrenalina que te hace creerte importante, hasta que la realidad te da una bofetada y te muestra que nadie estará ahí si te caes.

Entro en el coche cuando la carrera va a comenzar.

Hago que ruja el motor de nuevo y miro por la ventana a mi contrincante. Es una de las corredoras que suelen participar bajo las directrices de Lorenzo. Siempre andan compitiendo por todo.

Sonríe, pero no le devuelvo la sonrisa.

Que gane el mejor y, por lo que me juego, espero ser yo.

Dan la salida y acelero entrando primero en la curva. En la recta acelero al máximo, para luego reducir la velocidad antes de entrar a la siguiente curva muy cerrado, para que no me adelante.

Me sé este circuito improvisado de memoria.

Juré no volver, pero aquí estoy.

Corro sin dejar que la rabia se apodere de mí.

La carrera está muy igualada, pero al final acabo pasando primero por la meta.

Detengo el coche y la gente se acerca para felicitar me.

Salgo del auto y veo al hijo de Lorenzo, que me hace una seña para dejar claro que la deuda está saldada.

Al menos por ahora.

Varias mujeres se me acercan y se contonean para que les haga caso.

Las ignoro y regreso al vehículo.

Me marchó asqueado con todo esto y sintiéndome una marioneta en manos de todo el puto mundo.

* * *

Llego a la casa de mi madre tarde.

Esta sale de su habitación, donde no hay nada. Me mira mientras recojo mis cosas para marcharme de aquí.

—La próxima vez dejaré que te den una paliza.

—No lo harás, y lo sabes.

No digo nada y me voy.

A mi madre no le importo, ni a nadie en esta ciudad que tanto amo, pero de donde tan malos recuerdos guardo.

Voy hacia el aeropuerto con un Uber y, al llegar, espero para poder comprar un billete para Los Ángeles.

El primero sale dentro de un día.

Lo cojo, porque no me importa quedarme aquí mientras tanto. En esta ciudad ya no tengo adonde ir.

Cuando paso a la zona de embarque, me llega un mensaje.

Saco el móvil y veo que es de Candy.

Solo con leer su nombre se alteran todos mis sentidos.

Candy:
Feliz Navidad.
Sigo aquí...

Su mensaje me hace temblar.

Me gustaría decirle que yo también estoy para ella y que soy suyo desde el instante en que la vi por primera vez y sentí que no sería una chica más, sino la que alteraría mi mundo.

No lo digo, porque no sirve de nada.

Porque tengo claro que, al final, mi madre hará que me metan entre rejas y no quiero que nadie esté al otro lado llorando por no poder tocarme. Por no poder verme cada día.

Le respondo con un triste «feliz Navidad», que para nada engloba lo que me muero por decirle.

Guardo el teléfono y espero a que mi vuelo salga y me saque de este lugar que me recuerda lo solo que estoy en una ciudad donde viven amigos y familiares que miran hacia otro lado cuando los problemas asoman.

Candy

Salgo de la habitación para cenar con la familia por Navidad.

Esta mañana nos intercambiamos los regalos.

Dante nos regaló lo mismo a todos: calcetines de talla única con diseños navideños.

Yo, a él, un dibujo suyo.

Lo miró y sonrió, pero luego ocultó la sonrisa y me dijo que gracias, pero que era mucho más guapo.

—Los llevas puestos. —Mira mis pies, con los calcetines que me llegan hasta la rodilla.

—Son muy chulos.

—Son horribles. —Se pasa la mano por el pelo—. Nunca he comprado regalos.

—¿No?

Niega con la cabeza.

—Tengo gente que los compra por mí. ¿Para qué molestarme?

—¿Y por qué lo hiciste ahora?

—Porque... porque estoy ahorrando —responde, pero sé que en verdad es porque yo no soy como el resto de la gente que nunca le ha importado.

Le doy un leve abrazo.

—A mí me han encantado. Me los pondré todas las Navidades.

—¡Qué rarita eres!

Revuelve mi pelo y vamos a la mesa.

Pol está aquí y, una vez más, solo habla de sí mismo.

Mi tía no para de beber y su novio igual. No sé si lo hacen porque es un día especial o para soportar la charla incesante de Pol.

Miro a mi madre y veo que lo escucha entusiasmada. Ella lo ama y tal vez yo no entienda la razón, pero debo respetar sus decisiones, aunque sean tan pelmazas.

Al final, me sumo a lo de beber, para pasar esta cena lo mejor posible.

Cuando llego a la cama, me río por todo. Estoy muy borracha y me hace gracia cualquier cosa.

Dante me mete en la cama, tras quitarme los zapatos, y se sienta.

—Mañana vas a tener una resaca enorme.

—Seguro, pero al menos he podido soportar a Pol. —Sonríe—. Gracias por estar aquí.

—A ti. Hacía años que no celebraba la Navidad.

Me tapa y se levanta.

Sé que ha dicho demasiado y siente que necesita huir.

Cojo el móvil y, sin pensarlo mucho, mando el dibujo que hice para Massimo en la tableta, y que subí a mi nube. Es él con el grafiti que hicimos de fondo.

Me vengo arriba y le mando otro de los dos juntos.

En este salimos en la cama enredados, besándonos.

Luego otro, donde nos estamos mirando fijamente antes de besarnos.

Los ve, pero no dice nada, y le escribo:

Candy:

Te echo de menos...

Una vez más, hace amago de escribir cientos de veces, pero no termina de decir nada y me quedo dormida con la esperanza de que un día deje de callar y me cuente qué le pasa, por qué se aleja y por qué no deja salir todas y cada una de las cosas que quiere decirme y que tal vez calla por miedo.

Capítulo 27



Candy

No dejo de estudiar, pero tengo la sensación de que no sé nada. Por eso, cuando llega el primer examen, estoy agobiada.

No lo hago tan mal, pero dudo de todo y debo ponerme corriendo a estudiar el siguiente.

Estos días de exámenes no trabajo y solo entreno con las animadoras, aunque estamos todos un poco estresados por los estudios.

El primer partido del año llega y espero nerviosa a Massimo mientras animo.

No lo he visto estos días y tampoco nos hemos escrito.

Me gustaría decir que no he pensado en él, pero no ha sido así.

Lo veo salir y mira hacia donde estoy, como si sintiera mi mirada o esperara encontrarme aquí.

Lleva el casco en el codo.

Nos miramos con intensidad y siento que duda si acercarse o no.

Al final, solo emite una pequeña sonrisa y me saluda con la mano.

Hago lo mismo, perdida en él. En lo que siento cuando lo tengo cerca.

Es triste, pero tengo que aprender a vivir sin él, por mucho que duela.

El partido empieza y Massimo hace unas carreras impresionantes.

Los tres Bianchi hacen un partido espectacular.

Se rumorea que alguien pretende ficharlos a los tres para las grandes ligas y no me extrañaría. Lo que no sé es si ellos querrán seguir juntos tras la universidad, porque ya no los ataría una herencia.

El partido acaba y hoy no hay fiesta. Hay mucho que estudiar.

* * *

Al acabar los exámenes, salgo de la última clase liberada. Estoy tan en mi mundo que no veo a Andrea cuando doblo la esquina y nos chocamos.

—Hola —le digo.

Me mira, pero solo hace un gesto como de saludo y se larga.

Duele que las cosas entre los dos estén así. No le hice nada. Solo que no sentía lo mismo por él.

Como algo en la universidad y voy directa al trabajo.

Al llegar, veo a Cruz y, feliz por haber acabado los exámenes, lo abrazo.

—¡Estoy superfeliz! ¡Y eso que sé que alguna suspenderé! —Se ríe sin soltarme.

—¿Os tengo que felicitar? —pregunta Massimo, cerca de nosotros.

Me separo, como si estuviera haciendo algo malo.

Nos mira serio y se va hacia el cuarto de trabajadores.

—Pasa de él —me dice Cruz—. Últimamente está muy tonto.

—Ya... No sabía que iba a volver al trabajo.

—Al parecer, sí. Necesita dinero. A saber qué narices hacen con la herencia de su padre.

—A saber.

Voy hacia el vestuario, nerviosa por tener a Massimo tan cerca después de tanto tiempo.

Entro y veo que se ha quitado la camiseta y que puedo observar su torso desnudo.

Me mira fijamente, clavando en mí sus ojos dorados. Tiene el pelo revuelto, lo que me hace recordarlo en la cama, donde parecía tan feliz.

Veo que lleva un nuevo tatuaje.

Me acerco hasta él y compruebo que es el grafiti que pintamos en la playa.

Paso los dedos por él fénix, cerca de su estómago.

—Te ha debido de costar hacértelo.

—Ha merecido la pena. —Alzo la mirada, notando como tiembla bajo mis manos—. ¿Estáis juntos?

—No te importa.

Sonríe de medio lado.

—Es un gran tipo... Te mereces alguien así.

Se aparta y me duelen sus palabras. Es como si el amor entendiera de tipos y no fuera algo que se siente contra todo pronóstico, contra toda lógica y contra toda razón.

—Claro.

—Me alegra saber que ya no te da miedo amar de nuevo. —Se pone la camiseta.

—No, no me da miedo amar de nuevo —respondo—. Lo que pasó con mi exnovio fue horrible, pero si volviera atrás y tuviera el poder de cambiar las cosas, no modificaría nada, porque necesito pasar por todo eso para aprender, para darme cuenta de que el amor no es renunciar a quien eres ni darlo todo por alguien. Amar es algo más, y lo sé porque amé y me destrozaron.

—No sé si eres tonta o una loca...

—Solo soy alguien que cree que los aciertos nos hacen felices y los errores nos enseñan. Me encanta la mujer que soy hoy, por todos mis aciertos y mis cagadas.

No dice nada. Solo me mira.

—Por eso huyo de los puñeteros unicornios, porque te hacen creer que, a pesar de toda la mierda que hay en el mundo, puede existir un universo mágico y lleno de color.

Me río por cómo lo dice y veo que sonrío.

—Bueno, yo me sé el camino al mundo de los unicornios. Si quieres, un día te puedo llevar.

—No, por hoy ya tengo suficiente empacho de purpurina. —Alza la mano y acaricia mi nariz—. Me alegra que seas tan fuerte, Candy. No te mereces menos.

Duda y al final, como si no pudiera evitarlo, acaricia mi mejilla.

Es solo un segundo, antes de apartar la mano como si quemara. O como si acabara de recordar que no tiene derecho a hacer algo así.

Se marcha al trabajo y me quedo sola, sintiendo como ardo por este hombre al que tal vez no debería amar.

Massimo

—¿A quién quiere sacar los ojos? —pregunta Giò, cuando se sienta para tomar un café con Lead.

—A Cruz —le informa Dante—. Por cómo mira a Candy y por cómo se ríen juntos, y esas cosas...

—No es cierto —les digo a los dos, y me marcho para trabajar.

—Lo es —apunta Giò.

No veo a Dante, pero sé que sonrío feliz de haber acertado. Le encanta meterse en todo y tener razón.

Llevo toda la semana viendo a Cruz y a Candy reírse juntos, acariciarse, cuidarse... Joder, no he visto un puto beso, pero cada vez que se miran siento deseos de ponerme en medio.

Cruz es increíble. El novio perfecto. No como yo. Por eso, los miro y siento deseos de vomitar por tanta perfección.

No soporto verla con él y, como los vea besarse, creo que me volveré loco.

—Mañana partido y luego fiesta —me dice una mujer, cuando le tiendo su café.

—Por supuesto.

—¿Nos vemos allí?

—Tal vez. —Me guiña un ojo y se aleja.

—¿Y la dejas irse sin pedirle el móvil? —pregunta Candy—. Estás perdiendo facultades.

—No creo que necesite mucho para acabar follando mañana con cualquiera.

Su mirada se endurece, como si le molestara.

—Seguro que no. El sexo para ti es solo eso: sexo.

—Por supuesto. Es solo sexo. Nada más.

—Claro. Yo tampoco creo que necesite mucho para acabar con alguien en mi cama. Con poco, lo hará mejor que mi último amante.

Se aleja y me pregunto si fui yo o si durante este tiempo ha habido otro.

La veo decirle algo a Cruz al oído y este se ríe y asiente.

Esto quiere decir que no se han acostado, porque si no, no querría repetir algo nefasto.

Cuando el trabajo acaba, me duele la mandíbula de apretar los dientes.

—No pienso ir contigo al cine, pero sé de un gimnasio donde podemos pelear juntos y que descargues esa rabia.

—¿Quieres que te parta la cara? —le pregunto a Dante.

—Eso si te dejo.

Vamos a cambiarnos y, cuando salimos, veo a Candy irse a su habitación con Cruz.

La idea de que se acuesten me mata. No quiero que le quite la ropa lentamente ni que bese su piel... No quiero que la haga temblar de pasión.

—No están juntos —me dice Dante, cuando ve como aprieto los puños—. Al menos de momento.

—De momento.

Andamos hacia el gimnasio al que va y, al llegar, lo saludan.

Dante pide una pista para dos.

Se nota que el sitio es para gente de mucho dinero. No le debe de salir barato.

Entramos en una sala con varios sacos y donde está todo listo para golpear cosas.

—Puedes golpearme a mí o romper cosas. —Las señala—. Las dos cosas me parecen bien.

Dante se quita la camiseta y se pone los guantes tras prepararse.

Hago lo mismo y, aunque me tienta romperle la cara, al final me pongo las gafas de protección y destrozo cosas junto a Dante.

Veo como se rompe todo y siento que es una metáfora de mi vida. De cómo todos y cada uno de mis sueños se han ido rompiendo, hasta no ser más que pedazos.

Al acabar, estoy agotado, pero me siento un poco mejor.

Dante me tiende algo de beber y lo tomamos sentados en el suelo.

No dice nada y yo tampoco, pero estamos aquí juntos.

Nunca esperé algo así de él, pero si echo la vista atrás, aunque Dante siempre te mira como si le importara una mierda todo, nunca se aleja cuando los problemas asoman.

«Tal vez hoy, no», pienso, mientras doy un trago a mi bebida refrescante.

Capítulo 28



Candy

Llego a la fiesta con mi prima.

Es en casa de los chicos y hay mucha gente, y más tras el partido tan bueno que han hecho y el fin de los exámenes. La gente está desatada.

Nos movemos juntas por la fiesta.

Llevo un vestido palabra de honor en tonos oro y rosa que me ha regalado mi madre esta Navidad. Me encanta cómo me queda.

Camino por la sala y no tardo en ver a Massimo al fondo, con una rubia preciosa que trata de llamar su atención.

Él, al sentirme, centra sus ojos en mí y veo como me recorre con la mirada desde los pies a la cabeza.

Su mirada acelera mi respiración.

Lo saludo y sigo mi camino, sabiendo que, como lo vea besarse con ella, destrozará mi corazón en cientos de pedazos.

No estoy preparada para eso.

Giò se acerca a nosotras y da un beso goloso a mi prima en el cuello.

Los veo irse juntos.

Ando por la sala y busco algo de beber.

—Os ha costado venir —me dice Cruz en el oído.

—Había que estar a la altura del momento. —Giro para que vea mi modelito.

—Estás preciosa.

Me llevo muy bien con Cruz, aunque, cuando estamos solos, no paro de hablar de Massimo. Es un gran tipo, el chico perfecto..., pero no siento más que amistad cuando lo miro.

Él me confesó que le llamé la atención hace unos meses, pero que ahora tiene centradas sus miras en otra persona. Le gusta un compañero del equipo, pero duda que él sienta lo mismo.

Entiendo lo que es amar a quien no es para ti.

Cruz pone sus manos en mi cintura y me muevo con él al son de la música.

Al girarme, me cuelgo de su cuello y bajo de forma coqueta. Cuando me alzo, mira mi boca.

—Massimo está rabiando.

—No creo. Se iba a besar con una rubia.

—Hazlo otra vez y ya verás como vendrá —me dice divertido.

Lo dudo, pero bailo con los ojos cerrados, como si Cruz fuera Massimo.

Me contoneo y salto al son de la música.

Miro a Massimo un segundo y compruebo que nos mira sin hacer nada. Parece enfadado, hasta que sonrío a la rubia y se van juntos.

—Él se lo pierde —me susurra Cruz en el oído.

Busco a Inés y la encuentro cerca del bol de patatas.

Cojo unas pocas en la mano y miramos juntas la fiesta.

—¿No quieres bailar?

—Estoy eligiendo mi próxima presa para una noche loca.

—¿Y cómo va la cosa?

—He descartado a casi todos. —Me río, mientras como a su lado.

Inés es muy selectiva y siempre pone pegas a todo el mundo para liarse y dejarse llevar.

Yo tampoco puedo decir que me esfuerce mucho por olvidar a Massimo, porque aquí estoy, con cientos de chicos atractivos a mi alrededor, y solo pienso en el único que no me hace caso.

—Que les den a los tíos. —Me termino las patatas—. Vamos a bailar.

Tiro de ella hasta el jardín y bailamos cerca del DJ. Enseguida la música se cuele dentro de mí y bailo como si estuviera sola.

Cruz se me acerca y pone sus manos en mi cintura.

Bailo con él, sintiendo sus manos por mi cuerpo, y me pregunto si podría besarlo y olvidar otra boca... Otro cuerpo... Otro hombre.

Sé que no, pero añorar a quien deseas duele cuando no lo tienes.

Cruz me muerde el cuello, divertido, y me dejo llevar, porque no quiero pensar en nada.

Cuando me separo de él para buscar algo de beber, estoy jadeando y sudando.

Busco la bebida y a Massimo, pero no lo veo y pienso que está con ella.

«Por favor, que no lo vea besarla...».

Llego a la bebida y cojo lo primero que pillo en un vaso rojo.

Bebo y noto que el líquido se escapa de mi boca y cae por mi cuello hasta llegar a mi escote. Pienso en limpiarme, cuando siento unos dedos seguir el recorrido de la gota.

Por cómo reacciona mi cuerpo, sé que se trata de Massimo.

Giro y lo veo mirándome con intensidad.

Entonces, coge mi cara entre sus manos y me besa con ímpetu, haciendo que el vaso se me caiga de las manos y me centre en él.

Nos besamos como dos hambrientos, o como dos locos que no piensan en nada salvo en su propia locura.

Tiro de su pelo.

Él tira del mío.

Caminamos a tientas hasta que mi espalda choca con la pared.

Son muchas semanas de deseo no correspondido, soñando con su boca. De sentirme morir por no tenerla.

Muerdo su labio, ruge y me coge en brazos.

Enredo mis piernas en su cintura y vamos hacia las escaleras.

Sube conmigo hasta su cuarto, como si yo no pesara nada, separándose de mí lo justo para no caernos por la escalera.

En cuanto la puerta se cierra, el deseo se desata y sé que nada podrá evitar que lo tenga en mi interior de nuevo.

Soy incapaz de pensar en algo que no sea él.

Massimo

Verla feliz con Cruz me estaba matando.

Los miré a la espera de un beso, aun sabiendo que eso me mataría.

Quería sobrevivir a perderla, para saber que podría seguir con mi vida sin pensar en todo lo que dejo atrás.

Pero no pude.

Fue verla sola, tan preciosa y radiante como siempre, y olvidarme de todas las razones por las que la felicidad está vetada para alguien como yo.

En sus brazos soy ese niño que solo deseaba ser amado.

Tiro de su vestido hacia abajo, liberando sus pechos, y desciendo mi cabeza hasta el lugar donde marqué su piel.

La beso, la lamo... Sus manos se enredan en mi pelo y tira de este cuando cojo uno de sus pezones con mi boca.

—*Nessuna più bella di te*¹ —susurro sobre su piel.

Lamo sus pezones hasta que se quedan duros como guijarros.

Llevo mi mano a su sexo y noto como sus jugos ya han mojado la ropa interior.

«Joder..., esta chica me vuelve loco».

Metó mis dedos en su sexo y los paso por su mojado coño, notando como tiembla por mis atenciones.

La giro, haciendo que ponga las manos sobre la pared, y busco en la cartera un condón que siempre llevo para emergencias.

Rasgo el envoltorio con los dientes mientras me quito la ropa justa para ponérmelo y entrar en

ella.

No puedo esperar a llegar a la cama. Son muchos días de añorar estar así con ella.

Entro en su interior con fuerza y escucho como gime al mismo tiempo que yo jadeo.

«Joder, esto es el putito paraíso en la tierra».

Salgo de ella para entrar de nuevo.

Llevo mi mano a su boca y chupa mi dedo mientras entro y salgo de ella.

Luego paso el dedo mojado por sus pechos y juego con ellos, perdido en esta mujer.

No debería sentirme tan bien en un lugar que no debería ser para mí.

Soy un putito egoísta...

Llevo mi mano a su boca de nuevo. Me lame de una forma que me hace arder, pues imagino esa boca haciendo lo mismo con mi polla y..., joder...

Saco el dedo de su boca y lo llevo hasta su clítoris. Está muy mojado.

Juego con él notando como su sexo se contrae.

Entro y salgo de ella con más fuerza, moviendo mis dedos al ritmo de mis embestidas hasta que se corre, haciendo que su sexo palpite en torno a mi pene, y yo la sigo, sintiendo que muero y vivo en el mejor orgasmo de mi vida.

Cada vez es mejor. Cada vez es mejor con ella.

* * *

—Entonces, ¿quieres que te tatúe la espalda? —me pregunta tocando el lugar donde le he dicho.

Nos hemos duchado juntos, tras dejar claro que solo es sexo... ¡Y una mierda! Esto no es solo sexo. Estoy perdidamente enamorado de ella, pero solo puede ser sexo. Por eso, miento como un bellaco.

—Sí, a menos que tengas algo mejor que hacer. —La miro de reojo. Tengo la cabeza apoyada en mis brazos.

—No, esta noche no tenía planes, salvo tener un sexo increíble y, bueno, el nuestro no ha estado mal... Pasable —miento.

Llevo puesta una de mis camisetas, que le queda espectacular.

Yo solo llevo un bóxer.

Debería dejar que se fuera, pero soy un egoísta que la quiere un poco más para sí mismo.

—¿Y qué quieres que te dibuje?

—Algo se te ocurrirá.

Le señalo la libreta con la mirada y la coge.

Candy duda y se pone a mirar mi piel desprovista de tatuajes, mientras piensa qué hacer.

La observo cuando empieza a crear y se pierde en el dibujo.

Muerde su boca, esa tan sugerente que me vuelve loco. Sonríe y aparta el pelo de su frente.

No hago nada, salvo mirarla, para cuando la añore a mi lado.

—Listo. Creo que te gustará.

Me incorporo y cojo su libreta.

La giro y veo el dibujo, impresionado por lo que ha creado. Es el Coliseo y de él sale un coche negro, como si el monumento romano fuera parte de la trayectoria de la ráfaga de aire. Luego se ven palmeras, que son más propias de aquí, pero es una mezcla abstracta que habla de mí.

—¿Te gusta? Puedo hacer otro...

—Este es perfecto.

Sonríe y le doy un papel para que lo calque.

Luego lo graba en mi piel y me quedo quieto mientras tatúa esa zona con su obra de arte.

Ahora mismo me gustaría ser un lienzo en blanco sin pasado, donde ella pudiera pintar sus dibujos y que, al mirar mi cuerpo, solo recordara esta parte de mi vida.

Pero es imposible.

Somos un presente cimentado por cientos de errores de un pasado que no volverá, pero que sigue doliendo.

Candy se tira un rato tatuando.

No tengo prisa. La quiero toda la noche a mi lado.

—Listo —dice, y me parece que es demasiado pronto.

Hace fotos con su móvil y me las enseña.

Joder..., es increíble.

—Me encanta. Gracias.

—De nada, y ahora..., ¿me haces otro tatuaje?

Alzo las cejas.

—¿Qué has pensado esta vez?

—*La vie en rose*,² en el brazo. Para no olvidar que debo luchar por mis sueños, por muy cuquis y empalagosos que sean.

Me río y tomo la libreta.

Dibujo una rosa y las letras.

Lo ve y asiente.

Lo preparamos todo para tatuarla y, aunque no quiero, veo sus muecas de dolor. Odia el dolor, pero aquí sigue, sin quejarse, sin pedir que pare, sin rogar que deje de hacerla sangrar.

Al acabar, beso cerca de la zona dañada, sintiendo como su piel se eriza.

—Es tarde... ¿Te quedas a dormir? Por no ir sola a estas horas a tu residencia.

—Está bien, pero solo por no irme sola.

—Claro.

Nos tumbamos en la cama, como dos tontos que usan excusas para no decir la verdad, porque decirla duele.

Busca mi mano cuando apago la luz y entrelaza sus dedos con los míos.

—Cuéntame un momento feliz que esté tatuado en tu piel.

Lo pienso y la verdad duele.

—Hasta que tú llegaste, mi piel era un mapa de momentos tristes.

—¿Para no olvidarlos?

—Para eso y para no repetirlos.

—Bueno... —Se acomoda sobre mi pecho. Toca mi piel con sus manos, mientras espero que hable—, tienes mucha piel por dibujar. Me encantaría seguir usándote de lienzo.

Me besa y cierro los ojos para disfrutar del momento y no cagarlo con una palabra que solo nos haga daño.

Mañana ya recordaré que esto no puede ser.

Ahora solo quiero sentirla un poco más contra mi cuerpo.

Capítulo 29



Candy

Salí de la cama de Massimo al amanecer. Sabía que estaba despierto, pero ninguno estaba preparado para decir adiós o poner una excusa para no ser algo más que dos personas que se acuestan.

Yo podría prometerle que lo seré todo para él, pero siento que no es lo que necesita ahora, porque no quiere palabras, sino hechos.

Saber que sus tatuajes cuentan una triste historia me hace entender que alguien que nunca ha tenido momentos felices cree que estos no pueden existir para él.

Por eso recogí mis cosas y me marché, sabiendo que, para luchar por lo nuestro, debo ser paciente.

Ahora estoy en clase y tengo a Andrea delante.

Ríe con una chica y veo cosas en él que no observé hace unos meses. Es como si estuviera cambiado o como si ya fuera así antes, pero no me percaté.

Se gira y me ve, pero no me dice nada.

Mi hola se queda congelado en la boca.

«Pues si esas tenemos, no voy a saludarte más», pienso sacando mis cosas.

Empieza la clase y, al acabar, le dice la chica:

—¿Irás a la carrera, entonces?

Incómodo, Andrea me mira de reojo.

—Claro. Iremos juntos.

Salen de la clase y yo me marchó para buscar a Massimo, pero siento que no me contará la verdad. Así que voy a por Dante.

Llego a su clase y lo veo apoyado en la pared mirando el móvil.

—Dante, tengo que hablar contigo ahora.

—¿Mi hermano te ha dejado insatisfecha y quieres probar con otro Bianchi? —me pica y lo

fulmino con la mirada—. Vale, vale... Solo estaba bromeando.

Andamos hacia una zona poco concurrida.

—Creo que Massimo va a correr... Ya sabes... —digo inquieta, viendo gente pasar.

Se acerca y le cuento lo que he descubierto.

—Investigaré, pero aléjate de ese gilipollas de Andrea.

—No tengo pensado ir tras él.

Asiente y me marchó a mi siguiente clase.

Al poco, me escribe Dante y me informa de que Massimo no va a correr, pero que está claro que Andrea y su padre han trasladado sus negocios a la ciudad.

Me pregunto si Andrea está aquí por eso y si usó la beca para abrir camino a su padre aquí, con el fin de conseguir contactos.

No me gusta nada esto.

Por eso, cada vez que lo veo hablando en susurros me mosquea lo que pueden estar tramando.

Al acabar las clases, quedo con Inés para comer y mi prima se apunta.

—¿Qué tal el fin de semana? —me pregunta Inés en cuanto nos sentamos, y me sonrojo. Mi prima se ríe e Inés nos mira a una y a otra—. Yo solo vi el pedazo de beso con Massimo. Bueno, yo y medio mundo. Está en redes.

—Joder, ni se me había pasado por la cabeza que lo subieran —digo, sacando el teléfono para buscarlo.

—Tiene más de un millón de reproducciones. Muchos dicen que nadie los ha besado así jamás. Yo creo que a mí tampoco —comenta Inés mientras lo encuentro.

Lo pongo y flipo por cómo se nos ve de desatados. Estamos besándonos como si no hubiera un mañana.

—Odio que la gente se crea con derecho a subir todo lo que debería ser privado —digo, algo molesta porque ahora no haya filtro y la gente, con tal de tener un vídeo viral, suba cualquier cosa.

—Es una mierda, lo sé —indica Lead.

—Sí, lo es, pero ¿qué pasó luego? —Me sonrojo todavía más e Inés se ríe—. Estaba claro que te acostarías con él.

—Ya, bueno, pero no somos nada...

—De momento —dice Lead.

—Ya, es complicado. Massimo no quiere nada serio..., o no cree que pueda tener algo bueno en su vida.

—Pues paciencia y, mientras tanto, disfruta del empotrador —me aconseja Inés—. Yo quiero uno, por cierto. Me pregunto si Dante estará por la labor...

—Dante es anticaricias, besos y tocamientos excesivos —le informa mi prima, justo cuando nos traen la comida.

—Ya, eso he escuchado, pero, como es el *quarterback*, a la peña le da igual —dice—.

Aunque no engaña a nadie, porque quien se le acerca sabe lo que hay. Si yo me acercara a él, no esperaría más... Miento. Joder, esperaría ser la diferente y que me besara con pasión.

—Pues mejor pasa de él, porque Dante no miente en lo que quiere, pero si tú esperas algo más, te hará daño —añado e Inés asiente.

—Yo no espero ya nada de nadie. Solo disfrutar de la vida —dice sonriente.

Seguimos hablando y, por suerte, ya no de mis líos amorosos.

Al acabar, vamos hacia el trabajo.

Lead se viene con nosotras a la cafetería para tomarse algo. Ha quedado allí con su novio.

Entramos y vemos a Massimo tras la caja registradora.

Al escucharnos, alza la vista y, por cómo me mira, siento que me derrieto.

—Mira, tu empotrador —dice Inés, haciendo que me sonroje al máximo.

—¿Así es como se me conoce ahora? —bromea Massimo.

—Bueno, hay un vídeo nuestro en redes que deja poco a la imaginación —le informo.

—Lo he visto.

—Ahora no te va a faltar una cola de mujeres queriendo lo mismo.

—Seguramente, no —añade y me duele que piense en otras.

Sonríó como si nada y me marchó a cambiarme con Inés.

—Pues vaya borde...

—No es borde —la corrijo, ya dentro del cuarto, cogiendo nuestras camisetas—. Solo dice la verdad. Entre los dos no hay nada.

—Ya, pero a ti te gustaría.

—Tal vez, pero sé lo que hay.

Inés sale primero y yo me quedo guardando mis cosas.

Miro el móvil, antes de guardarlo, y veo un mensaje de Massimo, de hace unos minutos:

Massimo:

Solo me excitas tú, por si no lo sabes.

Sonríó por su mensaje, porque, aunque no hemos hablado de qué somos o qué queremos ser, yo quiero serlo todo para él en temas amorosos.

Guardo el teléfono y salgo para trabajar.

Al llegar a su lado, me mira de reojo y yo le acaricio el brazo, sin que nadie lo note, antes de irme a trabajar.

Me paso toda la tarde en una nube, mirando de reojo a Massimo y acariciándolo en cualquier ocasión.

Lo que más me molesta es la cantidad de mujeres que han venido a ponerle ojitos, como si yo no estuviera delante. Claro que a ellas les da igual con tal de conseguir que les bese de la misma manera.

—Al final lo de la cola era cierto —me comenta Inés al acabar.

—Sí, está claro que a la peña le da igual ser el segundo plato en esta vida.

Se ríe.

—Bueno, yo por un beso así no me importaría ser hasta el tercer plato. —Se carcajea—. Disfrútalo mientras dure y luego ya lloraremos las penas con un buen vino.

Se despide de mí y me quedo rayada, porque no me gusta imaginar un final con Massimo. Sea lo que sea esto, es nuestro, y pensar que un día no habrá nada, me duele.

—¿Y esa cara? —me pregunta Massimo, apoyado en la pared que hay cerca de la puerta. Ya se ha cambiado.

—De darle muchas vueltas a la cabeza.

—Sé lo que es eso y, si te apetece, podemos ir al cine. Echan una película italiana que me gustó mucho. Es en versión original...

—Sé italiano por mi madre.

—Algo me contó Lead. —Asiento.

—Vamos a ver esa película. A ver qué tal está.

—Es un poco aburrida..., pero me encanta el encuadre y la fotografía —anuncia divertido, al salir de la cafetería.

—Tú sí que sabes cómo crear expectación —ironizo.

—Bueno, te puedo explicar cómo la veo yo. Para que entiendas por qué me gusta tanto.

—La cosa empieza a mejorar.

Andamos hacia el cine antiguo y pagamos las entradas.

Compro palomitas, bebida y chocolate. Mucho chocolate, por si la peli de verdad es aburrida.

Nos sentamos al final.

Casi no hay gente, aunque podría estar lleno y así no sentiría que no existe nadie más que Massimo.

Eclipsa mi mundo.

—Esta película tiene muy buen juego de luces y sombras —me dice mientras comemos palomitas—. Mira cómo se va iluminando su cara. Cuando se entristece, el color baja unos tonos. El guion no es bueno, pero la fotografía es espectacular y he aprendido mucho de ella. Hice un trabajo sobre esta película que encantó al profesor. —Sonríe orgulloso—. Dice que soy muy bueno... Como si eso sirviera de algo.

—Lo mismo tu lugar está aquí, en la ciudad del cine.

—No, mi lugar nunca será ser libre, Candy.

Veo mucho dolor en sus ojos antes de que me siga contando lo que ve en la película.

Me apasiona verla desde su perspectiva, y se nota que ama mucho esto.

Lo miro enamorada mientras habla. Estoy feliz de que se esté abriendo un poco a mí y me muestre esta parte que tanto le apasiona.

Al salir, le propongo ir otro día al museo y acepta.

Quiero que él también conozca mi mundo en el arte. Aparte de los dibujos.

Llegamos a mi residencia y me muero por decirle que suba. Besarle hasta que solo la piel desnuda quede entre los dos.

Massimo coge mi cara entre sus manos y me besa con tanta ternura que me siento más desnuda que si estuviéramos retozando en la cama, porque, mientras lo beso, siento que cada segundo mis labios gritan «te amo».

—Nos vemos mañana —dice antes de irse.

No le pido más, porque sé que a veces el mejor aliado del amor es el tiempo.

Capítulo 30



Massimo

Observo a Candy hablar sobre la restauración de varios cuadros del museo y de todo lo que se puede saber de un autor al rehabilitar su obra. Entiendo su emoción, como los ojos le brillan llenos de vida cuando habla de lo que le encanta.

Sé que ella podrá tener ese futuro que sueña. Podrá lograrlo.

No como yo.

No nos hemos visto salvo en el trabajo desde que fuimos al cine, hace una semana. Hoy deberíamos estar en clase, pero vino a buscarme para hacer pellas y aquí estamos.

—¿Has visto ese color? —Asiento—. Pues, en realidad, no es marrón. Si lo limpiaran, con seguridad el vestido de la mujer sería de un color más vivo. Un día viajaré a Florencia. Me muero por visitar todos sus museos.

—Seguro que te apasiona.

—También deseo ver las ruinas romanas. Por si no lo pillas, me gustaría ir contigo.

Sonrío y tira de mí hacia otra sala.

Me dejo llevar con el corazón encogido, porque quiero hacer miles de cosas con ella. Quiero prometerle que iremos, que podremos soñar con un futuro..., pero la llamada de mi madre sin responder me recuerda que tengo una vida lejos de mis sueños.

¡Joder!

Candy me mira y decido perderme un poco más en ella, en este presente que me gusta tanto a su lado.

Al salir del museo, me tiende un papel doblado que llevaba en su bolso.

Lo abro y me quedo impresionado con el dibujo para un tatuaje.

Habla de cine, de luces y sombras... De la película que fuimos a ver.

Me quedo sin palabras. No sé qué decir ante tanta belleza, que representa momentos en que acaricié la felicidad.

—¿Quieres hacer de mi piel un colador un poco más? —Sonríe y asiente.

Vamos a mi habitación y, nada más cerrar la puerta, tengo que reprimir las ganas de besarla y quitarle la ropa.

Joder, la quiero debajo de mí, encima... En todas partes. No lo hago porque temo que el sexo complique las cosas entre los dos y porque, si me entrego a ella, tendré que contarle más cosas de mí.

Ahora solo somos amigos que se han dejado llevar, pero si la cosa va a más, no podré ponerle el nombre de amigos a lo nuestro.

Me quito la camiseta y me tiendo de espaldas.

Ella se prepara.

Sabe dónde está todo y lo organiza para empezar a tatuarme.

El primer pinchazo me recuerda que estoy vivo, aunque, si soy sincero, desde que conozco a Candy es lo único que necesito para sentir algo más que oscuridad.

Ella pone mi mundo patas arriba y lo llena de vida.

Hace que sienta que todo lo que he vivido merezca la pena, si he llegado a ella.

—¿No te hago daño?

—Sabes que no me importa.

—No me gusta hacerte daño...

—A veces el dolor es necesario. —La miro y pone una mueca que me muero por besar.

Sigue trabajando en el dibujo y, cuando acaba, sonríe y hace fotos para que lo vea.

—Muy bonito. Ahora quiero otro. —Le señalo mi brazo derecho—. Quiero el mismo que tú llevas, pero con tu letra.

—Tú no crees que la vida sea rosa, Mass...

—Yo no, pero tu sí, y no lo llevaré para recordar cómo veo yo la vida, sino para acordarme de como la ves tú.

—Hablas como si ya te hubieras ido...

—Me iré al final de esta prueba.

—¿Y mientras?

—Seremos buenos amigos. —Veo dolor en sus ojos cuando aparta la mirada y asiente.

Coge la libreta y se pone a dibujar mirando su tatuaje.

Se me encoge el pecho al sentir su dolor, pero el problema es que no puedo prometer nada más y tengo una llamada que responder que me recuerda la razón.

En el fondo, no sé si podré aguantar los años que quedan o tendré que marcharme antes.

Tiendo mi brazo cuando tiene listo el dibujo y lo calca antes de ponerse a tatuarlo.

Al acabar, pasa los dedos por él y, cuando me mira, sus ojos están cargados de lágrimas.

—No quiero pensar en el día en que solo serás un recuerdo.

Una de sus lágrimas cae por su mejilla y la seco con mis dedos antes de acercarla a mi pecho y abrazarla.

—Yo tampoco —admito, porque es la única verdad que le puedo contar ahora mismo.

* * *

—Dime qué quieres —le digo a mi madre por la noche, en cuanto responde mi llamada.

—Te ha costado cogerle el teléfono a quien te dio la vida...

—Ve al grano. Los dos sabemos lo poco que te importo. —Se ríe de esa forma macabra que de niño me provocaba pesadillas.

Sobre todo cuando venía a mi cama y me despertaba solo para decirme que me odiaba y que era un niño horrible. Luego se reía.

Después de eso, yo era incapaz de dormir con tanto dolor en el pecho y, si me dormía, tenía cientos de pesadillas. Algunas de ellas las llevo en la piel, para no olvidar que quien más debía amarme me dio la espalda.

—Necesito dinero y no hace falta que te recuerde lo que me pasará si no pagas...

Dudo, pero al final digo lo que siento, para ver si así todo es diferente.

—La última vez que te ayudo...

—Sabes que no será la última. Eres tan bueno... Tan tonto...

—La última vez y, si te matan..., será tu problema.

—Los dos sabemos que no dejarás de luchar por mí. Eres tan patético.

Cuelga y doy un puñetazo a la pared, asqueado.

Al poco, llaman a la puerta.

Abro y aparece Giò, que, al ver mi mano ensangrentada, la coge.

—¿Todo bien?

—Genial.

—¿Sabes que somos familia y que puedes contar conmigo?

—Ya, claro, como si ser familia fuera tan importante...

—No lo pagues conmigo. —Me aprieta la mano.

—¡Cabrón!

—Te lo mereces por idiota. Yo no sé cómo será tu familia, pero sé que yo por la mía voy al fin del mundo. Y Dante... Bueno, es un gran gilipollas, la mayor parte del tiempo, pero sé que, si lo necesitamos, estará ahí.

—Ya, claro, lo he visto toda mi vida —digo con ironía y aparto la mano—. ¿Algo más que deba saber?

—Nada, salvo que el año pasado me parecías un tío de puta madre y ahora te pareces a nuestro padre. A ese que pasó de nosotros.

—Que te den, Giò.

Se marcha y sé que no tiene malas intenciones, pero no quiero creer que de verdad, si me veo solo, tendré a alguien. Nunca ha sido así. Cuando he pasado hambre, he tenido que robar comida;

cuando he estado enfermo, he tenido que cuidarme solo... ¿Por qué ahora iba a ser diferente, cuando tengo más familiares de los que pueda contar con una mano y siempre han ido a su bola?

La sangre solo es un lazo que te une a gente que, en realidad, nunca hubieras elegido para compartir tu vida.

Capítulo 31



Candy

—Esta noche será increíble. Massimo Bianchi correrá —miro a Andrea en clase y veo que lo ha dicho lo suficientemente alto para que yo lo escuche—, pero es un secreto.

—No lo parece —murmuro.

—¿Decías algo? —me pregunta inocente.

—Nada, que eres un puto bocazas.

—No sé por qué lo dices. A menos que estés escuchando conversaciones ajenas... Algo que no habla muy bien de ti.

La chica que está con él se ríe.

Recojo mis cosas y me marchó, cansada de sus tonterías y de verle la cara hoy.

Llamo a Massimo, pero su móvil está apagado. No lo he visto desde que fuimos al museo y lo tatué. Lo he llamado varias veces, pero tiene el teléfono apagado.

Me pregunto si es por la carrera.

Lo que está claro es que Andrea quería que yo supiera de ello.

Pero no entiendo la razón.

Busco a Dante y, como su clase está a medias, lo espero en la puerta.

En cuanto sale y me ve, su semblante cambia.

—Tengo que hablar contigo.

Salimos hacia fuera y nos dirigimos a una zona poco concurrida.

Le cuento lo que he descubierto y pone mala cara.

—Está claro que Andrea quería que lo supieras y, con seguridad, que estuvieras allí.

—Sí, algo trama. Tenemos que dar con Massimo y saber dónde va a correr.

—Yo me encargo, pero solo por ti, para que no llores por lo que le pase y te pongas muy fea.

—Toca mi nariz.

—Los dos sabemos que no solo lo haces por mí.

—Tú sueñas —dice antes de empezar a andar, y lo sigo—. ¿Adónde vas?

—Contigo. Hoy seré tu lapa, hasta que descubras algo, por si decides dejarme al margen.

—Ese era mi plan —apunta.

—Pues no pienso dejarte solo.

Pone mala cara, pero deja que lo siga hasta su coche rojo.

Entramos en él y vamos hasta su fraternidad.

Una vez allí, pregunta a los que han hecho pellas si saben algo de Massimo.

Nadie sabe nada.

Vamos hasta el cuarto de este y Dante me quita una horquilla del pelo. Luego abre la puerta con mucha facilidad.

—¿Cómo alguien tan pijo como tú sabe reventar cerraduras?

—Por aburrimiento —responde, restándole importancia.

Entramos en la habitación, pero Massimo no está.

Registramos sus cosas.

Me siento una intrusa, pero tenemos que encontrar alguna pista.

No hallamos nada. Solo su móvil destrozado sobre la mesa.

Ahora entiendo por qué no le va.

Salimos del cuarto y buscamos información en redes.

No vemos nada, pero alguien debe de saber algo. Andrea es un puñetero bocazas.

Comemos en el cuarto de Dante, una habitación carente de vida. No hay nada por en medio. No hay nada que haga pensar que aquí vive alguien y que haya dejado su esencia. Esta casi tan frío como él quiere aparentar.

Son cerca de las diez cuando damos con algo y nos trasladamos en coche hasta un barrio chungo.

—Ten, es una radio que conecta con la de la policía. Todo lo que ellos cuenten, podremos oírlo.

—¿Crees que alguien dará el chivatazo de la carrera?

—Creo que Andrea quería que estuvieras allí por algo, y la zona de la carrera no es la de siempre.

Conecto con la policía y voy escuchando los avisos.

Llegamos a la zona y Dante dice que nos quedemos cerca para poder avisar a Massimo, por si hay que salir por patas.

Tiene un mal presentimiento y yo también.

La carrera empieza y escuchamos los avisos de la radio.

Poco antes de que termine, salta una alerta de una carrera ilegal. Ha sido por un chivatazo y mandan a una patrulla.

Estoy casi segura de que el chivatazo es de Andrea.

Corremos hacia la zona.

Dante me tira las llaves, poco antes de llegar, al ver el coche de Massimo vacío y a un montón de gente rodeando a alguien.

Debe de ser Massimo.

—Yo llevaré el coche de Massimo de vuelta. Corred vosotros hasta el mío ya.

Lo miro y voy hacia donde está Massimo.

Me meto entre la gente y lo cojo de la mano.

Hace amago de soltarla hasta que me ve.

Su cara es de puro horror y de miedo. Miedo porque haya descubierto su secreto y, tal vez, por verme metida en esto.

—Hay que irse ya —lo apremio.

Tiro de él y va hacia su coche, pero lo vemos alejándose a todo correr.

—¿Qué narices...?

—¡Vamos! Es Dante. Su coche no queda lejos.

Corremos todo lo que podemos.

Para él es más fácil que para mí, la verdad.

Llegamos al automóvil de Dante y le tiro las llaves.

—¿Qué narices acaba de pasar? —pregunta al mismo tiempo que escuchamos las sirenas de la policía.

Se queda pálido.

—¡Arranca!

Reacciona y salimos de ese sitio, que empieza a ser un caos.

Por suerte, hemos sabido antes que otros lo que iba a suceder y podemos escaparnos con rapidez.

Massimo detiene el coche en una zona oscura, alejada de todo, apenas iluminada por una farola medio rota.

—¿Qué narices acaba de ocurrir?

Está agitado. Con seguridad, por la carrera y por lo que ha pasado después. Parece muy nervioso.

Por eso, sin pensarlo mucho, me siento a horcajadas sobre él y pongo mis manos en su cara.

—Relájate.

—No me puedes pedir que me relaje contigo encima así.

Sonrío.

—Bueno, pues solo piensa en mí. —Acaricio sus facciones.

—Candy... —pone sus manos en mi cintura—, quiero saber qué ha pasado y cómo narices sabías que iba a ir la policía.

—Era una trampa, Massimo. Estoy casi segura de ello —lo miro aterrada— y creo que quien está detrás de esto es Andrea. Quería que estuviera aquí, contigo.

—Su venganza por no tenerte. —Asiento—. ¿Cómo lo sabes?

Se lo cuento, y cómo Dante y yo lo hemos preparado todo.

Justo cuando termino de hacerlo, me llega un mensaje de Dante. Es una foto del coche de Massimo en un aparcamiento, e indica que todo está controlado. Nos pregunta si nosotros estamos a salvo.

Le digo que sí y manda un okey.

—Al final, voy a pensar que le importo y todo —bromea Massimo.

—Creo que a Dante le importáis, pero es demasiado orgulloso para decirlo.

—Bueno, pues tal vez recupere su vida de rico pronto. —Acaricia mi cintura—. Siento que hayas visto esta parte de mí...

—Yo no, porque quiero conocerlas todas y esta es una más. Lo que desconozco es lo que te ha llevado a esto, y me gustaría saberlo.

Clava sus ojos dorados en mí, esos que me sé de memoria, a pesar de la poca luz que tenemos aquí, y veo tristeza en ellos. Me parte por dentro.

—No voy a irme. Mi sitio está aquí, contigo, y sé que no me crees, por lo que dejaré que los hechos hablen solos.

Sonríe con tristeza.

—No sé si quiero hablar para acercarte a mí o para que mi pasado te aleje y así no tener que lidiar con lo que me haces sentir.

—Habla y ya se verá qué pasa.

—No soy de los que cuentan lo que les ocurre o expresan cómo se sienten...

—¿Alguna vez alguien ha estado ahí para escucharte? —Niega con la cabeza—. Entonces, te toca abrirte y aprender cómo se hace. Para todo hay una primera vez y me va a encantar desvirgarte emocionalmente.

Sube sus manos por mi costado y las mete bajo mi ropa.

—Mass..., no te distraigas.

Echa el sillón hacia atrás, para que estemos más cómodos, y luego deja caer su cabeza en el hueco de mi cuello.

Acaricio su pelo y dejo que se tome su tiempo para hablar, mientras siento como acaricia mi piel desnuda bajo la camiseta.

—Mi madre me metió en esto cuando tenía catorce años...

—¿Cómo? Si aún no tenías carné de conducir...

—Conducía mi moto.

—Ah, vale. Eso era más peligroso, ¿no? —Asiente—. Sigue.

—¿No te vale solo con eso? —Muerde mi cuello—. Se me ocurren mejores cosas que hacer con mi lengua...

—Mass... —Ríe sobre mi piel y me muerde.

Tiemblo de placer solo por sentirlo. Sus caricias y sus besos nublan mis sentidos, pero lo aparto y lo miro seria.

—Vale, pero se me da mejor el sexo que hablar...

—No lo parece. Me llevas ignorando hace días, a menos que... —se me corta la voz—, hayas estado con otras —lo digo con un hilo de voz y Massimo me acaricia los labios.

—No he estado con nadie que no seas tú desde hace mucho tiempo, Candy —noto cómo me relajo—, pero eso no cambia mi mierda de vida, ni adónde me llevan las malas decisiones de mi madre.

—Quiero entenderlo todo mejor. Habla, por favor.

Toma aire y espero que me distraiga de nuevo con sus besos o caricias. Lo deseo tanto, que lo mismo me olvido de todo lo demás, si me besa.

—Mi abuela tuvo a mi madre cuando tenía casi cincuenta años. Había llevado una vida alocada y tenía seis hijos. Ninguno del mismo hombre. Cuando mi madre llegó, fue una sorpresa para todos. Se centró en ella y, por lo que sé, mi madre siempre ha sido problemática y alocada. El resto de sus hijos siguieron con sus vidas. Tengo primos que ya tienen hijos. Ten en cuenta que mi abuela tuvo a su primer hijo con dieciocho años.

—Madre mía, entonces tienes una familia enorme.

—Sí, pero no sirve de nada. No los siento como tal —confiesa.

—¿Qué pasó?

—Pues que mi madre se encaprichó de mi padre y no paró hasta que se acostaron. Solo tenía diecinueve años. Por lo que me contó mi madre, lo engañó para que se acostara con ella sin usar preservativo. Le hizo creer que se lo había puesto y era mentira. Ella quería ser la mujer de un hombre rico a toda costa. Pensaba que un hijo le haría dejar a su mujer y darle todo a ella. Cuando mi padre se enteró de que esperaba un hijo, le dijo que me daría su apellido. Lo que hizo. Mi madre esperaba que se divorciara o la hiciera una amante rica... Cuando eso no pasó, empezó a pagarlo conmigo.

Me recorre un escalofrío.

—¿Cómo?

—Nunca me pegó, pero juro que tal vez una bofetada no me hubiera dolido tanto, porque sus palabras me destrozaban. Sobere todo cuando era un niño que creía en los mundos fantásticos. Yo pensaba que existían y que, si lo pedía con fuerza, un día aparecería un unicornio de cuerno dorado que me sacaría de esa casa y me salvaría... Claro que solo tenía cuatro años cuando creía esas tonterías.

Tonterías o no, sus palabras hacen que me recorran cientos de escalofríos por mi fijación con los unicornios de cuerno dorado.

—Por eso los odias.

—Mi madre destrozó todos mis juguetes —dice como respuesta— y me contó que lo mágico no existía. Se rio de mí por creer en esas bobadas y destrozó mis sueños cuando aún no era capaz de asimilar nada.

—Mass...

—No quiero tu lástima, Candy.

—No siento lástima por ti, solo ganas de abrazarte y de sacar los ojos a tu madre por todo eso.

—Ya, te puedo entender.

—¿Y tu abuela?

—Mi abuela estaba muy centrada en mi madre. Me daba de comer, una caricia de vez en cuando, pero nunca me vio. Ella solo tenía ojos para mi madre, pero era tan pequeño, que me conformaba con eso. Era la única que, de vez en cuando, se daba cuenta de que yo existía. Mi familia, mis tíos y mis primos, nunca estuvieron ahí. Odiaban a mi madre por cómo era, y no me extraña. A mí también, porque decían que seguro que era como ella, y no querían que sus hijos se juntaran con alguien como yo.

»Cuando crecí y para sobrevivir me metí en líos, porque el sueldo de mi abuela se lo gastaba mi madre en sus juegos, fue peor... Tuve que robar para comer, Candy, pero era eso o nos moríamos de hambre.

Acaricio su mejilla notando como tiembla por confesar eso.

—Mass, si yo hubiera tenido hambre, te juro que habría hecho lo que fuera necesario para sobrevivir.

—Odio saber que, para ser quien soy, tuve que robar comida en el mercado, cuando nadie miraba. O quitar algunas carteras...

—¿Cuántos años tenías?

—Diez años cuando vi a mi abuela llorar, porque mi madre se había gastado todos sus ahorros. Me junté con mala gente para conseguir dinero...

—Eras un crío.

—Sabía lo que hacía y que eso me podía llevar a la cárcel. También que mi padre era un hombre rico que dejaba que me muriera de hambre. Vi fotos de él y de Dante, y los odié, porque con uno solo de sus ricos zapatos yo podría haber comido un mes.

—Empiezo a entender tu odio hacia Dante.

—Él no tiene la culpa de haber nacido en el lado correcto de la cuna y no ser un puto bastardo, pero lo odiaba porque yo solo quería que mi madre nos sacara de ese sitio.

—¿Y qué pasó?

—Mi madre, a cada año que pasaba y mi padre no iba a buscarnos, me decía cosas más crueles. Un día robé una moto... Lo sé, no debí hacerlo, pero quería huir de todo. Se me daba bien conducir, había conducido las de mis amigos y era muy bueno... Pero la policía se dio cuenta y me tocó correr por Roma para dejarlos atrás. Mi hazaña salió en las noticias, y cómo les di esquinazo. Dejé la moto y salí corriendo.

»Creí que nadie sabía quién era, pero Lorenzo, el padre de Andrea, lo descubrió. Vino a verme y me regaló una moto a cambio de que corriera para él.

»Le dije que no, pero murió mi abuela y uso la adicción al juego de mi madre para hacerle perder dinero que no tenía. A cambio de saldar su deuda, yo solo tenía que correr para él...

»Me volví a negar y le dieron una paliza que casi la mató... Me sentí muy culpable. Tanto, que me ahogaba la culpa. Por eso, acepté correr para Lorenzo y mi madre era feliz, porque así podía jugar y saber que yo era su seguro.

—Menuda joya de madre.

—No lo sabes bien.

—¿Y qué pasó?

—Que murió mi padre y me dejó una casa y una pensión. Le indiqué a mi madre que me marchaba y que ahora que tenía una pensión y una casa, que me olvidara. Yo empezaría de cero.

»Cuando vine aquí, al principio no supe nada de ella y, por primera vez, pensé que podía dejar el pasado atrás, ser otra persona, una sin cargas. Una que se sentía indigna de ser feliz..., hasta que ella se metió en líos y regresé a Roma para correr y evitar que la mataran.

—Y desde entonces te ha estado usado de nuevo.

—Y no terminará nunca.

—Siempre hay una salida...

—No puedo dejar que la maten.

—Massimo, no eres culpable de los errores de tu madre. Ella decide esto. Ella decide no decir basta. Ella ha decidido joderte la vida desde que naciste y te usó solo para conseguir dinero. Hasta que no la dejes sola y vivas tu vida, no asumirá que no puede usarte.

—Eso mismo me dijo mi tía.

—Tal vez es lo que debas hacer, o acabarás en la cárcel. Esta noche ha faltado poco. Tienes veinte años y tu vida no puede acabar entre rejas tan pronto, por una mujer que nunca te ha querido.

—No es fácil. No sé si sabría vivir con la culpa.

—Lo harás cuando asumas que no es tu culpa lo que le pase, Massimo. De toda esta historia, solo he sacado en claro que eres alguien leal a las personas que te importan.

—Soy un gilipollas...

—Eres una persona increíble y tu madre te hizo creer lo contrario. —Acaricio su mejilla.

—No quiero seguir hablando. Solo quiero olvidarme de esto. Me siento... raro. Como si estuviera desnudo. Es una mierda esta sensación.

—Se me ocurre algo que hará que te olvides de todo y te calmes. —Tiro de mi camiseta y me la quito.

No llevo sujetador y sus ojos van hacia mis pechos.

—¿Aún quieres estar conmigo, a pesar de todo lo que sabes de mí? Siento que te toco con manos sucias...

—Más que nunca, Massimo. —Cojo sus manos y las beso—. Eres increíble. Un luchador, un superviviente, un chico legal...

Me besa y le devuelvo el beso, haciendo que nos olvidemos de este mundo tan cruel que dejó que un niño indefenso tuviera que buscarse la vida, siendo hijo de uno de los hombres más ricos

de los Estados Unidos.

Capítulo 32



Candy

Tiro de la camiseta de Massimo y acaricio su piel, sabiendo que esta gran persona ha tenido tan poco amor en su vida. Ha tenido que mendigar no solo por la comida, sino por sentir algo que no fuera soledad.

Ahora comprendo muchas cosas, y su sentimiento de que la felicidad no está hecha para él.

Lleva veinte años sintiendo que la «magia» no existe y eso incluye el amor o la felicidad. Esos sentimientos que hacen que el mundo te parezca menos gris y más brillante.

Nos besamos como dos personas que lo esperan todo del otro y que sienten que han encontrado el lugar donde su corazón puede latir con fuerza.

Estoy perdidamente enamorada de él y pienso luchar por que entienda que también merece ser feliz.

Su boca se enreda con la mía y nos besamos bebiendo del otro.

Me contoneo sobre su dura polla, notando como crece contra mi sexo...

—Candy..., no tengo condones. No esperaba acabar así. Vamos a mi cuarto.

Pienso en lo que me hizo mi exnovio, en cómo cedí mi confianza a alguien que no la merecía sin estar segura, solo porque creía amarlo. Ahora me doy cuenta de que, en realidad, lo que amaba era ser la pareja de alguien, porque el amor no es obsesión.

El amor te hace sentir cientos de mariposas y a la vez la paz de estar en casa.

—Me consta que estás limpio, porque no paran de hacerte exámenes...

—Ya, pero no quiero hijos.

—Tomo la píldora, Mass, y yo no he estado con nadie que no seas tú desde lo de mi exnovio. Por su culpa tuve que hacerme muchas pruebas. Confío en ti como nunca he confiado en nadie.

—¿A pesar de todo?

—Lo que he descubierto de ti solo me hace saber que eres a quien quiero aquí y ahora.

Ruge y me contoneo de nuevo.

—Candy, nunca he hecho esto.

—No lo hagas si no quieres —le digo, apoyando mi frente en la de él.

—Quiero. Joder, claro que quiero.

Coge mi cara entre sus manos y nos besamos.

Luego baja un reguero de besos hasta mis pechos y los devora tirando de ellos y succionándolos hasta que creo que puedo correrme de esta forma. Sintiendo su boca y como mi sexo se roza con el suyo.

Me quito el pantalón y la ropa interior como puedo, mientras Massimo libera su sexo. Pone sus manos en mi cintura y caigo sobre su dura polla, notando que entra poco a poco dentro de mí.

Noto como mi cuerpo se abre a él y tiemblo de placer, y de algo más intenso, que me hace sentir todo esto de forma más especial. Nos miramos a los ojos cuando entra del todo y me pierdo en él, a pesar de la poca luz.

Sonríe y, por cómo me mira, siento que para él soy perfecta, sin necesidad de que me lo diga.

Con mi exnovio nunca me sentí así. Siempre necesitaba escuchar de sus labios un «te quiero» que tal vez nunca alcancé a ver en su mirada, y de ahí mis dudas e inseguridades.

Con Massimo no necesito subtítulos.

Massimo

Se deja caer sobre mi dura polla y creo que voy a morir de placer.

Joder, ella me hace sentir cosas que nunca he experimentado, y no solo sexualmente.

Ella hace que me sienta desnudo y vivo.

Pongo mis manos en sus caderas, mientras nos movemos juntos, sintiendo como su cuerpo se abre a mí sin nada que nos separe.

Es una sensación increíble. Algo que sé que no hubiera podido hacer con otra persona en quien no confiara tanto, pero por esta mujer saltaría al vacío sin pensarlo, si ella me asegurara que no me pasaría nada.

Noto que se abre a mí, y más cuando estira las piernas un poco más y noto que llego hasta el fondo.

Joder...

Llevo mi mano a su sexo y juego con su húmedo clítoris, haciendo círculos.

Su respiración se agita y se mueve más rápido.

Nos movemos con más fuerza, hasta que se corre, haciendo que yo lo haga tras ella. Derramo mi esencia en su apretado coño mientras noto como este me succiona.

«¡Madre mía! ¡Qué puta pasada!».

La beso con lentitud, perdido en ella, antes de vestimos.

Luego vamos hasta mi habitación y Candy busca la libreta de hacer bocetos, tras la ducha que nos damos juntos.

Me tiro en la cama y la veo trabajar, sentada en la silla, solo con una de mis camisetas, con las piernas cruzadas.

Mientras la observo, pienso en todo lo que le he contado, en la vergüenza y el dolor que siempre he sentido de admitir mi pasado. A veces pienso que solo era un crío con hambre, pero, otras, me cuesta perdonarme por haber tenido que robar para que comiéramos en casa. Pedí dinero a mi familia, pero todos dijeron que mi madre no aprendería si se lo daban todo hecho.

Ninguno se paró a pensar que, para aleccionar a la irresponsable de mi madre, me estaban arrastrando a mí.

Por eso, para mí, tener dos hermanos no fue importante, porque la familia nunca había sido sinónimo de lucha y unión.

Candy sonrío y me pierdo, sabiendo que estoy locamente enamorado de ella. Tal vez, desde el primer día que la vi.

Siempre supe que ella no sería como el resto.

—Listo, a ver qué te parece.

Se sienta en la cama, donde estoy, y me muestra lo que ha hecho.

Es un tatuaje de un unicornio y un ave fénix que se miran fijamente.

—Intuyo que tú eres el unicornio.

—Sí, y tú el ave fénix. Ese ser mágico que siempre resurge de sus cenizas.

—Lo hago porque no me queda otra.

—Tal vez, pero aquí sigues. Los dos sabemos que, si me has contado todo eso, es porque en el fondo tienes la esperanza de que puedas tener una vida en la que tú seas quien dirija tus pasos.

Sonríe, porque sabe que tiene razón y, joder, la tiene.

Cuando vino para salvarme y vi que, a pesar de la carrera, quería protegerme, supe que era diferente; que, a pesar de todo, seguía a mi lado, y eso me hizo hablar. Contar una historia sobre un pasado que odio.

—No sé si, cuando llegue el momento, sabré decirle que no a mi madre.

—Debes, porque, si no, toda tu vida serás su monigote. Ella solo te tuvo para un fin. Solo quiere de ti que seas quien le salve el culo... Eres mucho más que el hijo de alguien. Eres Massimo Bianchi y puedes ser quien quieras. No dejes que te arrastre más.

—No sé...

—Soy el unicornio que te salva. —Toca divertida el dibujo—. ¿Ves como los sueños se cumplen? Solo tienes que volver a creer en ellos.

Le tiendo el dibujo para que me lo haga en el pecho, entre todos los que hablan de oscuridad para que no olvidara ni una sola de mis heridas.

Candy lo prepara todo y se pone a tatuar mientras mi cabeza es un hervidero de preguntas sin respuestas.

En el fondo sé que debo cortar el lazo que me une a mi madre, porque si no acabaré en la cárcel.

Lo de esta noche ha sido un aviso. Un recordatorio de dónde puede acabar mi vida.

Cierro los ojos y siento las agujas en mi piel, sabiendo que este dolor no es nada comparado al que noto en mi pecho.

—Listo —me anuncia pasado un rato.

Salgo de la cama para verlo en el espejo.

Candy se pone a mi lado y me abraza.

Me encanta el tatuaje y lo bien que quedamos juntos.

—Se ve raro entre tanto dolor —digo.

—Bueno, así destaca con más fuerza. —Lo acaricia—. No voy a dejarte solo con esto y sé que, si los dejas, Giò y Dante estarán ahí. No tienes que librar esto solo. Tienes amigos y familia que, esta vez, sí darán la cara por ti.

No respondo, porque la verdad es que no lo creo.

Vamos a la cama y se acomoda en mi pecho.

Ella se duerme enseguida, pero a mí me cuesta un rato hacerlo y no paso buena noche. Por eso, cuando Candy trata de salir de la cama para no agobiarme por despertarse en mi cama, tiro de ella para que regrese.

—Quédate —le pido, y me besa antes de abrazarme para dormirse de nuevo.

¿Puede ser posible una vida donde yo sea el que decida? ¿Puedo vivir sin que la culpa por lo que le pase a mi madre no me destroce? No lo sé.

Capítulo 33



Massimo

Candy se ha marchado con su prima de compras.

Giò me preguntó que si estaba bien, porque se había enterado de la carrera.

—Por suerte, sí.

Dante se nos acercó y me dio las llaves de un automóvil que no era el mío.

—Te he cambiado el coche. El tuyo ahora mismo es peligroso llevarlo, y no me des las gracias. Es de nuestro padre. Tenía toda una colección de vehículos y, total, para no usarlos. Solo los miraba.

Salí a la calle y vi un cochazo negro deportivo, del estilo que me gusta.

—Es muy caro...

—Me importa una mierda si lo jodes. El viejo ya no está. Puedo hacer con sus cosas lo que me dé la gana.

Dante entró a la casa y lo llamé:

—Gracias.

—No lo hice por ti. Es solo porque ir a visitarte a la cárcel para conseguir mi herencia no me hace gracia.

Se alejó, pero, aunque parezca que todo le importa una mierda, sentí que no lo hizo solo por eso.

Ahora estoy en mi cuarto cambiando la tarjeta del móvil a uno nuevo que ha aparecido en mi mesa. Seguro que ha sido cosa de Dante.

Lo enciendo y veo varias llamadas perdidas de Lorenzo.

—¿Qué vas a decirme? ¿Que es una desgracia que no esté entre rejas?

—No ha sido cosa mía. Ha sido mi hijo Andrea, por celos. Parece ser que estás con la chica que le gusta, pero ya he arreglado ese problema. Viene de vuelta. Él quería que os cogieran a los dos. Suerte que eso no pasó, ¿verdad?

—¿Ha quedado saldada la deuda?

—De momento, sí...

—No habrá más. No pienso volver a correr. Esto se acaba aquí. Desde este momento mi madre está sola con sus errores.

—Ya lo veremos...

Cuelga y miro asqueado el móvil. No me gusta tener tratos con alguien así.

Pero si quiero que acabe del todo, debo hacer una llamada más.

Llamo a mi madre.

—No pienso darte las gracias. Es tu deber...

—No, no es mi deber y no pienso hacerlo más. Esto se acaba aquí y ahora. Ahora tengo otra vida y no quiero dejar que la domines.

Se ríe, de esa forma que me aterraba de niño.

—¿Y el bueno de Massimo podrá vivir si me matan por su culpa?

—No será por mi culpa. Será por la tuya y tal vez me cueste al principio, pero un día dejaré de sentirme culpable si te matan por tus errores. Así que, ya sabes, agradece que te he salvado el culo una vez más y deja de meterte en líos.

Cuelgo y espero de verdad que lo haga y que se dé cuenta de que está sola.

El problema es que siento que no lo hará, porque cree que me tiene en sus manos. Es triste, pero tal vez la única forma de que sea libre es decirle que no, a pesar de las consecuencias que acarree ese hecho cuando llegue el momento.

Rezo porque ese momento no llegue, porque no sé si seré fuerte para decirle que se acabó, si sé que corre peligro.

* * *

Entro en la cocina agitado, a por algo de agua, y veo a Cruz mirar hacia fuera con mala cara.

Normalmente me iría, porque cada uno debe lidiar con sus problemas y yo ya tengo suficientes con los míos, pero no lo hago.

Me acerco a él, porque me cae bien. Es un gran tipo al que me gusta tener en mi vida.

—¿Qué pasa? —Me mira—. No tienes buena cara.

—La tuya no es mejor, ¿lo sabes?

—Lo sé. Mi vida es una mierda...

—Pues si quieres hablar, ya sabes dónde estamos. Somos un equipo —indica, dejando claro que más de uno del equipo me escucharía, y tal vez sea así.

—Por regla general, no suelo pedir ayuda, porque, cuando lo hice, nadie estuvo ahí.

—Pues esas personas eran unos putos capullos, no como nosotros, que somos buena gente.

—Anda, dime qué te pasa.

Cruz duda y deja la taza que tiene en la mano sobre la encimera.

—Me gusta alguien. —Lo miro, esperando que confiese que es Candy, algo que me molestaría. La cosa iba bien sin saber esto—. Tranquilo, tu chica ya no me atrae.

«Mi chica...», lo pienso y, aunque no le hayamos puesto nombre a lo nuestro, sé que en el fondo siempre fuimos un nosotros.

—Me tranquiliza eso, la verdad, porque, como tío, eres mejor que yo.

Se ríe.

—No lo creo... En fin, es otra persona. Alguien del equipo. —Me mira con temor; como si me fuera a afectar el hecho de que le guste un tío.

En verdad, me da igual.

—¿Y te ha rechazado? Lo digo por tu cara de mierda, y eso.

Se relaja al ver que su confesión no cambia nada en mí.

—Pues sí, y me da miedo que ahora las cosas en el equipo se jodan, por lo que le dije.

—¿Por?

—Por si va contando que soy bisexual y alguien se siente intimidado en los vestuarios.

—Pues si no se siente a gusto en este equipo, donde cada uno puede ser lo que le dé la gana, que se largue. A mí no me importa seguir enseñándote mi atractivo cuerpo desnudo.

Se ríe y me da unas palmadas en la espalda.

—Gracias —me dice más tranquilo.

—De nada.

—Ahora te toca.

—No te voy a contar mis mierdas...

—Bueno, hoy no, pero tal vez otro día, ¿verdad?

Me mira y asiento. Luego se va a por algo de cenar.

Giò se nos une y otros del equipo. Uno de ellos saca el tema.

—Así que, ¿te gusta Baal y te ha rechazado?

Más de uno lo mira.

Cruz se ponte tenso y me pongo a su lado.

Giò hace lo mismo y Dante entra a ver qué pasa, como buen cotilla que es, aunque diga lo contrario.

—¿Algún problema con quién le guste? —pregunta, dejando claro que lo ha escuchado todo.

Mira de una forma tan amenazante al compañero que ha hecho la pregunta a Cruz, que juro que da miedo. Parece el puto diablo.

—No, en verdad me da igual. Solo quería preguntarle si está bien.

—Pues no lo ves, que tiene una cara horrible —dice Dante con poco tacto—. El amor es una mierda. Ahora, a cenar, y si alguien se mete con este tío, le hago una nueva sonrisa.

Asienten y Cruz le da las gracias.

—No lo hago por ti. Me aburro y romper la cara a alguien idiota me parece divertido.

Dante coge algo para cenar y se marcha.

Cruz se relaja y, cuando entra Baal, se miran. Sé que puede traer problemas.

—Quien no esté a gusto en el equipo, que se marche —indico—. Aquí somos un equipo. Dentro y fuera del campo.

Baal asiente y se marcha.

—¿No había otro peor? —murmuro a Cruz.

—Se ve que no —dice Cruz antes de coger las cosas y cenar con todos en la mesa del salón.

Pronto la conversación cambia y hablamos de fútbol.

Si soy sincero, me gusta esto, pero nunca me he permitido disfrutarlo, porque pensaba que no era real.

Ahora creo que hay una posibilidad de poder formar parte de algo que sea mío y no ser solo el monigote de alguien que nunca me quiso.

* * *

—No hace falta que te lo diga... o tal vez sí —comenta Giò en mi habitación—. Voy a estar ahí si lo necesitas. Somos hermanos y no podría seguir mi vida desentendiéndome de eso.

—Creo que yo tampoco, pero tengo mucha familia, Giò, y nunca han estado ahí.

—Porque seguro que eran un atajo de gilipollas, como nuestro padre —lo dice Dante desde la puerta—. No sabéis la suerte que habéis tenido de no vivir bajo su techo.

Veo dolor en sus ojos. Algo que siempre ha estado presente, pero que ahora sabemos que fue por nuestro padre.

—Mi madre seguro que se le parece —admito.

—¿Haces todo esto por tu madre? —indaga Giò, y asiento.

—Bueno, es eso o dejar que la maten de una paliza.

—Joder... —suelta Giò.

—Yo lo tendría claro —señala Dante, entrando en el cuarto y apoyándose en el escritorio—: que le den la paliza. Así aprenderá que sus problemas son de ella.

—Ya, pero a ti seguro que te la suda si la matan —digo.

—Pues la verdad es que sí, pero ella es la única dueña de su destino. Si quiere jugar con fuego, que se queme. Ya es mayorcita. No tienes que cuidar más de ella —indica Dante pragmático.

—Estoy con él —dice Giò.

—Y, si quieres correr, hazlo de forma legal. Tengo un circuito del que soy dueño, no muy lejos de aquí. —Lo miramos—. Mientras vosotros estáis aquí, sin hacer nada... Yo compro y vendo inmuebles.

—¿Con qué fin? —me intereso.

—Recuperar mi fortuna para no tener que seguir las normas de mi padre. Me quedan dos años para conseguir que su herencia me la sude y ser mejor que él.

—Vamos, que prefieres eso a ser nuestro hermano —dice Giò serio.

—Bueno, prefiero no jugar como quiere mi padre. Tengo derecho a querer joderlo aun muerto.

La mirada de Dante reluce y me pregunto por qué cosas habrá pasado para llegar al punto de querer conseguir su propio dinero y así seguir llevando la vida que quiere sin el de nuestro padre.

—Puedes invertir mi dinero la próxima vez que tengamos liquidez.

—El mío también. Si quieres joder a nuestro padre, estaré de tu lado. A ese cabrón nunca le importamos.

Dante asiente y se marcha.

Sé que es porque no sabe cómo lidiar con algo así. La gente que ha nacido con palos desconoce lo que es vivir entre algodones.

Giò se queda un rato y le cuento lo mismo que le dije a Candy.

—Yo hubiera hecho igual —afirma seguro—, pero te toca cortar todo lo que te ata a ella, aunque duela. Además, si pasa algo, estaremos ahí. No estás solo. Ya no. —Me da unas palmadas en la espalda y se marcha.

No le digo que en el fondo sigo sintiendo que, cuando todo se joda, tendré que aceptar que la gente solo está contigo para las risas, pero pocos para cuando necesitas un paño de lágrimas.

Capítulo 34



Candy

Hago un dibujo del atardecer en la playa de Santa Mónica.

Estoy dándole algunos matices cuando alguien pone ante mí un peluche de unicornio similar al que yo quería de niña.

Lo miro y veo como se enciende con luces de colores.

Lo cojo emocionada y me giro, sabiendo que quien está tras de mí es Massimo.

No nos hemos visto desde el fin de semana y ya estamos a viernes, pero me ha escrito cada noche para saber qué tal mi día y hemos estado hablando por mensajes.

—¿Cómo sabías cómo era? —le pregunto feliz.

—Me quedé con el dibujo de tu antiguo coche e intuí que era algo parecido. Mandé que te lo fabricaran y acaban de dármele.

—Me encanta... Pensé que nunca lo tendría. En verdad, no sé si es exactamente igual, pero así es como lo recuerdo y ahora es mío.

—No quiero que dejes de luchar por lo que quieres.

—¿Eso te incluye a ti? Porque... yo te quiero, Massimo.

Lo noto perdido con mi «te quiero» y pienso que hará como Dante: salir corriendo.

Me pregunto si es la primera vez que alguien le dice que le quiere y duele pensar que alguien tan maravilloso lleva veinte años sin ser amado por nadie.

Se levanta y me levanto con él.

Massimo me alza para cogerme en brazos y enredo mis piernas en su cintura.

—Te quiero, Candy. No sabes cuánto —me confiesa, y me pierdo en sus ojos dorados antes de besarlo con todo el amor que siento por él.

Noto que el corazón me va a estallar en el pecho por todo el amor que siento por este hombre.

Cuando nos besamos, el amor marca los pasos de cada uno de nuestros besos.

* * *

Animo con todas mis fuerzas, viendo como los chicos vuelven a ganar.

Massimo corre hacia donde estoy y me besa tras quitarse el casco.

Da igual quién nos mire. Solo somos nosotros y nuestra locura momentánea.

—Te veo luego en la fiesta —me dice antes de morderme el cuello.

Se aleja y, cuando me giro, mi prima sonrío.

—Igual de intenso que su hermano. —Asiento—. Ya veo. Ahora vamos a prepararnos para la fiesta.

Nos marchamos con las chicas a los vestuarios.

Iremos a cenar y beber antes de ir a casa de los chicos.

Massimo y yo estamos mejor que nunca, a pesar de que veo el miedo en sus ojos dorados, una y otra vez. Sobre todo, cuando le suena el móvil.

Desde que nos confesamos que nos queríamos ha pasado un mes y siento que su madre no tardará en dar señales de vida para pedir ayuda a su hijo.

En ese momento, Massimo deberá elegir entre ella y él, y sé que no será fácil.

Temo el día en que llegue esa llamada.

No debe de ser sencillo cortar lazos con quien te dio la vida.

Salimos ya arregladas y vamos a tomar algo.

Inés se suma a nuestra fiesta y bebemos y comemos con ella.

Por lo que sé, últimamente, ella y Cruz están muy juntos.

Resulta que Inés es también bisexual y, cuando se corrió el rumor, por culpa de Baal, que quiso que la gente mirara raro a Cruz, Inés se acercó a este y estuvieron hablando de todo eso.

Desde entonces son inseparables y no me extrañaría que lo suyo un día fuera algo más.

Al llegar a la fraternidad, busco a Massimo. Como no lo encuentro, pregunto a Dante, que mira a la gente desde una esquina, como si todo se la sudara.

—¿Sabes dónde está Massimo?

—Sacó el móvil y subió a su cuarto. No tenía buena cara.

—Lo mismo le ha llamado su madre.

—Puede ser. Esa zorra no parará hasta que acabe con él. —Dante me mira de una forma que me da escalofríos.

—Ojalá no.

Asiente, pero veo en sus ojos que cree que todo irá mal.

Subo a la habitación de Massimo y me lo encuentro mirando el teléfono sin hacer nada.

Voy hasta él y le agarro la mano.

—¿Te ha llamado?

—Debe mucho dinero... Le he dicho que no.

Su móvil suena y veo que en la pantalla pone «Lorenzo».

Massimo me contó lo que hizo Andrea por celos y es horrible que alguien finja ser alguien que no es hasta que muestra su peor cara.

Yo nunca vi nada raro en él, pero tampoco en mi exnovio. Aun así, no por eso voy a dejar de conocer gente. El problema lo tienen ellos, no yo.

—No, no lo haré... Si te ha llamado para que me presiones con tus amenazas, ya me dan igual. No volveré a salvarle el culo... Sí, ella sabía que no la ayudaría más, por lo que si decidió eso, es su problema. —Cuelga y me mira perdido—. ¿Por qué me siento como si fuera un puto verdugo? —Se pasa la mano por el pelo y coge las llaves de su coche antes de salir corriendo.

Aunque trato de llegar hasta él, no consigo hacerlo y solo veo como se aleja en el automóvil.

Lo veo irse sabiendo que no tengo forma de dar con él; que, como siempre, lidiará solo con sus problemas, porque así es como lo ha hecho toda la vida.

Yo creía que todo esto había cambiado, pero estamos en el mismo punto. Solo que ahora mi corazón está en juego.

Capítulo 35



Massimo

No estoy bien. La ansiedad me está matando.

Por eso, llamo a mi tía, antes de volver a casa, sintiendo que algo no va bien.

Por mi culpa...

Decido llamar a mi tía.

—Hola —le digo cuando me coge el teléfono—, ¿sabes algo de mi madre?

—Estoy en el hospital. Le han dado una paliza y está en coma.

—Es por mi culpa...

—No, es de ella, por no haber querido llevar otra vida. Si sale de esta, tal vez aprenda.

—No lo hará... No, mientras él me pueda tentar para que corra para él usándola a ella como cebo.

—A tu madre nadie le ha puesto una pistola en la cabeza para jugar y apostar. Está en esto porque ha querido.

—No sé como puedes ser tan fría sabiendo que tu hermana se juega la vida, o cuando a mí casi me mata el hambre.

—No lo hice bien..., pero tampoco era mi problema, Massimo. Cuando tu madre os robaba el dinero, yo tenía que sacar a mi familia adelante con un sueldo y nadie me ayudó. Tu abuela solo tenía ojos para ella. ¿Por qué yo tendría que quitar un plato de comida a mis hijos para salvarlos a vosotros? Cuando toca elegir, lo haces por quien más amas.

Sé que mi tío fue despedido de la fábrica y que solo tenían un sueldo. Mi tía tiene cinco hijos y en su casa viven, además, dos de sus nietos.

Al final, no le quedó más remedio que decir que no.

—Voy a ir.

—Aquí estaré, pero, Massimo, esto no es tu culpa. Pase lo que pase, cada uno es responsable de sus propias decisiones.

Cuelgo y me marcho para hablar con el abogado de mi padre y pedirle dinero.

No quiero pasar por mi casa para evitar contar esto a mis hermanos o a Candy y ver que ellos no entiendan mi dolor ni mis acciones.

No estoy preparado ahora mismo para su rechazo. Y menos cuando me estoy ahogando por la culpa.

Candy

—Massimo está viajando a Roma —nos informa Dante a Lead, a Giò y a mí.

—¿Y se marcha sin decir nada? —pregunto angustiada.

—Debe de creer que lo que está pasando lo tiene que resolver solo —comenta Giò.

—¡Y una mierda! Somos un equipo y no me pienso quedar aquí, viendo como nos necesita y no estamos a su lado. Seguro que algo le ha pasado a su madre —digo—. Necesito dinero para viajar.

Miro mi cuenta y veo cuánto dinero tengo.

Luego consulto vuelos, hasta que Dante me quita el móvil.

—Pensé que querías ir, y ya nos espera el avión privado de mi padre.

—¿Nos espera?

—Bueno, no voy a dejar que vayas sola, sabiendo que hay alguien que da palizas por ahí. —Dante aparta la mirada.

—Yo también voy —indica Giò y Lead se apunta.

—Pues nos vamos ya —dice Dante—, antes de que Massimo haga alguna gilipollez, movido por el odio y la culpa.

Informamos al equipo de lo que ha pasado y todos dicen que vayamos a salvarle el culo a Massimo. Que, por un partido que pierdan, no pasará nada.

Ojalá Massimo viera esto, para dejar de sentirse solo.

Tendrá que conformarse con nosotros.

Viajar en avión privado está genial, pero el problema es que los nervios no me dejan disfrutar de ello.

Temo lo que pueda hacer Massimo cuando vea a su madre.

Dante ya nos ha informado de que le han dado una paliza y está en coma.

Al llegar a Roma, estoy agotada emocionalmente. Aquí es de noche y las cosas no mejoran cuando Dante hace algunas llamadas en italiano y nos mira.

—Ahora está corriendo.

—¿Para Lorenzo? —Niega con la cabeza—. ¿Para otro peor?

—Eso parece... Irá al hospital cuando acabe, si no lo meten entre rejas. Yo voy a ver qué averiguo.

Salimos del aeropuerto y una limusina nos espera.

A Dante, una moto negra.

Un hombre le tiende un casco negro y le dice que todo está listo.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunta Giò, al ver tanto lujo—. A menos que se esté gastando de golpe todo el dinero que tenemos.

—Ya lo descubriremos —dice Lead—, o no. Con Dante nunca se sabe.

Vamos hacia el hospital y espero nerviosa a Massimo.

Estoy agotada, pero lo que más me preocupa es cómo se debe de sentir Massimo con todo esto.

Sé que se siente culpable.

Massimo

Corro y gano.

Lo hago con mucha diferencia, al corredor de Lorenzo.

Hago esto porque sé que, si no, no parará.

Tengo un plan, pero lo que no sé es si podré llevarlo a cabo sin que me maten primero.

Regreso al hospital tras coger la parte que me corresponde del dinero.

Estoy agitado, nervioso y asqueado. Estar aquí de vuelta me está matando, porque juré no volver y porque ahora sé lo que dejo atrás. Qué vida de ensueño tenía y puedo perder.

No he llamado a Candy, porque no sé qué decirle, porque no sé si volveré.

La extraño cada puto segundo y no tenerla un segundo más a mi lado me mata.

Por eso, cuando llego a la habitación de mi madre y la veo sentada en el suelo, al lado de la puerta, creo que es mi mente la que me está jugando una mala pasada. Hasta que alza sus ojos verdes hacia mí y sonrío.

«Joder, no es un sueño...».

Se levanta y corre hacia mis brazos.

Me abraza con fuerza mientras asimilo que está aquí de verdad; que no la he inventado para que mi mierda de vida sea mejor.

—¿Qué haces aquí?

—Hemos venido para estar contigo. Ya te dije que no estabas solo.

—¿Hemos? —digo, asimilando sus palabras.

Mira tras de mí y veo en la puerta de la sala de espera a Giò y a Lead. No muy lejos está Dante, que viene hacia nosotros.

Verlos a todos aquí me hace sentir algo especial. Una emoción nueva, que no he experimentado nunca, se abre paso en mi pecho. Es como si el peso que llevo sobre los hombros se hiciera más liviano de golpe, al sentir que esta batalla no la libraré solo.

—Estáis todos locos.

—Yo solo lo hago para que no acabes en la cárcel y pueda recuperar mi herencia —indica

Dante, pero empiezo a aprender a leer en él todo lo que oculta cuando abre su gran boca.

Voy hacia la sala de espera con ellos.

A mi madre no la puedo visitar, salvo cuando me dejan, pero me gusta estar cerca por si despierta.

Acaricio la espalda de Candy mientras miro a mi amiga Lead y a mis hermanos.

—¿Qué narices haces corriendo para la competencia de Lorenzo? —me interroga Dante.

—Tengo un plan...

—Pues ya lo estás largando, por si tiene taras. Muerto no me vales —añade Dante.

Sonrío y hago algo que he hecho tan poco en mi vida: confiar en los demás y trazar juntos un plan, pero no lo hacemos en el hospital.

Vamos a la casa de mi madre, a pesar de que está vacía, pero al menos no tiene oídos extraños.

—Es un plan bueno, pero yo te lo mejoro —dice el sobrado de Dante.

—A ver, cómo lo harías. —Giò sonrío de medio lado.

Habla y su plan es arriesgado si nos pillan, pero veo que tiene una tara menos que el mío.

El problema es que debo confiar en él y no sé si estoy preparado.

Dante me tiende la mano para cerrar el plan, como seguro que ha cerrado cientos de negocios con nuestro padre.

Lo miro a los ojos, a este ser al que llevo odiando gran parte de mi vida, porque él tenía algo que yo anhelaba para no morirme de hambre o no acabar en la cárcel.

Dudo un segundo antes de estrecharle la mano, sabiendo que hace tiempo que las rencillas que había entre los dos se esfumaron.

—Bien, ahora intentemos dormir algo —dice Giò—. Si podemos...

—El suelo es cómodo —indica Lead—. Vamos, chicos, mañana ya haremos de esta casa un hogar. Ahora lo mejor es acomodarnos como podamos.

Cada uno se va a un cuarto vacío y yo llevo a Candy al mío.

Entramos y la acerco a mi pecho para abrazarla con fuerza.

—¿Cómo estás? —me pregunta pasado un rato, cuando nos sentamos en el suelo. Ella a horcajadas sobre mí.

—Ahora, mejor.

—No vuelvas a hacerlo. No quiero que te alejes como si siguieras solo. No lo estás.

—Cuesta aceptar que no. —Acaricia mi mejilla—. Si todo esto sale mal...

—No lo hará. Pronto estaremos de vuelta en Los Ángeles y tendremos una cita, de esas que odias. —Sonrío—. Tenemos muchas cosas que hacer juntos y las vamos a hacer.

Me pierdo en ella antes de besarla.

Candy es todo lo que soñé y mucho más. Es la persona que siempre deseé tener a mi lado, pero nunca creí que lo lograría.

Capítulo 36



Candy

Al salir del cuarto de Massimo, vemos mucho lío en la casa.

Varias personas están metiendo muebles.

Massimo lo mira todo alucinado.

Buscamos a Dante, sabiendo que será el encargado de todo esto.

—¿Qué se supone que es esto?

—Muebles —responde a la pregunta de su hermano, tomando un café relajadamente—. Esta casa debía tener muebles, según el contrato. Al menos hasta que acaben los dos años que nos quedan. He podido saltarme las normas de la herencia, gracias a algunos cabos sueltos, pero no salvaré más el culo a tu madre. Si vende esto, se queda con una casa vacía.

Asiento y ayudamos a colocarlo todo.

Al acabar, veo que Dante está metiendo comida en la nevera.

—¿Has pensado en todo?

—Como siempre. Lo que se me da mejor es analizar situaciones y crear la mejor solución. Soy el puto amo resolviendo cosas.

Pongo los ojos en blanco, por el sobrado de mi hermano.

Miro qué ha traído y preparo algo de comer para todos.

Cuando nos sentamos a comer, parece de verdad una comida familiar. De esas con las que fantaseaba de niño.

Mi abuela casi nunca se sentaba a comer o cenar, sino que picaba cualquier cosa.

Mi madre nunca estaba en casa, porque siempre andaba con sus amigos o con malas amistades. Y yo... Yo comía solo, con la pequeña tele de fondo, donde mi abuela veía sus programas y novelas.

—Hay una cosa más —me dice Dante cuando acabamos de comer y bajamos al garaje.

Al hacerlo, veo mi destartada moto y un cochazo.

—¿Y esto?

—No me fío de que corras en un coche trucado. Prefiero no dejar ningún cabo suelto.

—¿Y de dónde has sacado todo este dinero?

—¿Hace falta que diga que vamos a tener que hacer horas extras?

—¿Y tus proyectos de conseguir dinero para no tener que llevarte bien con nosotros?

—Detenidos.

—No tenías que hacer nada de esto.

—No es por ti, sino por mí. No tengo nada que ponerme que haga juego con la cárcel — comenta—. Y ahora, voy a enseñarte cómo va este coche.

Por cómo lo dice, sé que los automóviles le gustan mucho.

Me explica todo, como si yo no lo supiera, pero le dejo hablar porque me gusta ver por un momento una emoción real en su mirada.

—¿Cómo aprendiste todo esto? Me cuesta imaginar a un niño pijo manchándose las manos.

—Pues te sorprendería. —Sonríe de medio lado—. Mi padre amaba sus coches, pero como exposición. Se los pedí varias veces, a punto de cumplir los dieciséis, para ir practicando. Me dijo que solo si no salía de la finca con ellos... Me lo tomé de forma literal. Mandé construir un circuito de carreras dentro de la propiedad y los probé todos. Destrocé algunos y desmonté otros. —Sonríe perdido en los recuerdos.

—¿Y qué dijo nuestro padre cuando se enteró?

—Nunca se dio cuenta.

Por cómo lo dice, me hace comprender que nuestro padre pasaba tanto tiempo lejos de la casa donde Dante vivía, que no era capaz de ver qué sucedía en esta. Desde hace tiempo, sospecho que Dante ha estado más tiempo solo que acompañado, a pesar del dinero, y esto solo confirma mis sospechas.

—Yo robé una moto y ahí empezó todo.

—Bueno, sigues aquí. Tan mal no lo has debido de hacer.

Asiento y Giò se acerca. Al final, acabamos los tres hablando de todas las mejoras que tiene el coche y, por un segundo, siento lo que es tener de verdad hermanos.

* * *

—Quiero ir —me dice Candy cuando me preparo para la carrera.

—Es peligroso. Es mejor que os quedéis aquí y vaya yo solo. Dante y Giò se quedarán cerca, escuchando la radio de la policía, pero vosotras es mejor que esperéis.

—Podemos ayudar.

—Y lo hacéis. Si estáis allí, dudo que pueda concentrarme en algo que no sea que no os pase nada malo.

Lead asiente y Candy se alza para besarme.

—Como no regreses, te las verás conmigo —me amenaza.

—Tengo una buena razón para regresar. —La beso en el cuello antes de irme porque, si me quedo un segundo más, no lo haré por miedo a que todo salga mal y la pierda.

* * *

Entro en el coche y me ajusto el pinganillo que Dante me ha dado, por el que me informarán de todo. Si la policía se acerca, saldré corriendo sin importarme el final de la carrera.

En realidad, no hago esto por dinero. Eso me da igual. Es para que Lorenzo mueva ficha, porque me quería como su corredor y ahora corro para la competencia. Encima, le estoy ganando.

Hago rugir mi coche cuando se colocan para dar la señal y miro al corredor de Lorenzo.

Lo conozco de cuando corría en su equipo. Es bueno, pero no sabe tener paciencia. Por eso sé que, si no fallo, esta carrera la tengo ganada.

Dan la salida y corro dando lo mejor de mí.

Acelero hasta reducir la velocidad antes de la rotonda, que tomo el primero.

Me adelanto y, cuando lo tengo cerca, trata de sacarme de la carretera.

Esperaba que esto pasara, porque Lorenzo es un cabrón y, si no gana, no tiene escrúpulos en hacer trampas.

Esquivo todos los embistes y me centro en la carrera.

A punto de llegar, viene hacia mí con fuerza y embiste mi coche por detrás.

Por suerte, estaba preparado para esta jugada tan sucia desde que lo vi acercarse por el retrovisor.

Acelero y entro el primero.

Salgo del coche para recoger mi parte de las ganancias y me tienden lo que me corresponde.

La gente me aclama. La fama me precede aquí en Roma y todos vitorean:

—¡Bianchi! ¡Bianchi!

Algo que, cuando eres joven e inocente, no tarda en subírsete a la cabeza.

Ahora, todo esto no me motiva.

—Lorenzo quiere hablar contigo —me informa mi contrincante y me tiende su móvil.

—¿Vas a felicitarme? —le digo de forma sobrada.

—Voy a preguntarte qué cojones haces.

—Ganar a todos y cada uno de tus corredores. Ve preparando al siguiente, porque pienso hacerle morder el polvo.

—¡Me las vas a pagar!

—Inténtalo.

Cuelgo y le devuelvo el móvil a mi adversario.

—Sal de ahí echando leches —me informa Dante por el pinganillo.

Voy hasta mi coche y me largo con rapidez.

Al llegar a casa, el coche de alquiler de Dante y Giò ya está aquí.

Entro en el salón y Candy se levanta para abrazarme.

—Una menos, ¿no? —Asiento y la beso.

Tiro de ella hasta mi cuarto y me pierdo en ella.

Quito todas y cada una de sus prendas antes de caer en la cama desnudos y adentrar mi polla en su estrecho coño, que me acoge húmedo y caliente.

Joder...

Salgo de ella para entrar de nuevo con fuerza, sin poder dejar de besarla, de lamer sus labios... De morder esa boquita que tanto me fascina.

Nos movemos con energía.

Enreda sus piernas en mi cintura y noto como esto hace que entre más hondo.

Rujo, porque ahora mismo me cuesta mucho no correrme por la presión que siento en mi zona más sensible.

Por eso, nos giramos hasta que ella queda encima y le cedo el control.

Sonríe y apoya sus manos en mi torso antes de alzar su culo, para luego dejarse caer sobre mí.

No me canso de mirarla. Es preciosa.

Jadea y sus gemidos me hacen arder.

Llevo mi mano hasta su sexo y juego con su clítoris mientras se alza y se deja caer, cada vez con más rapidez.

Llevo mis manos a sus caderas cuando siento que estoy cerca.

Nos movemos juntos y siento como se corre, haciendo que yo la siga.

Joder, cada día es mucho mejor.

Se deja caer sobre mi pecho.

—No me puedo mover.

—No hay prisa.

Nos miramos a los ojos.

—Quiero regresar a casa juntos. ¿Todo irá bien?

—No lo sé, pero estoy luchando por mi futuro. Es más de lo que he hecho nunca.

—Eso me vale.

Se acomoda en mi pecho y noto como su respiración se ralentiza, hasta que se queda dormida.

La dejo descansar un poco antes de despertarla, porque yo ahora mismo no me puedo mover, por las emociones vividas.

Capítulo 37



Candy

Roma es una ciudad preciosa. He hecho cientos de bocetos de las ruinas en mi cuaderno.

Estoy fascinada con ella.

Ahora estamos esperando a Dante y a Massimo para entrar en el Vaticano.

No me puedo creer que vaya a ver todas las obras de arte que hay aquí dentro, y la Capilla Sixtina.

No nos han dicho adónde han ido, pero temo que sea para hablar con Lorenzo.

Massimo lleva una semana corriendo cada noche y ganando a todos y cada uno de sus corredores.

Al final, Lorenzo tendrá que mover ficha y estoy nerviosa, agitada, porque temo que le haga algo malo a Massimo.

Este también está preocupado, y más cuando va a ver a su madre, que sigue en coma.

No quiero pensar mucho en ello, pero Lorenzo es un tipo peligroso. Por eso, nuestro plan debe salir bien, si no, sé qué Massimo nunca será libre.

—Ya estamos aquí —anuncia Massimo, abrazándome por detrás y dándome un beso en el cuello.

Noto como su presencia me calma un poco. Al menos sigue aquí y está bien.

Entramos y les cuento todo lo que sé de cada obra de arte.

Dante aporta algunos datos que desconocía que sabía.

En verdad, aparte de los coches, no sé qué más le gusta.

—Mi padre comerciaba también con cuadros. Me hizo aprender sobre arte desde pequeño, para ayudarlo en sus negocios —nos aclara cuando todos lo observamos impresionados—. Dejad de mirarme así o me largo.

Todos miramos hacia otro lado y, entre Dante y yo, contamos los entresijos de este lugar hasta llegar a la Capilla Sixtina.

Massimo tapa mis ojos con sus manos antes de entrar y solo las aparta cuando estamos dentro y mi cabeza mira hacia el techo.

Abro los ojos y estamos juntos debajo de la imagen de Dios, a punto de tocar al hombre.

Me quedo impresionada con esta gran obra de Miguel Ángel mientras siento el arte correr por mis venas.

Disfruto de este sitio rodeada de los tres hermanos y de mi prima, que son ahora mismo, junto a mi madre y mi tía, las personas más importantes de mi vida.

Al salir, estoy deseando dibujar cientos de cosas. Tengo muchas ideas. Siento la emoción correr por mis venas. Estoy muy emocionada, hasta que llegamos a la casa y Massimo se pone alerta.

—¡Corred! —nos ordena Massimo a Lead y a mí.

Veo como unos hombres se acercan a Massimo, al mismo tiempo que Lead tira de mí con fuerza.

Corremos y, cuando me giro, veo a Dante y Giò tratando de evitar que lleguen hasta Massimo.

De pronto, salen de un coche más hombres vestidos de negro, que van a por este.

Grito y Lead me sujeta para que no corra hacia ellos.

—No puedes ayudar, Candy.

—¡Les están dando una paliza!

—¿Te crees que para mí es fácil no meterme en medio? Pero sé que, si lo hacemos, lucharán peor, porque estarán pendientes de nosotras. Además, seamos realistas: esos hombres miden casi dos metros. No tenemos nada que hacer contra ellos.

La miro y sé que tiene razón.

Nos abrazamos agitadas y nerviosas.

Todo esto parece sacado de una película de esas que tanto les gustan a Massimo y a Dante. No parece real, pero lo es.

—¡Chicas! —Lead y yo gritamos cuando Dante se acerca a nosotras—. Todo ha acabado.

Lo miro y veo que solo tiene una ceja partida.

—¿Y Massimo y Giò?

—Han ido a Urgencias con la policía, que se acercó alertada por los vecinos.

—¿Están bien? —pregunto con un hilo de voz.

—Giò, sí... Massimo vivirá, pero no sé si podrá correr esta noche.

—Vamos a Urgencias.

—No, es mejor que nos encerremos en casa. No me fío de que Lorenzo no os use para hacer daño a Massimo.

No vemos pega a su lógica y por eso nos encerramos en la casa, sin dejar de mirar hacia fuera por las ventanas, hasta que Giò y Massimo salen del coche.

Massimo lleva el brazo escayolado.

Contengo el aliento y, cuando entra, lo abrazo con fuerza.

—Cuidado... —dice cuando se queja de dolor—. Estoy bien.

—¿Y vas a correr?

—Está todo controlado, Candy.

Massimo

Llego a la zona donde será la carrera y salgo del coche.

Lorenzo nunca ha venido, pero hoy está aquí, con sus dos hijos.

Veo a Andrea y siento asco por este tipejo que trató de joder a Candy.

—Vaya, Bianchi, ya veo que tienes problemas en la mano derecha... ¿Crees que podrás correr?

—Se va a celebrar la carrera. De eso no tengas dudas.

—Dudo que puedas ganar así. En un mes, quizás, y así serás todo mío, según lo que hemos acordado esta mañana.

—No lo veo tan claro como tú.

Se colocan para la salida y el coche se mueve hasta la meta.

—Deberías ir —me dice Lorenzo.

—No, no lo haré. Ya hay dentro un Bianchi que correrá por mí. —Miro a Dante, que está listo para correr. Mi vida depende de él.

—Eso no estaba en el contrato. —Lo saca de su chaqueta y me lo enseña.

Esta mañana, antes de visitar el Vaticano, fui con Dante para llegar a un acuerdo con Lorenzo. En él se estipulaba que se quedaría conmigo como corredor si un Bianchi perdía la carrera. Si ganaba, nos dejaría en paz a mi madre y a mí.

Dante redactó el contrato sin poner mi nombre, dejando cabos sueltos.

Se lo tendí a Lorenzo ya firmado, pero no por mí, sino por Dante, porque mi hermano sospechaba que podría sucederme algo, y yo también.

Me costó aceptar su plan, porque él no se juega nada, pero lo hice.

Por primera vez en mi vida dejé que fuera otro el que me sacara las castañas del fuego.

Lorenzo firmó sin cuestionarlo porque, como siempre me llama Bianchi, ni se le pasó por la cabeza pensar que ese contrato podría referirse a cualquiera de nosotros. Los tres Bianchi.

Miro el contrato y le señalo la firma de Dante.

—Si miras bien, se lee Dante Bianchi —le indico—. Eso te pasa por no revisar los contratos antes de firmarlos. Ahora, disfruta de la carrera con alguien que no conoces y de quien no sabes sus puntos débiles. Ya te aviso que Dante no es como yo. Yo, al menos, tenía corazón, pero mi hermano es el puto diablo.

Me mira alterado, viendo como la carrera da comienzo sin poder hacer nada.

Dante corre, arriesgándose al máximo. Como si no temiera a la muerte y le importara bien poco no salir de esta.

Lo veo correr y sé que va a ganar. Es mucho mejor que yo, por mucho que me joda reconocerlo.

Lorenzo me ve sonreír, sabiendo que perderá la carrera y que me perderá a mí. Esta noche se acaba todo.

Dante pasa por la meta con distancia de sobra con respecto a su contrincante.

Sale del coche y la gente grita emocionada.

Viene hacia nosotros.

—Soy uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Como no cumplas el contrato, juro que usaré cada céntimo en destruirte a ti y a tu empresa. —La frialdad de los ojos de Dante da miedo para alguien que no lo conozca—. ¿He sido suficientemente claro, señor Lorenzo?

—Lo has sido. —Le tiende la mano—. Un trato es un trato.

Dante la estrecha y se marcha hacia el coche.

Lo sigo sin mirar hacia atrás, sabiendo que todo ha acabado. Por fin soy libre de esta mierda.

Entro en el vehículo y Dante me mira frío.

—Si me das las gracias, te tiro del coche.

—Solo te iba a decir que pongas buena música. —Sonríe y hace lo que le digo.

Miro la noche sobre mi amada Roma, sabiendo que, cuando regrese a ella, ya no será para correr.

Esto se acaba aquí y ahora.

Mi madre no será tentada por Lorenzo nunca más. La he librado de esa tentación y lo que le pase a partir de ahora es problema de ella.

Soy libre y puedo soñar de nuevo.

* * *

Mi madre ha despertado.

La noche fue intensa.

Tras llegar a casa, Lead y Candy habían preparado una pequeña fiesta con Giò para celebrar nuestra victoria.

Sonreí como no recuerdo haberlo hecho nunca y no dejo de pensar en cosas que quiero hacer cuando regrese.

Lo primero, buscar trabajo en los estudios de cine para mi currículum. Uno de mis profesores me dijo que era muy bueno con la fotografía y las luces y que tenía contactos. Se ofreció para echarme una mano.

Le di las gracias, pero no pensaba que eso me serviría de algo.

Ahora, todo es distinto. Siento la emoción correr por mis venas ante un futuro que ya no atisbo negro.

—Está bien —me informa mi tía, que acaba de visitar a mi madre—. Volverá a meterse en

problemas...

—No voy a estar para ella nunca más. No de la forma que ella espera.

—Es lo mejor. Es triste, Massimo, pero a veces debes luchar por tu familia. Aunque suene egoísta, las malas decisiones de otros no pueden arrastrarte a ti. Tu madre está bien. No tiene problemas psicológicos, por lo que ella sola decide ser así. Es duro, pero igual que algunos decidimos ser justos, otros deciden ser una bala perdida. —Asiento, porque tiene razón—. Quiero que sepas que mi teléfono siempre estará para ti y, cuando vengas a Roma, puedes venir a mi casa.

De niño soñaba con estas palabras, pero ahora me doy cuenta de que llegan tarde.

He perdonado a mi tía por todo. La comprendo y le deseo lo mejor del mundo, pero ella no es mi familia, por mucho que nos una la sangre. La familia es algo más que genes.

—Gracias.

Se marcha y entro para ver a mi madre.

No nos parecemos en nada. Para su desgracia, soy igual que mi padre.

—Hola, madre —le digo—. Me alegra que estés bien...

—No por ti.

Sonrío.

—Esto es solo por tu culpa y, desde ahora, todo lo que hagas y lo que te pase será culpa tuya. Me ha costado, pero estás sola, madre. Yo estaré ahí si quieres un hijo, pero no si quieres a alguien de quien aprovecharte. Soy mucho más que una moneda de cambio. Esto se acabó.

—¿Y podrás vivir con la culpa?

—Me costará, pero podré perdonarme, porque yo siempre te di todo lo que tenía, que era mi amor, y lo rechazaste. Aun así, he podido vivir con eso y con cada una de tus palabras, que me lastimaron. Si pude sobrevivir a una madre como tú, puedo vivir sin ti.

Mi madre me mira de forma diferente, como si por primera vez se diera cuenta de que ya no puede usarme más.

—Vete.

—Si es lo que quieres... Tienes una nueva oportunidad para ser feliz, intenta no malgastarla.

—Haré lo que me dé la gana.

—Como siempre, pero las consecuencias serán solo tu problema —le digo ya en la puerta—. Adiós, madre.

—Que te jodan, hijo. Nunca serás feliz...

Salgo y cierro la puerta.

Por primera vez, sus palabras me resbalan.

Alzo la vista y miro a mis hermanos y a las chicas más importantes de mi vida.

—¿Volvemos a casa?

—Volvemos —dice Candy, tendiéndome su mano.

La cojo y andamos juntos, lejos de la mujer que trató de arruinar mi vida y que ya no podrá

hacerlo nunca más.

Al fin soy libre.

He roto los lazos que deberían ser indestructibles.

Capítulo 38



Candy

Dante hace una carrera impresionante y con ella acaba el partido.

Han ganado la liga.

Los compañeros corren a felicitarlo, pero nadie toca a Dante. Saben que no le gusta, pero, aun así, le dan gracias.

Solo Giò y Massimo se atreven a tocar a Dante y darle un abrazo antes de que él se aparte y los mire con su cara de perdonavidas.

Massimo se aleja y corre hasta mí.

Nos encontramos a medio camino.

Su mano ya está mejor, pero el entrenador quiere que solo entrene, para que esté listo para el año que viene.

Nos besamos hasta que acabo gimiendo en su boca.

—Enhorabuena —le digo y me muerde el cuello antes de poner sus manos en mi trasero—. Nos está mirando mi madre.

Nos giramos hacia ella y nos saluda divertida.

Mi madre se dio cuenta de que su historia con Pol no llevaba a ningún lado. Creo que fue cuando vio cómo éramos Massimo y yo juntos, cuando fuimos a verla.

Ese día me dijo, triste, que nunca había conocido este tipo de amor tan desinteresado y real.

Dejó a Pol y ha pedido una excedencia. Se ha mudado cerca de mí.

Está más animada que cuando llegó.

Massimo y yo pasaremos las vacaciones con ella en casa.

El amor no es egoísta y me alegra saber que mi madre al fin ha entendido que Pol solo se quería a sí mismo. Merece que la quieran mucho.

Mi madre nos da la enhorabuena antes de irse al piso que ha alquilado.

Nosotros nos marchamos de fiesta.

Hoy será en un sitio especial.

El lugar que Dante compró para hacer carreras.

Claro que no tiene nada, salvo unas gradas medio rotas y un circuito que hay que reparar, pero cuando se enteraron de que lo tenía, Cruz propuso ir allí, como colofón. Entre todos han preparado el sitio para la fiesta, a la que irá media universidad, casi seguro.

Dante y los chicos se quedaron sin dinero.

Ahora han recuperado parte y se lo han cedido casi todo a Dante para sus negocios.

Ellos no lo admitirán nunca, pero cada vez hacen más cosas de hermanos. Cada vez están más unidos.

Llegamos a la zona de la fiesta y vemos la cantidad de gente que hay.

Giò y Lead bailan cerca del DJ improvisado, ya que es uno del equipo, y Cruz e Inés se besan, sin percatarse de quién pasa a su alrededor.

Llevan juntos un mes. Les costó aceptar lo que sentían.

Miro a Massimo y bailo para él.

Sus ojos dorados no pierden detalle de mis movimientos.

—¿Correrás cuando Dante tenga este lugar listo?

—Seguramente, sí. Me gusta correr, pero hacerlo de forma legal, aunque solo por *hobby*.

—Me podrías enseñar a correr, ahora que tengo coche nuevo.

Mi madre me ha regalado el suyo y ella se ha comprado otro.

Por supuesto, lo he decorado con un precioso unicornio en el techo.

Massimo fingió que le horrorizaba, pero sé que en el fondo le gusta.

Ha empezado a crear ideas para guiones sobre mundos fantásticos. Su profesor está muy emocionado con él, y más ahora que trabaja en un estudio de cine, haciendo prácticas.

Massimo llegará lejos, porque ahora no hay lastre que lo detenga.

Nos cae espuma por encima y me sobresalto.

Massimo se ríe y le doy de broma. Luego lo beso y me lo devuelve, mientras nuestro mundo de nubes nos rodea.

—*Ti amo* —me dice lamiendo mi boca.

—Te amo —le confieso.

Estoy perdida en él. En este hombre que me enseñó que el amor no se da a cambio de nada; que el amor es mucho más que perderse por el camino. Se trata de encontrar a la persona que estará dispuesta a recorrerlo a tu lado, a pesar de las piedras que surjan a lo largo de la vida.

Epílogo



Massimo

Estoy con Dante en el circuito.

Ya queda poco para la inauguración.

Este año podríamos haber acabado la carrera, pero hemos preferido quedarnos un año más y tanto Giò como yo nos dejamos asignaturas para ir más desahogados con los estudios y los trabajos.

Este curso ha sido intenso, pero hemos vuelto a ganar y nos han llegado varias ofertas para jugar los tres juntos en la liga profesional.

No sé qué haremos, porque somos los tres o nada y Dante ha estado distante, perdido en sus negocios. Aun así, tiene momentos en los que se pasa por donde estemos, como si necesitara dejar de sentirse solo.

Una vez más, ha sentido que alguien lo observa. Creemos que es quien debe valorar si es digno de la herencia o no, pero nunca se deja ver.

—Será increíble —afirmo.

—Por supuesto, yo todo lo hago bien. —Le suena el móvil y responde—: ¿Cómo que no quiere venir? —Se pasa la mano por el pelo, tenso. Parece nervioso y devastado—. Dile que firmaré un contrato donde deje claro que, si me acerco a ella o la intimido, pierdo toda mi fortuna. Sé que es una locura... ¡Tú solo haz lo que te pido! Ella sabe que no perdería mi dinero por nadie, y por eso vendrá.

—¿Todo bien?

—Nada que no merezca la pena. —Parece triste, pero triste de verdad—. Tengo que hacer unas cosas. Tu novia debe de ser la compañera de una persona muy especial.

—¿Ya vas a manipular a alguien?

—Por supuesto. Es algo que se me da muy bien.

Se marcha y me quedo un rato por aquí antes de regresar a la residencia de Candy.

Entro en su cuarto y la veo correr nerviosa de un lado a otro.

—Solo nos vamos de viaje una semana...

—A Florencia. ¡A Florencia! No se me puede olvidar nada. Voy a estar cerca de donde nació Leonardo da Vinci.

Este viaje fue mi regalo de cuando hicimos un año juntos.

Tiro de ella y la abrazo.

Nos besamos y noto que se relaja.

—Todo irá bien si estamos juntos. Eres mi unicornio de la suerte. —Se ríe y se aleja para guardar en la maleta el peluche que le regalé.

—Soy muy feliz.

—Lo sé.

Nos miramos a los ojos y mi felicidad se refleja en ella.

Al final, sí fui rescatado por un unicornio de cuerno dorado. Ella es la luz que ha iluminado mi mundo lleno de miedos.

—¿Qué piensas? —me pregunta.

—La suerte que tengo de tenerte. —Sonríe y se alza para besarme.

Nos perdemos el uno en el otro, sabiendo que, mientras estemos juntos, el mundo puede girar, porque yo seguiré perdido en lo que siento cuando me toca.

Candy llena la película de mi vida con la luz perfecta para que brille como nunca.

Biografía



Moruena Estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación, pero debido a su problema de dislexia no podía escribir bien a mano. Por eso solo escribía pequeñas poesías o frases en sus libretas mientras su mente no dejaba de viajar a otros mundos. Dio vida a esos mundos con dieciocho años, cuando su padre le dejó usar un ordenador por primera vez, y encontró en él un aliado para dar vida a todas esas novelas que estaban deseando ser tecleadas.

Empezó a escribir su primera novela antes de haber acabado de leer un solo libro, ya que hasta los diecisiete años no supo que si antes le daba ansiedad leer era porque tenía un problema: la dislexia. De hecho, escribía porque cuando leía sus letras no sentía esa angustia y disfrutaba por primera vez de la lectura. Sus primeros libros salieron de su mente sin comprender siquiera cómo debían ser las novelas, ya que no fue hasta los veinte años cuando cogió un libro que deseaba leer y empezó a amar la lectura sin que su problema la apartara de ese mundo. Desde los dieciocho años no ha dejado de escribir.

El 3 de abril de 2009 se publicó su primer libro en papel, *El círculo perfecto*, y desde entonces no ha dejado de luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran y demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como sueñen.

Actualmente tiene más de cien textos publicados, ha sido número uno de iTunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz.

Su libro *Me enamoré mientras mentías* fue nominado a Mejor Novela Romántica Juvenil en los premios DAMA 2014, y *Por siempre tú* a Mejor Novela Contemporánea en los premios DAMA 2015. Con esta obra obtuvo los premios Avenida 2015 a la Mejor Novela Romántica y a la Mejor Autora de Romántica.

Su web personal, moruenaestringana.com, donde cuenta sus novedades y curiosidades, ya cuenta con más de un millón de visitas.

 [MoruenaEstringana-Escritora](#)

 [@MoruenaE](#)

 [@moruenae](#)

Notas

1. Bebé unicornio.

2. Eres pequeña.

3. Bebé.

1. Bailemos solos tú y yo. Un beso más en la oscuridad, solos tú y yo. Y esa mirada que me conoce, sabe. Mejor que la luna de medianoche, nena.

1. Nunca dejes de creer, nunca dejes de soñar.

2. Vine, vi y vencí.

1. Delicioso.

2. Me vuelve loco tu boca.

1. Nadie más bella que tú.

2. La vida en rosa.

Huyendo de ti. Los Bianchi 2
Moruena Estríngana

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la colección, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Iria Rodríguez Muñoz – Artcana
@artcane_

<https://www.redbubble.com/es/people/artcan3/shop?asc=u>

© Moruena Estríngana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27703-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Apuesto por el amor](#)

Trilogía Los herederos Rinaldi 1

Moruená Estríngana

[Outsiders 1. Destiny y Lion](#)

Moruená Estríngana

[Regálame tu sonrisa](#)

Moruená Estríngana

[Todo de mí](#)

Moruená Estríngana

[Mi error fue amar al príncipe. Parte I](#)

Moruená Estríngana

[El círculo maldito](#)

Moruená Estríngana

[En tu mirada](#)

Serie Serendipity 1

Moruená Estríngana

Puzzle

Moruená Estríngana

Pedacitos de ti

Moruená Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

